

Relatos sueltos y realengos

AMORES de CHAT

ZUAS




Contra Viento y Marea
EDICIONES

Mariam ^{del} Sellanes 04.

ZUAAS

Premio Estímulo a la Creación Literaria, mención Narrativa

Centro Nacional del Libro de Venezuela (Cenal)



Barquisimeto, Venezuela, 2023





AMORES de CHAT

ZUAS

ISBN: 978-980-18-3858-6

Depósito Legal: LA2023000261

Diseño y Diagramación: **Armando Aguilar**

Ilustración de la portada: **Mariana Sellanes**

Diseño de la portada: **Andreína Alcántara y Armando Aguilar**

Corrección: **Adriana Heras**

Edición y producción: **Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura de Microrrelatos Zuaas - Contra Viento y Marea Ediciones**

contravientoymareaediciones@gmail.com

Barquisimeto, estado Lara

Redes sociales:

Instagram: [contraviento_marea](https://www.instagram.com/contraviento_marea)


Facebook: [@cvymarea](https://www.facebook.com/cvymarea)

<https://literaturalibroslecturanovedades.art.blog/>

<https://www.youtube.com/channel/UC18qKt-kWistx9J4MG3SO5w>



Hecho en Barquisimeto, estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela.








AMORES de CHAT

ZUMAS




Coordinación, recopilación y edición:

Félix Gutiérrez/ Andreína Alcántara



Autores: Marlenis Castellanos Querales / Yamilet Herrera Dudamel / Mariangélica Delgado Vilera / Gustavo Rosendo Orozco / Andreína Alcántara Hernández / Anahil Hernández Abreu / Glexsy Ynsú Dugarte Vásquez / Miguel Pepe Rodríguez / Orlando Yedra Almao / Ángela Ameruoso Vulpis / Nelson Ures Villegas / Adelfo Solarte Bullones / José Matheus Briceño / Elías González Mendoza / Fanny Salom Arcila / Myriam Collantes de Terán Martínez / Félix Gutiérrez Canelón / Adriana Ciccaglione Escalona / Teresa Ovalles Márquez / Zaida Pinto Ruiz / Artidoro Gracia Vilches / Benigno Villegas Méndez / Eglée Herrera Trompetero / Zuraya Ramírez Dala / Flora Ovalles Villegas / Danisbel Gómez Morillo / Orlando Villalobos Finol / Verónica Pérez Traviezo / Esteban Castillo Vitorac / Isabel Caroto Correia / Jasmín Olivares Santander / Nilsa Gulfo Peñaranda / María Alejandra Gutiérrez Sánchez / Francisco Camacho Rodríguez / Mariana Guanipa Rondón / Kendric Fuenmayor Finol / Freddy Uquillas Granados / Ana Bárcenas Bustos / Ilva Calderón Ángel / Sandra Dudamel Aranguren / Henry Lara Castellano / Carmen Alicia González / Mariela Alcántara Hernández / Mariana Sellanes Curbelo



Participaciones especiales: José Pulido, Orlando Padilla Fernández, Digna Luna y Diego Rivero.

Con la presentación del escritor, investigador y docente


Cósimo Mandrillo





Índice

Presentación	13
Prólogo	15
Dedicatoria	17



<i>Inéditos</i>	19
------------------------------	----



Billete de lotería

Marlenis Castellanos Querales.....	21
------------------------------------	----



Carcajadas

Yamilet Herrera Dudamel.....	22
------------------------------	----

Entre Nubes

Mariangélica Delgado Vilera.....	23
----------------------------------	----

Hologramas

Gustavo Rosendo Orozco.....	25
-----------------------------	----



Amantes virtuales

Andreína Alcántara Hernández.....	27
-----------------------------------	----



En remojo


Anahil Hernández Abreu.....	28
-----------------------------	----

Amor cobarde

Glexsy Ynsú Dugarte Vásquez.....	29
----------------------------------	----

Soñar

Miguel Pepe Rodríguez.....	30
----------------------------	----





Cuento doméstico

Orlando Yedra Almaso..... 31



El añorante

Flora Ovalles Villegas..... 33

Romeo y Julieta se fueron a la mar

Ángela Ameruoso Vulpis..... 34



Rayita en la mar

Zaida Pinto Ruiz..... 35



Amores de monte

Nelson Ures Villegas..... 36

Gotera

Adelfo Solarte Bullones..... 39

La última costura

José Matheus Briceño..... 40



Arrepentida

Elías González Mendoza..... 41



Decayó el deseo

Fanny Salom Arcila..... 42

Amores cibernéticos

Myriam Collantes de Terán Martínez..... 43

Nueve meses

Félix Gutiérrez Canelón..... 45





Doble check azul

Adriana Ciccaglione Escalona..... 46

Acuérdate de aquel día

Artidoro Gracia Vilches..... 47



Epifanía

Teresa Ovalles Márquez..... 49

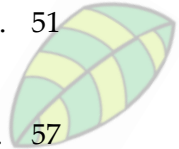


El gato de mamá y el ratón de papá

Benigno Villegas Méndez..... 51

Ciento veinte años

Eglée Herrera Trompetero..... 57



Ahí viene el señor que me mató

Zuraya Ramírez Dala..... 59

Recopilados..... 61



Nélida

Danisbel Gómez Morillo..... 63

Labores

Orlando Villalobos Finol..... 65



Humo

Verónica Pérez Traviezo..... 66

El día que me iban a robar

Carmen Alicia González Sánchez..... 67





Todo ha cambiado

Esteban Castillo Vitorac..... 69



Jacobo

Isabel Caroto Correia..... 71

Adolorida por su amor

Jasmín Olivares Santander..... 72



Mi apagón

Nilsa Gulfo Peñaranda..... 73



Mis amigos el agua, la cisterna y la luz

Mariela Alcántara Hernández..... 74

El Quijote y la luz, las parrillas y el hambre

Homo Ludens Nano..... 75

La vida secreta de las mariposas

María Alejandra Gutiérrez Sánchez..... 77



Diálogo existencial entre dos moscas

Francisco Camacho Rodríguez..... 80



Los años del virus

Mariana Guanipa Rondón..... 86

Días de COVID

Zuaas..... 95

La caminata

Freddy Uquillas Granados..... 100





Un diálogo con el cerebro

Ana Bárcenas Bustos..... 103

Mirar la tristeza

José Pulido..... 106



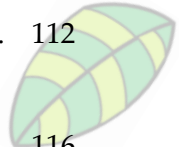
El árbol de papá

Sandra Dudamel Aranguren..... 108



Un paseo por Santiago

Ilva Calderón Ángel..... 112



El umbral de los difuntos

Orlando Padilla Fernández..... 116

Un sol para todos

Henry Lara Castellano..... 117

Más amores..... **121**



Y esa sonrisa suya..... 123

Miedo primordial..... 124

Logomántica..... 124

Alergias cotidianas..... 126

Señales..... 127

Mi primera vez..... 129

Las palabras no, su perfume..... 129

El dragón..... 132

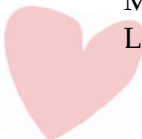
El monstruo..... 132

El dibujante..... 132

El Tuqueque y yo..... 133

Menjurjes de una bruja..... 135

Los bachacos llegaron ya..... 138



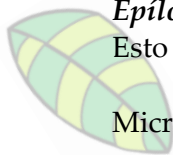


Vida a medias.....	141
La sabiduría de mamá.....	142
Nuevo emprendimiento.....	143
Estoy enamorada.....	145
Ausencias.....	146
Una calidez especial.....	147
Ruinas del silencio.....	148
El <i>encanto</i> de El Ávila.....	149
Escribir historias.....	152



Epílogo



Esto no es un microrrelato es una carta de despedida..	153
Microbiografías.....	155






Presentación


Toda la experiencia de Zuaas es francamente sorprendente, pero si me viese obligado a desglosar esa afirmación, diría que lo que más me impresiona y atrae, es el espíritu de colectivo que campea por las páginas de sus libros.




Y es que hay en el conjunto de relatos una cualidad que los imbrica, de tal modo, que hace poco deseable la lectura aislada de cada uno de ellos.



El concepto de colectivo excede aquí el hecho concreto de que los relatos aparezcan juntos en un libro de papel o en una dirección digital. Tampoco se explica del todo por la elección del tema que se anuncia en el título del libro.

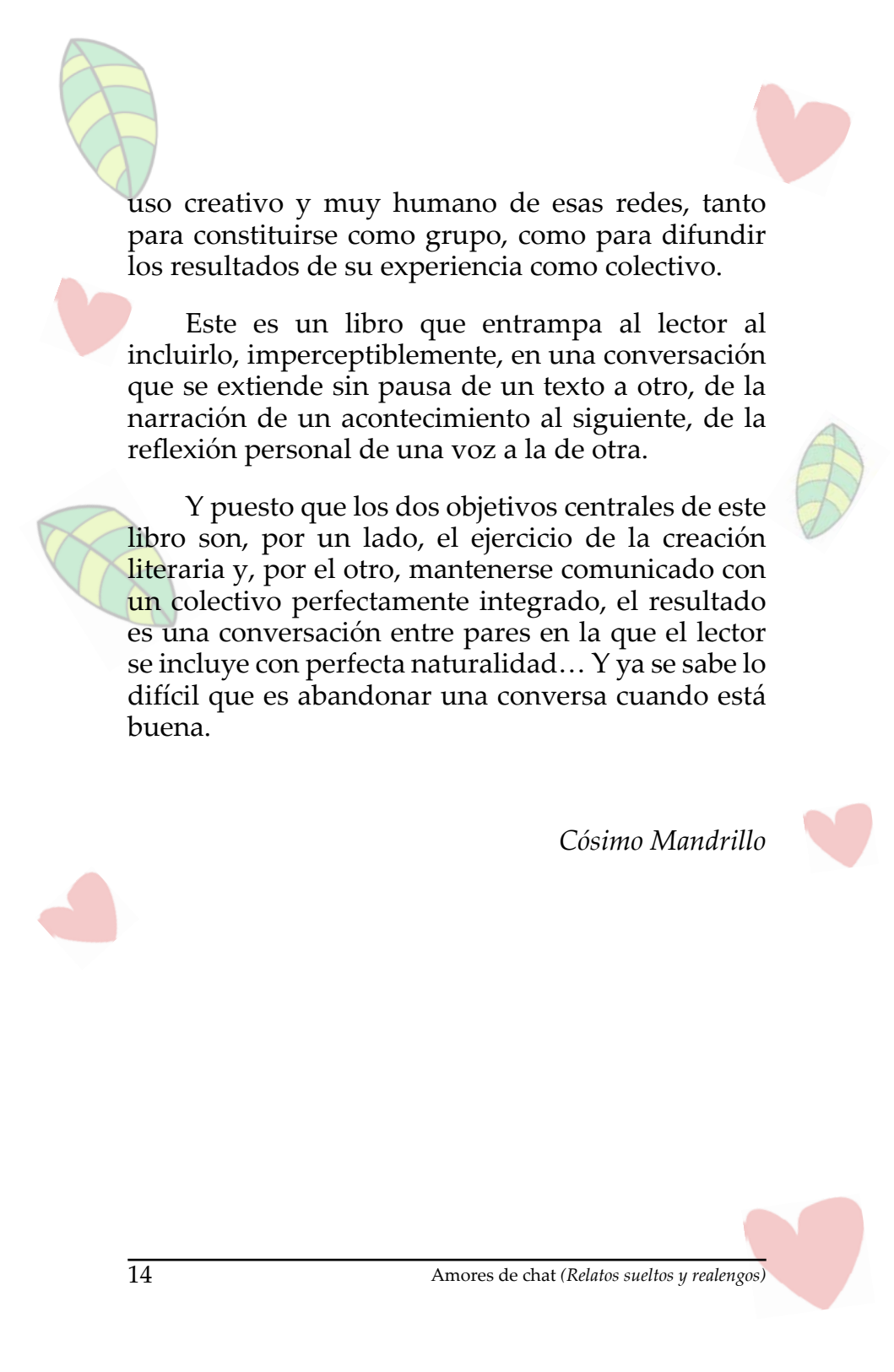


Hay algo más: un tono de complicidad y camaradería, un envidiable ejercicio de la libertad testimonial y creadora, capaz de incluir creaciones inventadas, experiencias personales y cuanto otro tópico o tema se pueda imaginar.



Zuaas es también una vía para reconciliarse con el mundo de la comunicación digital. Ese mundo del que tanto desconfiamos, y con muy buenas razones.

Ya lo dijo en su momento Umberto Eco: «Las redes sociales le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas». Sin embargo, Zuaas demuestra con creces que Eco no tenía toda la razón, pues hace un



uso creativo y muy humano de esas redes, tanto para constituirse como grupo, como para difundir los resultados de su experiencia como colectivo.



Este es un libro que atrapa al lector al incluirlo, imperceptiblemente, en una conversación que se extiende sin pausa de un texto a otro, de la narración de un acontecimiento al siguiente, de la reflexión personal de una voz a la de otra.

Y puesto que los dos objetivos centrales de este libro son, por un lado, el ejercicio de la creación literaria y, por el otro, mantenerse comunicado con un colectivo perfectamente integrado, el resultado es una conversación entre pares en la que el lector se incluye con perfecta naturalidad... Y ya se sabe lo difícil que es abandonar una conversación cuando está buena.

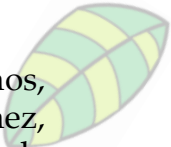
Cósimo Mandrillo





Prólogo



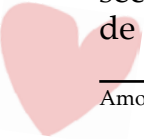
La idea de este libro surgió de la sección «Suelos y realengos», que publicamos en nuestras primeras dos obras colectivas de narrativa breve. Nos caracterizamos por producir libros temáticos, pero en nuestra plataforma de mensajería instantánea -medio a través del cual operamos- también compartimos relatos diversos. Estos últimos los convertimos en el apartado antes citado.





Una de las lectoras más agudas que tenemos, la docente universitaria Mercedes Guánchez, especialista en el área literaria, nos comentó que le gustaban mucho nuestras producciones editoriales, pero que, a su juicio, incorporábamos demasiadas secciones en los libros, aparte de los ejes temáticos.





Se refería Mercedes, no solamente a esa sección de «Suelos y realengos», sino también a otros apartados, especialmente los publicados en el segundo libro, como microrrelatos producidos a partir de refranes o anécdotas de la vida cotidiana, propios de nuestro esfuerzo narrativo experimental. Fue así como decidimos desincorporar la ya mencionada sección.



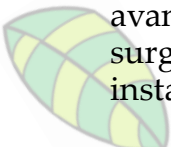
No obstante, a propósito del cuarto aniversario de nuestro Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura de Microrrelatos Zuaas, nos pareció oportuno rescatar las historias breves escritas en tal sección, además de ampliarla con otras narraciones de los integrantes de este colectivo de la palabra





fecunda y creadora que hemos procurado ser a lo largo de estos años.



De esa manera nace este libro, *Amores de chat*, producido para celebrar, en el 2023, un nuevo cumpleaños como grupo creativo. Le llamamos de esta manera porque, en primera instancia, la palabra «amor» está muy relacionada con lo que hacemos desde el grupo: promover el afecto entre todos los integrantes como un sentimiento indispensable para avanzar en el proceso creativo. Mientras que «chat» surge porque operamos a través de la mensajería instantánea.



En este libro procuramos la participación de la mayor cantidad posible de autores que han formado parte de nuestras publicaciones anteriores. Por esa razón, rescatamos relatos inéditos de algunos de ellos y recopilamos otros publicados en obras anteriores. También hay historias inéditas de nuevos integrantes del equipo.



Amores de chat está dedicado a Zuraya Ramírez Dala, la microrrelatora más longeva del colectivo literario -además de una de las más entusiastas y participativas en nuestras dinámicas narrativas- y quien, en el 2023, cambió de paisaje. Este libro es la continuidad del esfuerzo que hacemos para contar historias en comunidad y para construir nuevas formas de hacer, aprender y saber.

Félix Gutiérrez y Andreína Alcántara, coordinadores del Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura de Microrrelatos Zuaas



Dedicatoria



A Zuraya Ramírez Dala







Inéditos









Billete de lotería

Marlenis Castellanos Querales




Tocar mierda trae buena suerte. Eso dicen. Tal vez con la intención de minimizar el asco que producen los excrementos ajenos.


No importa si son de la persona más querida, de un desconocido o de un animal..., dicen que tocarla siempre da suerte.




Esta madrugada el paciente de la cama doce amaneció malito del estómago. A eso de las 7:00 de la mañana, descansaba, después de vaciarlo todo en el pañal, empapadores, sábanas, cama, retrete y pasillo.



Limpié todo pensando en la máxima del refrán. Calculé el porcentaje de mis ganancias y el ascenso de mi suerte, obtenida en los últimos 120 minutos. Pero supe que llegué al tope de mi fortuna cuando llegó mi sustituta a las 8:00 de la mañana.



Ella es la más mierda de todas las mierdas que he conocido y que conoceré hasta el fin de los siglos. Sonrió con malicia al percatarse de lo que había sucedido en mi turno de trabajo.



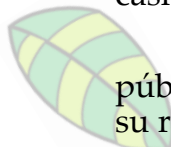
Yo aposté fuerte: todo o nada. Me acerqué a ella. La toqué por quince segundos, y salí corriendo a comprar la lotería.




Carcajadas



Yamilet Herrera Dudamel




Él ríe sin parar, a carcajadas ahogadas, como mordidas o masticadas, mientras transita de ida y vuelta el mismo espacio de la parada de autobús, casi gastando las suelas y el camino.




Ella, sentada, también a la espera del transporte público, lo percibe con miedo. Él parece acercarse y su risa sube de volumen.

Ella finge estar distraída, fija la mirada en un punto neutro y él se aproxima. Cuando la adrenalina producida por el miedo la atrapa e inmoviliza, él se aleja otra vez. Ella piensa correr, desaparecer, pero él pudiera rabiar ante el rechazo, por lo que se fuerza a permanecer ahí, como inmutable.



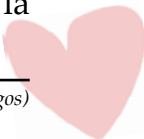
Por fin llega su autobús, el mismo que toma aquel hombre, cuya mente, sabe Dios dónde, le dicta carcajadas.



Él ocupa el asiento de atrás, a ella el corazón le salta como un caballo brioso.

La ruta es larga. Ella baja, al fin, en su destino. Él, en el mismo lugar.


El frío le da una sacudida, el viento la golpea con fuerza. El camino se divide en tres calles, ella echa a andar con la mirada fija al frente y, por suerte, las carcajadas se alejan hasta apagarse en la distancia.






Entre nubes


Mariangélica Delgado Vilera




Como de costumbre, mi mente juega conmigo, me cuesta distinguir en qué realidad me encuentro. Estoy en la terraza contemplando el azul del cielo y me llega tu recuerdo. Sonrío porque tu imagen siempre trae una valija llena de sonrisas, se desbordan, me tocan, me abrazan y luego se pierden entre las nubes.



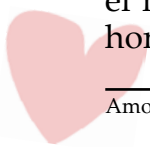
En un rato caminaremos tomados de la mano, iremos por un café a ese lugar que tanto me gusta y que me permite contemplar el túnel de árboles que parece no acabar nunca. Te escucharé y tú harás lo propio y, cuando el frío arroje más fuerte que tus brazos, regresaremos a casa.





Hoy no volviste y, en tu lugar, apareció la valija en mi terraza. Carcajadas ensordecedoras se desbordaban, me confundían. No sabía su origen, no eran tuyas ni mías, quise que se marcharan, pero las nubes huían despavoridas, aun en ausencia de viento, y el vacío hacía que se notaran más.





¿Caminamos? No lo creo, al menos no lo hicimos juntos. Sentí el aroma del café y te vi venir por el túnel desde el infinito y sabía que no eras el mismo. Te escucho, ¿me escuchas? Hace frío, es hora.


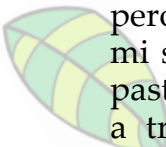




Estoy en la terraza contemplando el azul del cielo y me llega tu imagen y el recuerdo de que alguna vez hubo emoción. Llegas sin nada, parece buscarme o eso quisiera. Esperas y te preparas para dar un paseo. Caminas por el túnel, vas directo al café, adviertes que te falta algo, te sientas, te veo, te escucho. Sigo aquí y estoy ausente, ¿me sientes?



Hoy el azul del cielo es más intenso, una nube parece dibujar una sonrisa, trato de responderle, pero olvidé cómo hacerlo. La enfermera mueve mi silla a un lugar más soleado, es la hora de mis pastillas y del café. Las pone en mi boca y me ayuda a tragarlas para luego acercarme, a escondidas, un poco del líquido aromático que ya no me es permitido.




Una pareja camina bajo los árboles al final de la calle, se toman de las manos, se escuchan, se sienten, sonríen. Hoy eligen no entrar al café, el túnel parece más atractivo, se adentran, se alejan y, poco a poco, desaparecen en él.





Hologramas

Gustavo Rosendo Orozco




Luego de año y medio sin poder vernos, me propones un encuentro en el centro de la ciudad, donde sería más fácil para ambos pasar inadvertidos. Me extrañó sobremanera que no lo suspendieras en el último momento, por el contrario, lo confirmaste.

Me visto para ti, por esa extraña costumbre de usar tus colores preferidos. Te preparo, además, tu plato favorito, así tendrás tus tajadas con queso para acompañar el desayuno.




Acostumbrado a tu impuntualidad, me sorprende tu llamada cinco minutos antes de la hora acordada. Era para avisarme la causa del retraso, así que calculé que llegarías poco después.



A la hora y veinte minutos me llamas para decir que ya estás en el sitio indicado, me sorprendió no haberte visto llegar, pues yo estaba justo enfrente.




Luego del saludo acostumbrado, sugieres que nos sentemos en una mesa apartada. Quedamos frente a frente, extraña circunstancia para un encuentro tan cuidadosamente programado.



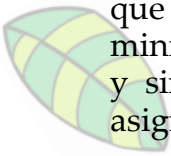
Me levanto a pedir el café, y esta vez pido los dos por separado. El grande para ti, obviamente.




Mientras los preparan, regreso a desenvolver tus tajadas.





Es allí cuando recuerdo al Gabo, aquello era la crónica de una muerte anunciada. Tu mirada vacía envuelta en la tristeza de una voz acartonada, mezcla de dos noticias tantas veces pensadas.



Venías a devolverme unos libros y a decirme que, en cumplimiento del mandato del Dios al que te habías entregado, asumías en totalidad su ministerio y ello te obligaba a casarte, sin pasión y sin amor, para poder dedicarte a pastorear tu asignado rebaño.




Entonces busqué en tus ojos a la mujer que amaba, pero fue en vano, ya no eras la misma. Aun con el mismo cuerpo y el mismo vestuario, vi un ser completamente extraño, y justo cuando te lo iba a recalcar, caí en cuenta de que tampoco era yo el que estaba a tu lado. Solo un par de hologramas con mensajes grabados.



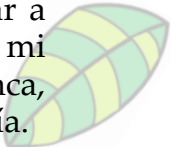


Amantes virtuales


Andreína Alcántara Hernández




Lo vi venir con la bandeja en la mano y, apresurada, me puse los lentes de sol. Todos en la mesa me miraron extrañados. ¿Qué sentido tiene usar unas gafas oscuras dentro de un piano-bar a media luz? Ignoré las miradas y seguí tomando mi cerveza mientras él pasaba cerca. Camisa blanca, pantalón y corbatín negros era su atuendo del día.



Lo veía todas las noches en la foto del perfil cuando me saludaba por el chat y me halagaba con sus palabras bonitas y sus constantes lisonjas. Su amena conversación me sacaba de mi mundo. Era mi mejor diversión nocturna, una ilusión de lejos, el perfecto amante virtual.




Me dijo que era maratonista y mesonero de profesión. Por primera vez lo veía en persona. En medio del ajetreo laboral, él no logró distinguirme, además, lo esquivé toda la noche con mis lentes de sol, que fueron la mejor barrera para impedir que nuestras miradas se cruzaran. Me extrañó que mi marido, tan detallista siempre, no se percatara del asunto. Aunque lo noté un tanto nervioso, evadiendo miradas, hasta utilizó mi estrategia y se puso, también apresurado, sus gafas oscuras.


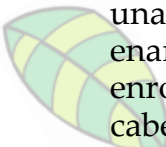




En remojo



Anahil Hernández Abreu





Esperaba a mi amante. Para resguardarme del sol me puse bajo la sombra del alero de la casa de enfrente. En ese momento advertí la proximidad de una mujer iracunda, con ojos de serpiente y pasos enardecidos; vociferaba maldiciones y llevaba enrollado en su mano un largo y grueso mechón de cabello negro. A quince minutos de ella, una pareja parecía seguirle los pasos. Él abrazaba y secaba las lágrimas de una mujer casi calva. Preferí marcharme y poner mi cabello en remojo.




Amor cobarde

Glexsy Ynsú Dugarte Vásquez




«¿Cómo te digo que no te vayas?». Esa fue la última frase que le dijo la mujer en cuyos ojos descubrió, diez años atrás y por única vez, cómo es eso de enamorarse a primera vista.


Si ella lo hubiera dicho con una boronita de esperanza, como si quisiera de verdad tenerlo cerquita, él le habría respondido: «Solo dime que me quede contigo y yo hago el resto».



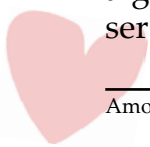
Pero ella se lo preguntó con resignación, con la desesperanza que delató su conformismo, con la certeza suicida de quien se está despidiendo del amor más hermoso que habría de vivir en esta y en el resto de las vidas por venir.



Él se fue tarareando una estrofa de Silvio, como un mantra que alivianó sus tristezas y contuvo a sus demonios: «Los amores cobardes no llegan a amores ni a historias, se quedan ahí, ni el recuerdo los puede salvar, ni el mejor orador conjugar».



Ella se quedó ahí, en el grupo de WhatsApp, infiltrada para intentar saber de él, enviando fotos de lugares que conocieron, ávida de que él escriba algo. Es el único espacio que les queda para jugar a ser lo que no son.





Soñar



Miguel Pepe Rodríguez

Soñé contigo. Yo, que anhelo verte, entonces apareces en mis sueños, pero no logro distinguirte. Cosas de la vida, o de los sueños, mejor dicho... Pero vamos a la realidad, a lo que quiero contarte: conversábamos por teléfono y estabas molesta, tu tono era seco y áspero, muy distante del recuerdo que tengo de tus largas pláticas llenas de risas, de esos tiempos que vivimos y que ansío repetir. En el sueño, tu molestia era real, causada por algo que había sucedido. Te quejabas reiteradamente y, en el momento exacto en que te iba a aclarar lo que pasó, desperté. Al instante vinieron a mi mente las últimas palabras que dijiste cuando nos despedimos: ¡que ni en sueños me darías otra oportunidad!




Cuento doméstico


Orlando Yedra Almao




El piso del baño estaba mojado. Fue mi culpa, lo sé, porque siempre me ducho antes de almorzar, apenas llego de la escuela, y olvido limpiarlo. ¡Qué se le va a hacer! Y claro, ella solía andar descalza por la casa, no obstante las advertencias que su mamá y yo -que no vive con nosotros, pero nos visita con cierta frecuencia- le hacíamos sobre tan peligroso hábito.





Siempre acostumbramos tomar una siesta después de la comida, más o menos por una hora.




Así lo hicimos durante los veinte felices años de nuestro matrimonio porque ambos trabajábamos en la mañana. Por cierto, ese día fui yo quien cocinó: papas guisadas con atún y queso parmesano. ¡Cómo lo disfrutó! La amaba mucho, ¿saben?



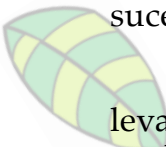

Yo no reparé en que se había levantado de la cama, para nada, lo normal era que alguno despertara y se quedara al lado del otro, revisando el teléfono, corrigiendo la libretica del presupuesto o leyendo un libro -yo estoy terminando *Paradiso*, de Lezama Lima, ¿lo han leído?- hasta que el otro se incorporara. Quizás sentiría alguna molestia estomacal, imagino, o sencillamente estaría




fastidiada. No, no oí ningún ruido extraño; ningún golpe o quejido, digamos.



Nada de presentimientos o de esos sobresaltos paranormales que muchos dicen sentir y que anticipan una tragedia: yo dormía plácidamente. Antes había sucedido, sí, una noche, ahora lo recuerdo, pues, como dije, era terca en eso de no llevar puestas sus pantuflas. Pero aquella vez no pasó de un susto. ¿Acaso sabe uno cuándo pueden suceder estas cosas?




No fue sino hasta el momento en que me levanté a orinar que la vi, bella y pálida, con su blusa tejida de tímidos colores ligeramente desarreglada, con sus cabellos en desorden y ofendidos de roja sangre (la noche previa se había quejado mucho por no hallar su champú favorito). Ahí, tirada en el piso, junto a su cepillo de dientes aún empaquetado (lo habíamos comprado la tarde anterior y en la mañana ella había decidido usar por última vez el viejo, cosas de mujeres, rituales raros que ellas a veces tienen o una suerte de acto de despedida, como para formalizarle el pase a retiro). Y eso es todo. Sí. Es lo que diré. Mi esposa leyó esto y piensa que es un cuento simplón, atiborrado de lugares comunes. Mejor así.






El añorante


Flora Ovalles Villegas




Hermes tenía mañas. Por abandonos de largo alcance era, y es, un solitario siempre acompañado. Deseaba tanta plenitud en compañía que, al tenerla, se hastiaba. Su narcisismo llegaba a la clasificación, comprobándose en muchas presencias. Siempre volvía al nido lleno de soledad.



De pronto tenía suerte y encontraba a alguien cierta, de verdad, y empezaba la comezón del hastío. Hastía la presencia, hastía la ternura, hastía la seguridad, hastía la certeza. No sabe de ellas, no las conoce, no las ofrece, pero prueba a riesgo ajeno.



Es que, para Hermes, lo no consumado es perfecto, dejar el bulto fuera de sí es más apacible y lo mantiene añorante... Añora presencia, añora ternura, añora seguridad, añora certezas, las recibe. Y se hastía.


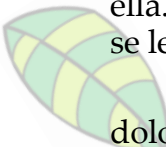




Romeo y Julieta se fueron a la mar





Ángela Ameruoso Vulpis



En un puente de madera carcomido por el salitre del mar, sus manos se entrelazan, compartiendo la esperanza y el miedo. Diecisiete años él; dieciséis, ella. Sus ojos asustados miran el horizonte, el sol que se levanta, así como el coraje.

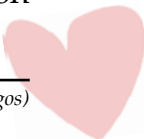
Sobre el puente hay un silencio que transpira dolor. Los seres humanos, apretujados, rezan en diversos credos. Ven cómo el peñero se acerca. Cómo emerge de este una figura con voz tenebrosa que, con teléfono móvil en mano, controla nombres y pagos. Solo así se puede hacer el viaje. Los enamorados suben al peñero sin soltarse las manos, es su manera de protegerse entre tanta incertidumbre.



La travesía comenzó, pero al cabo de algunas horas, el peñero se detuvo. Nadie sabía qué ocurría, nadie daba explicaciones. Pasaron las horas y llegó la noche y, con ella, la luna llena. El mar se agitaba más y más. Una ola sobrepasó el peñero.

Entre gritos de pánico y movimientos desesperados, el mar logró soltar las manos de los enamorados y un destino incierto los arrojó.


En la costa hay cadáveres. Ella buscó a su amado, pero no estaba, tampoco entre los vivos. Dirigió su mirada al horizonte y sentenció: «Tengo compasión de mí misma porque no volveré a ver tus ojos».






La rayita en la mar

Zaida Pinto Ruiz



Un día me iré, pero no como tú... Cerraré los ojos en tus brazos. Junto al mar escucharé el rumor de las olas despidiéndome. Miraré la luna llena, brillante, blanca, sonriéndome, y te diré adiós junto al mar, como lo soñamos. Iré tras de ti... a contarte cómo me fui en tus brazos, junto al mar...





Amores de monte

Nelson Ures Villegas



¡Qué cosas tiene el amor! Y no hablo del amor entre los humanos, sino del amor en general, en este caso, de un chivo que se enamoró perdidamente de una iguana. No me lo contaron, yo lo vi. Y sin una chispita de mentira, como decía el Caimán de Sanare, así se los contaré.

Resulta que el chivo en cuestión se creía un galán de corral y a todas las cabritas les lanzaba piropos. Se ponía las tunas de cabra en las orejas para que dijeran: «Miren pues, qué chivo tan coqueto, con su tuna de cabra como zarcillo».



Cuando salía a caminar por los montes iba de primerito diciendo: «Meee... meeee...», para que los demás comentaran: «Miren pues, ese es el guía del rebaño».

Pero quién iba a pensar que una tarde, cuando ya regresaba con su rebaño y desde la puerta del corral, vio a una iguana verdecita comiendo flores en un araguaney. La miró y se dijo: «Caramba, ¿quién será esa señorita tan elegante?». La iguana lo miró y le echó malos ojos, pero él igual expresó: «Meeee...», sin importarle el qué dirán.

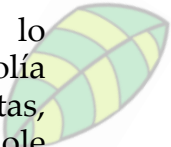
La iguana saltó y se confundió entre las hojas del apamate. El chivo se quedó embelesado con





aquel salto tan ornamental, ¡y aquella cola! Se dijo: «Parece un helecho».



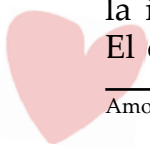
Esa noche, el chivo soñó que estaba en un lecho de flores y que la iguana llegaba perfumadita a retozar en aquel multicolor manjar. Hasta vio un arcoíris por donde ambos subían, a toda carrera, tras el color azul. En eso estaba cuando el perro ladró y lo despertó. El pobre chivo lamentó que solo había sido un sueño.



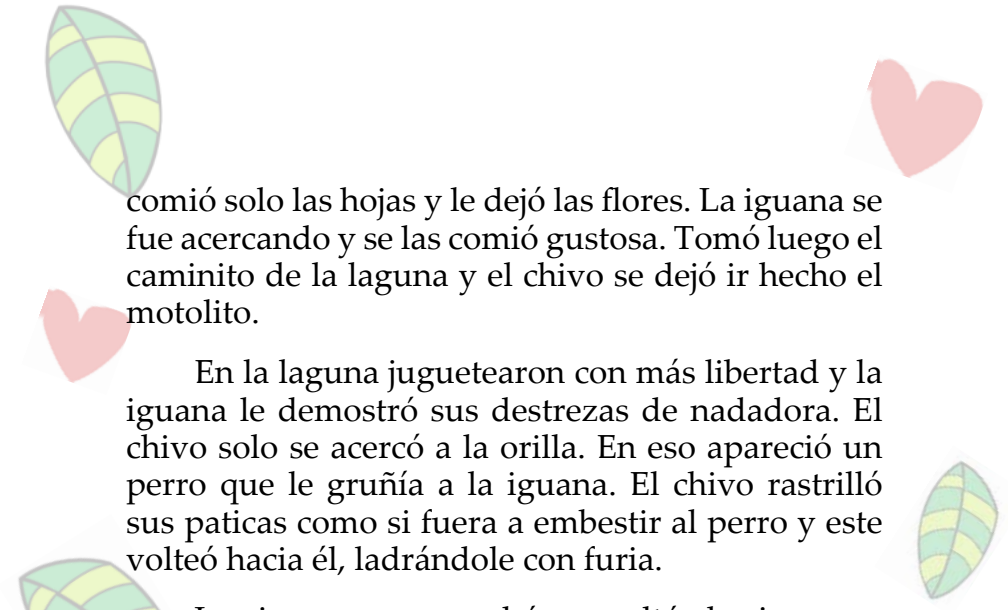
A la mañana siguiente, sus compañeros lo notaron muy cambiado: no comió como solía hacerlo, de primerito. No coqueteó con las cabritas, en fin, algo le pasaba. Hasta bromearon diciéndole que le había caído mal el orégano que se comió en el matorral. «Estas “oreganeado”», le decían, y él ni pendiente.



Como siguió así todo el día, el veterinario lo vino a visitar, lo chequeó y nada físico le encontró. Recomendó, eso sí, que le dieran de beber agua de papelón con sábila a fin de que, si era algo interno, lo echara pa fuera. Algunos veterinarios le meten al chamarrero también.

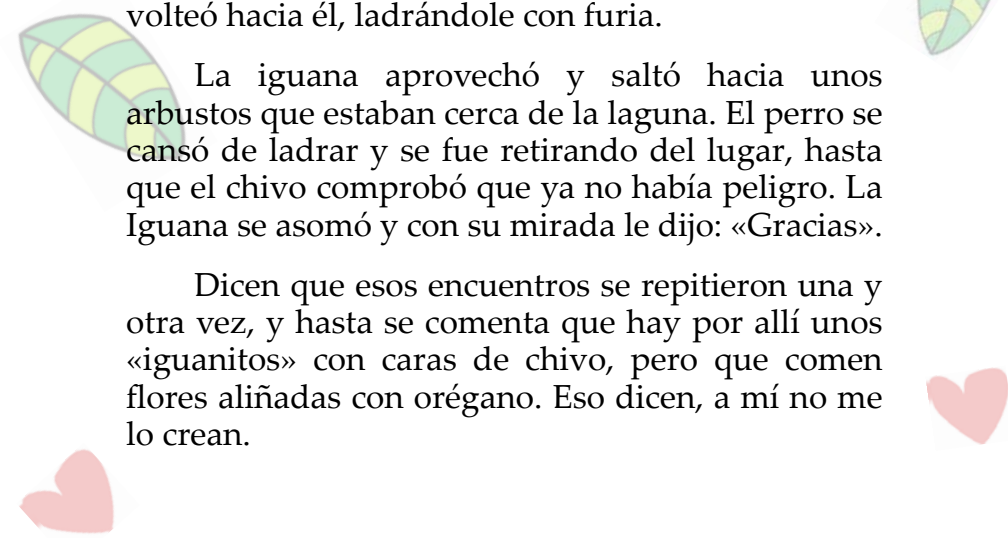


A la 1:30 de la tarde, cuando el sol estaba en su apogeo y el chivo solo en su corral porque no quiso salir con el rebaño, se apareció la iguana, esta vez más coqueta que ayer, y saltó del árbol al suelo, meneando su larga cola puntiaguda. El chivo se animó y, como pudo, quitó la tranca a la puerta del corral y se asomó con timidez hacia donde rondaba la iguana. «Meee...» —dijo—, y la iguana volteó. El chivo vio una mata de cayena, tomó una rama,




comió solo las hojas y le dejó las flores. La iguana se fue acercando y se las comió gustosa. Tomó luego el caminito de la laguna y el chivo se dejó ir hecho el motolito.

En la laguna jugaron con más libertad y la iguana le demostró sus destrezas de nadadora. El chivo solo se acercó a la orilla. En eso apareció un perro que le gruñía a la iguana. El chivo rastrilló sus patitas como si fuera a embestir al perro y este volteó hacia él, ladrándole con furia.



La iguana aprovechó y saltó hacia unos arbustos que estaban cerca de la laguna. El perro se cansó de ladrar y se fue retirando del lugar, hasta que el chivo comprobó que ya no había peligro. La Iguana se asomó y con su mirada le dijo: «Gracias».


Dicen que esos encuentros se repitieron una y otra vez, y hasta se comenta que hay por allí unos «iguanitos» con caras de chivo, pero que comen flores aliñadas con orégano. Eso dicen, a mí no me lo crean.



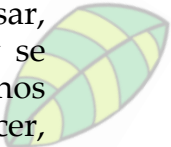


Gotera

Adelfo Solarte Bullones



Había pasado casi toda la noche escuchando con íntima cercanía aquel sonido de gotas cayendo en un charco. Eran leves, pero de una profunda oquedad. Al contrario de lo que se pudiera pensar, con cada gota, su sueño se hacía más firme y se hundía en una espesa neblina, mientras sus manos flotaban. Su cuerpo se hacía etéreo. Al amanecer, su hermano lo consiguió desangrado y con una pacífica sonrisa de despedida dibujada en un rostro que se había vuelto blanco como el marfil.


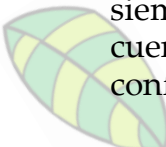




La última costura





José Matheus Briceño



Con este ya eran diez mensajes enviados sin respuesta. También habían llamado varias veces y siempre caía la contestadora. Pero así pasaba siempre, a veces se perdía y luego aparecía con un cuento. Un pedido estaba parado y la que mejor confeccionaba los sacos era ella.

Trabajó durante muchos años en una fábrica y, gracias a la costura, pudo sacar a su familia adelante. La insistencia por saber qué le había pasado se intensificó, pero sin éxito. Hacía falta, no solo el trabajo, sino sus ocurrencias. El plazo se reducía. Decidieron cortar la tela y esperar su llegada.




Cuando faltaba un día para la entrega, lograron comunicarse. Al otro lado de la bocina, una voz temblorosa, les dijo que había muerto. Quedaron mudas, pensativas y con los rostros desdibujados. Tantas cosas que faltaban por decirse y por vivir. El silencio se hizo más fuerte y aturdidor. En su alegría bullanguera, escondía una profunda tristeza y, deprimida, había decidido quitarse la vida. Los sacos todavía esperan por ella.




Arrepentida

Elías González Mendoza



Una suicida arrepentida y enamorada me prometió: «Contigo hasta la vida».

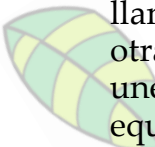





Decayó el deseo



Fanny Salom Arcila





¿Decayó el deseo? No, no por el deseo en sí. Este existe. Pero se encuentra silente. Parece no haber sincronía entre los ejecutantes. Es lo que llamaríamos el destiempo. En ocasiones van, en otras vienen y en otras se pierden, se alejan. Se unen por un instante en línea recta para lograr el equilibrio, pero de repente se corta la línea y vuelve el destiempo. ¿Decayó el deseo? No sé. Tal vez se ocultó entre los años y los recuerdos. ¿Decayó el deseo? No sé. Tal vez se oculte entre los vaivenes de las tretas del tiempo. Entre las idas y vueltas que da la vida. ¿Decayó el deseo? No sé.




Amores cibernéticos


Myriam Collantes de Terán Martínez



Amanda había sido mi mejor amiga desde la guardería. Era una chica soñadora con las ideas puestas en universos mágicos y románticos, y un destino que, creía, le depararía mucha felicidad. Yo, por el contrario, siempre había sido realista y poco dada al romanticismo. Por eso, cuando me dijo que había conocido a un chico fantástico que le había confesado su amor, no pude dejar de sorprenderme.




—¿Dónde lo has conocido?





—Hace un tiempo, por Fotolog. Nos dimos los *messengers* y empezamos a hablar. Es perfecto, Victoria, no te imaginas lo feliz que estoy.



No sentía ninguna reticencia a conocer a personas por Internet, de hecho, por esos tiempos, encontré a gente maravillosa con la que forjé amistades duraderas. No obstante, aquello era diferente. No es que mi amiga no valiese, era maravillosa, pero olía todo a chamusquina porque se asemejaba sospechosamente a *Crepúsculo*.



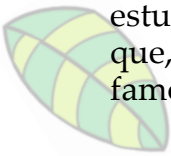
Una tarde me incluyó en una conversación con él para que lo conociera y pude ver su avatar: un chico guapo, de ojos verdes, atlético y brillante pelo oscuro, al estilo «emo». Se llamaba Eduardo





-¡qué casualidad!- y resultó ser un romántico. Olía la podredumbre de la situación a kilómetros de distancia.



Un fin de semana estaba aburrida y me puse a indagar en Fotolog a quiénes seguir. Sorpresivamente, después de hacer clic en un montón de perfiles desconocidos, me encontré unos ojos verdes que me resultaron familiares. Abrí la cuenta y allí estaba Eduardo. Me quedé un buen rato estupefacta y, cuando pude volver en mí, comprobé que, en realidad, se llamaba Emmanuel y era un famoso modelo brasileño con miles de seguidores.

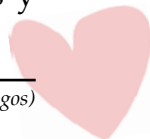


No fue fácil decírselo a Amanda, no me creyó hasta que le envié el enlace y buscamos información del susodicho en Internet. Mi amiga se pasó meses llorando por el engaño y yo fui la encargada de eliminarlo de sus, entonces escasas, redes sociales. Finalmente, como todo mal de amor adolescente, fue rápidamente sustituido por otro, esta vez real y sincero.



Muchos años después descubrimos que «Eduardo» eran dos chicas de nuestra edad, aficionadas al universo de los Cullen y sin amigos, que se hacían pasar por ese personaje para engañar y burlarse de ilusas como Amanda.


Así pues, los amores cibernéticos de aquel 2007, enseñaron a muchas a guardar su corazón y sus ilusiones en lo más profundo del océano. O, al menos, a buscar entre modelos brasileños y argentinos a sus supuestos enamorados.






Nueve meses

Félix Gutiérrez Canelón



Le envió un mensaje de voz y ella lo escuchó. Lo sabía porque «lo dejó en azul», sin embargo, no hubo respuesta. Nueve meses después, ella lo saludó: «Hola», y él se preguntó: «¿La saludo ahora o espero nueve meses?». Entonces le respondió: «Hola»... Nueve meses después.


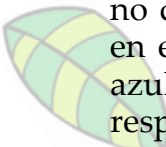






Doble *check* azul



Adriana Ciccaglione Escalona




Hola, te escribo de nuevo. Sabes que la constancia es una de mis mayores virtudes. Pero como te digo una cosa te explico la otra: por favor, no dejes que la paciencia que me queda se escape en este intento de volver a tu lado. El doble *check* azul me anuncia que ya me has leído. aguardo una respuesta... un escrito, algún mensaje de voz, algo que me asegure que no estoy perdiendo el tiempo. El doble *check* azul me indica que algo no va bien. Que está rota la comunicación. ¿Y el amor también? Se acabaron las palabras, los *stickers*, los emoticones... Parece que todo se ha disuelto en este chat. Quizás haya otro, donde el símbolo de la llama aparezca, donde la espera por la respuesta no se haga infinita y en donde tú te encuentres presente y no inerte. El doble *check* azul está y yo del otro lado.







Acuérdate de aquel día


Artidoro Gracia Vilches




Ojalá te acuerdes de aquel día, cuando me recibiste acostada, envuelta en una sábana blanca de neblina, bordada con hilos en color de oro. Yo lo recuerdo como si fuera ayer. Hubo muchos como ese. En la cabecera tenías almohadas que parecían chocolates, unos encima de otros.





Después nos fuimos a dar un paseo por la ciudad en mi auto. Tú sintonizaste la emisora donde solo se escuchaban canciones de los sesenta, como *Love me do*, de Los Beatles, mientras yo lidiaba con el río de carros que también iban al centro. No teníamos prisa por llegar a ningún lugar. Pero me pellizcaste en las costillas para que acelerara.





Me dijiste que podías conducir y nos reímos cuando, en el parabrisas, se estrellaron las primeras gotitas de lluvia, avisándonos del aguacero que tal vez caería. Tus palabras fueron como picarle la cresta a un gallo alborotado y un acicate para mi orgullo de adolescente. Entonces yo aceleré y tú le subiste el volumen a *We belong together*, de Ritchie Valens.



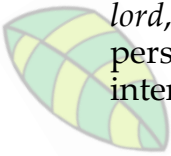
Aunque no íbamos a ningún lado, me dijiste que conocías otra ruta. Tomé una de tus manos, hice respingar el carro y lo caracoleé para hacer





que tu pelo suelto y encrespado se moviera de un lado a otro, y también para convertirme en ese gallo alborotado. Sin embargo, quien pagó los platos rotos fue un motociclista que iba con una mujer sentada atrás. Alcancé a mirar su boca detrás del casco, y la abrió tanto, que adiviné las palabrotas que nos gritó.



Volviste a subir el volumen cuando George Harrison empezó con su requinto a tocar *My sweet lord*, y la tarareamos juntos para olvidarnos del personaje de la moto. En el semáforo, un policía intentaba, sin lograrlo, agilizar el tráfico.




Aquel día gozamos de una ciudad que nos ocultó la mirada detrás de sus párpados, mientras nos reíamos paseando por sus calles para ir más rápido hacia ninguna parte.







Epifanía

Teresa Ovalles Márquez




Hoy caí al suelo aparatosamente. Fue como si hubiera muerto por un instante. Cuando desperté, solo vi manos y brazos que se acercaban para ayudarme. Los escruté y escogí los más fuertes. Eran de un joven de piel negra. Me aferré a uno de sus brazos y me fui levantando poco a poco, con mucho dolor. Una señora me preguntó si podía seguir sola. Le dije que sí, pero ella igual me acompañó a sentarme. Lo necesitaba, en realidad.

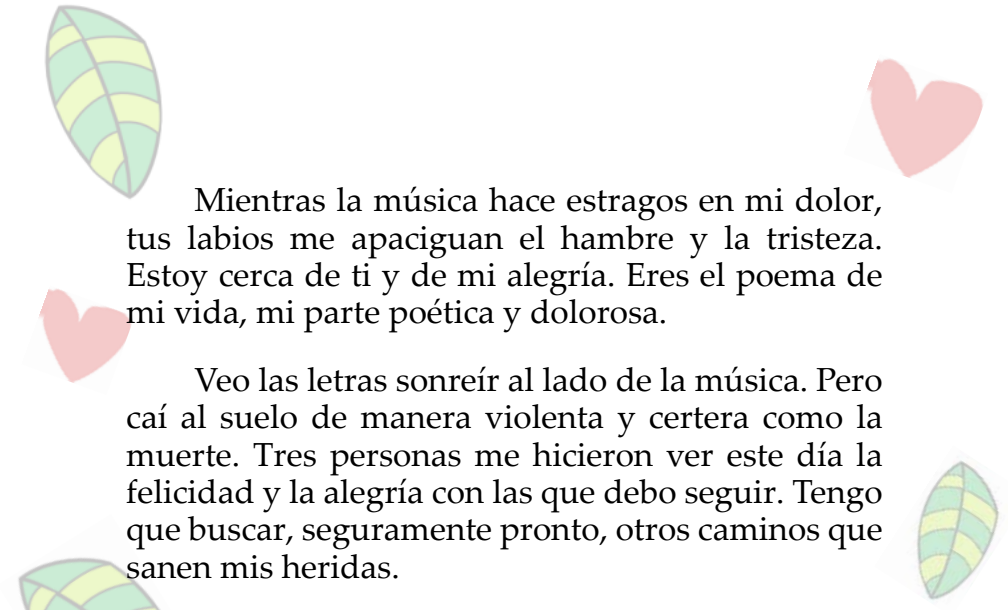


Fui a dar a un banco de concreto. Me quedé sentada junto a un ser que me miraba sin asombro. Intenté rociar con alcohol la herida y él me dijo que no me echara nada. Eran heridas que requerían de otros remedios.

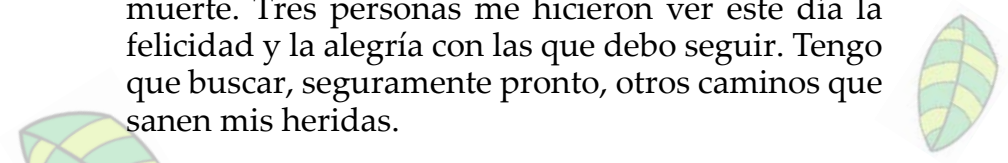
Y ahora estoy en mi refugio, curándolas y sanándolas.



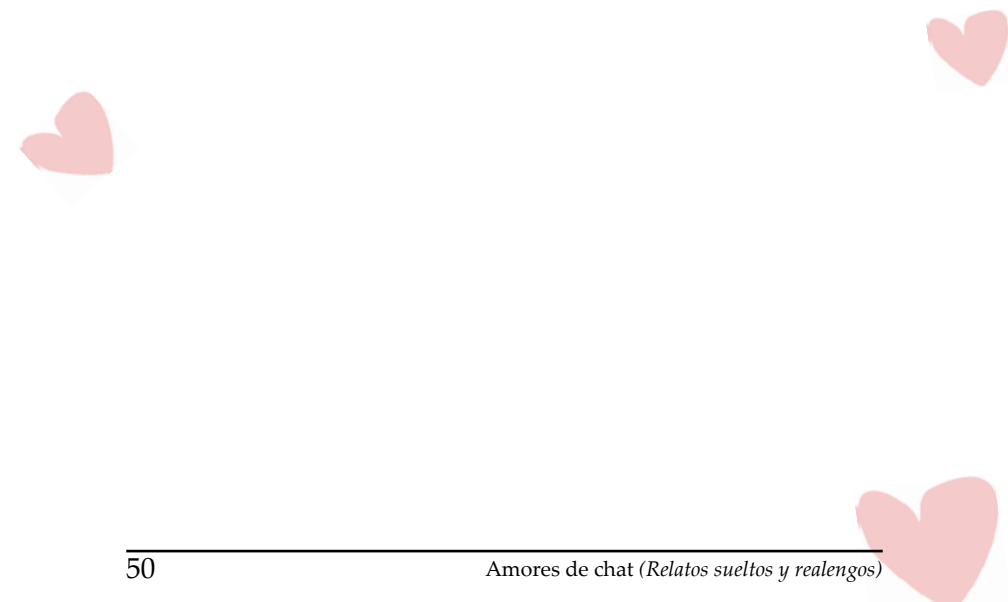
En este reposo me dedico a leer tus labios, que me hablan de tristezas y dolores. Me dedico a leer y a hacer las cosas que más me gustan: mirar tu boca y tus ojos, escuchar música y tu voz, refugiándome en la cuna de mi infancia. Respiro el viento lleno de aromas de otras casas, retorno a mis días más soleados, a mis noches de escritura diáfana y locuaz y recuerdo las alegrías de mi pasado. Rememoro.



Mientras la música hace estragos en mi dolor, tus labios me apaciguan el hambre y la tristeza. Estoy cerca de ti y de mi alegría. Eres el poema de mi vida, mi parte poética y dolorosa.



Veo las letras sonreír al lado de la música. Pero caí al suelo de manera violenta y certera como la muerte. Tres personas me hicieron ver este día la felicidad y la alegría con las que debo seguir. Tengo que buscar, seguramente pronto, otros caminos que sanen mis heridas.



La caída fue decisiva. Logré levantarme, pero llena de dolor, del más feroz de los dolores. Caminé sin fuerzas hasta alcanzar, extenuada, un asiento de concreto. Me senté al lado de un viejo que me miró sin asombro, pese a mi rostro de sofocante dolor.




El gato de mamá y el ratón de papá


Benigno Villegas Méndez




Dedicado a Amelie, mi adorada hija



Esto que les voy a contar ocurrió en realidad. Cierto que es inverosímil. El derecho a dudar los asiste. Aun así, deben creer que este inimaginable cuento es verdad, aunque parezca fabulosamente absurdo.




Esto sucedió en Maracaibo, por aquel tiempo cuando mucha gente relacionaba el fin del siglo y del milenio con el fin del mundo.

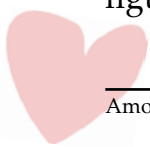




Fue uno de esos días en los que la luna se viste de punta en blanco y sale a pavonear el esplendor de su clara redondez durante toda la noche.

En esa contemplación quimérica me encontraba yo, pensando en María, apoyado en la esquina, con un pie descansando en la pared y el otro abajo. En posición de garza, pues.





Les decía que así me encontraba en esa despejada noche en la que se podían contar las estrellas sin temor a equivocarse. Ningún noctámbulo del vecindario dejó ver ese día su figura debajo de aquel nocturnal cielo. Solo yo.

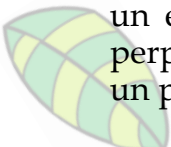




En esa contemplación seguía distraído, con el chispeante color vivo que se formaba en la punta del cigarrillo cuando lo inhalaba, ¡aaah!... Y luego aquella falsa neblina. Parece una luciérnaga, pensé, sonriendo como un tonto, mientras le lanzaba otra chupada al imaginado insecto.




Boté el chicote y me dispuse a regresar a la casa, pero un «pss» me detuvo. Es el viento, pensé de nuevo. Y cuál fue mi sorpresa cuando escuché un exclamativo «¡Hey!». Miro a los lados y sigo perplejo. Casi asustado, veo que no hay nadie, solo un par de gatos vagabundos que venían hacia mí.



«Son cosas mías», dije para mis adentros. Pero no. Escuchen esta vaina: el Gato me habló. El asunto no se quedó en la sola interjección del «¡Hey!» que me pareció escuchar. El felino, con sus redundantes ojos gatos, movió su patica delantera derecha y, con una frase condescendiente, me dijo:


—Tranquilo hermano, yo te explico.



¡Pueden imaginar el mutismo que me invadió! El Gato, sin embargo, movió su cabeza hacia los lados y exclamó:



—Cálmese amigo, solo quiero contarle mi historia y espero que algún día pueda escribirla.

—¡Nojoda! —exclamé— y rematé con una frase trillada: Este cigarro como que está «puyao».


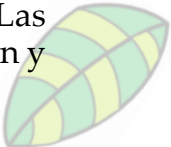





—¡Tranquilo! —volvió a repetir el Gato, y comenzó a contar su historia, sin darme tiempo a más reacciones pusilánimes.



—Esto de hablar lo aprendí poco a poco. En la casa donde viví, antes de ser echado a la calle como un perro, con el perdón de la expresión, había una señora a la que todo el mundo le decía «Mamá». Esa señora fue lo primero que vieron mis ojos. Ella me cuidaba y me hablaba todo el tiempo. Así fue como comencé a comprender las palabras. Las demás personas de la casa la escuchaban, se reían y le decían: «Está chocha con ese gato».



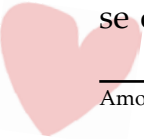
»Así fui creciendo y Mamá era la única que me defendía. En esa casa había muchas personas y todos alguna vez me acusaron: “Mamá, el gato está en el sofá, mamá el gato se subió en la cocina, mamá, mamá...”. De manera que todo lo malo lo hacía el gato. Es decir, yo.



»Al final, todos se acostumbraron a culparme con la etiqueta de “El gato de mamá hizo esto o aquello”, pero Mamá les decía: “Ese gato tiene nombre, se llama Michu”.

»Fúmate otro cigarro, me dijo, porque ahora es que viene lo mejor de esta historia.


Y siguió con su cuento...




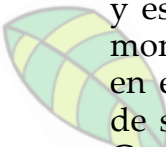
»En casa también vivía un señor al que le decían “Papá” y también “El Compa”. Ese señor se convirtió en mi pesadilla, aunque yo trataba de





ganarme su confianza porque, aspirar a su cariño, parecía demasiado.



»Los malos tratos empezaron cuando los demás le echaban en cara las preferencias afectivas en la casa. “Mamá quiere más al gato que a Papá”, le decían para molestarlo y, ¡vaya que se arrechaba el hombre!




»Yo, sin embargo, no entendía mucho de eso y esperaba que El Compa llegara a la casa. En el momento en que se ponía las pantuflas y se echaba en el sofá, me acercaba y daba vueltas alrededor de sus piernas. ¿Qué creen que ocurría entonces? Cuando suponía que las rabietas eran cosa del pasado, venía la patada que me hacía chillar y salir en bomba de la sala. “¡No le peguéis al gato!”, se oía desde la cocina el grito de Mamá.





En esa parte de la historia saqué otro cigarro del bolsillo y el Gato hizo una pausa. Creí que lo había asustado, pero el humanizado animal volvió a repetir: «Tranquilo, fuma, que en un ratico termino». Encendí la imaginada luciérnaga y la voz del Gato retornó al centro de la escena.

»Te decía que las relaciones con El Compa no eran buenas. Ese era mi día a día y así lo sobrellevaba. Una vez, sin embargo, oí cuando Mamá dijo: “Ese no ha botado a Michu porque, desde que llegó, no se ve ni un solo ratón en la casa”.



»Discúlpame este paréntesis —dijo—. Quiero que sepas que no como ratones. Solo los asusto, los







correteo. Mamá siempre me daba comida como la que comen ustedes, y así me acostumbré.

»Te cuento lo de los ratones, porque los humanos tienen una manera de hablar algo confusa. Dicen una cosa queriendo expresar otra y eso, en parte, fue lo que me puso de patitas en la calle.




»En aquellos días intensifiqué el combate contra los ratones. No quería darle pretextos a El Compa para que me echara. Esa fue mi perdición —dijo—. Y siguió su melancólico monólogo.

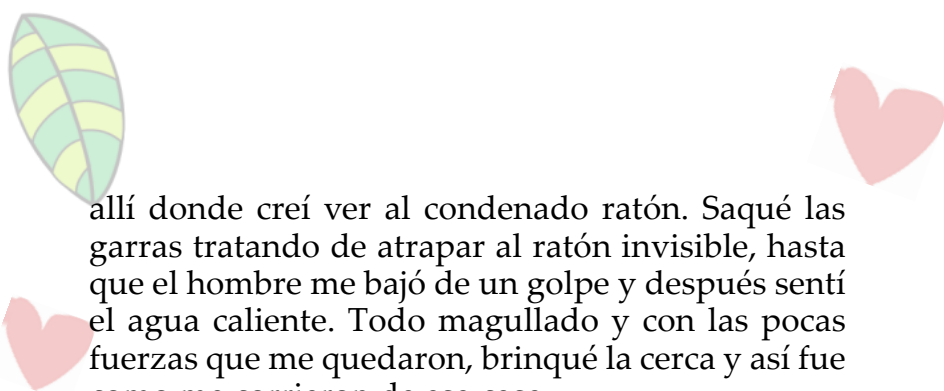
»Uno de esos días, El Compa se reunió con unos amigos en la casa. Todo era alegría. Estaba tan contento que me enrollé en sus piernas y en vez de una patada, Papá me cargó en brazos y alardeó frente a sus amigos, diciendo que en esa casa no había ratones "porque mi gato se los echa al pico". Dicho eso, me soltó con una inusitada caricia.



»Me fui a la cocina con esa frase, "mi gato", dando vueltas en mi cabeza hasta que me dormí. No sé cuánto tiempo pasó. Lo cierto es que cuando todo estaba en calma, oí ruido de ollas en la cocina y creí que era un ratón. Pero era El Compa, con su cara seria, poniendo fuego para el café y hablando entre dientes. Me acerqué y sus ojos centelleantes me pararon en seco... me retiré contrariado, pero lo escuché quejarse, me acerqué de nuevo y dijo: "Este ratón me tiene loca la cabeza".



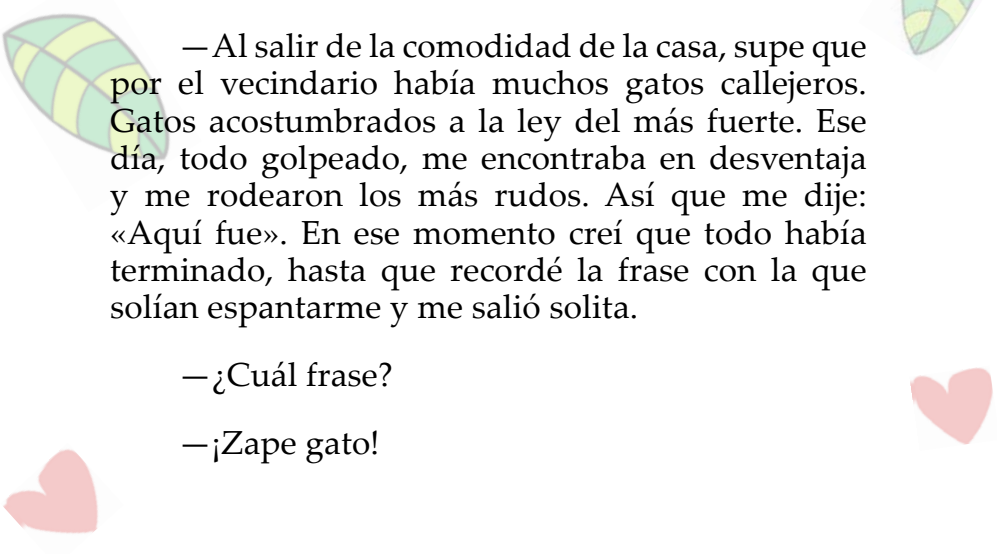
»Fin de la historia amigo. En ese momento, salté al lavaplatos y de ahí a la cabeza de El Compa,



allí donde creí ver al condenado ratón. Saqué las garras tratando de atrapar al ratón invisible, hasta que el hombre me bajó de un golpe y después sentí el agua caliente. Todo magullado y con las pocas fuerzas que me quedaron, brinqué la cerca y así fue como me corrieron de esa casa.

El Gato guardó silencio hasta que pregunté:

—¿Y cuándo aprendiste a hablar?



— Al salir de la comodidad de la casa, supe que por el vecindario había muchos gatos callejeros. Gatos acostumbrados a la ley del más fuerte. Ese día, todo golpeado, me encontraba en desventaja y me rodearon los más rudos. Así que me dije: «Aquí fue». En ese momento creí que todo había terminado, hasta que recordé la frase con la que solían espantarme y me salió solita.



—¿Cuál frase?

—¡Zape gato!





Ciento veinte años

Eglée Herrera Trompetero




Desde hace mucho tiempo escucho decir a papá que vivirá 120 años. Recientemente, mientras conversábamos, como todas las noches, me hizo una pregunta que me turbó un tanto, pues no la esperaba.

Mi teléfono suena a eso de las 7:00 o 7:30 de la noche. Siempre me hace las mismas preguntas: si comí, cómo estuvo mi día, cómo están los nietos y los bisnietos, en fin, el diálogo que espero normalmente.





Pero hace dos noches atrás me preguntó en voz alta y firme: «Hija, ¿cuántos años tendrás cuando yo cumpla 120?». Me quedé sin voz, no podía articular palabra, hasta el punto de que se escuchaba a papá al otro lado diciendo: «Aló, aló, ¿me escuchas?».





Mi esposo, que estaba conmigo, me dijo: «Tendrías 90, respóndele».

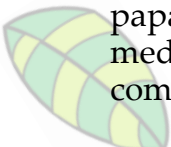
Así lo hice. Sin mucho convencimiento, le susurré: «Papá, tendría 90 años». Más sorprendida quedé al escucharlo decir, acompañando la frase con una sonora carcajada: «¡Entonces, estarás viejita. Ja, ja, ja!».



Esa noche estuve pensando que también es posible que yo pueda vivir 120 años como él lo espera. Mis hermanas, que lo cuidan en el Zulia, cuentan chistes relacionados con ese deseo de papá. Así que pensé: «Si nuestros ancestros han vivido más de 100 años, puede que lo logre...».



Esa noche tuve un sueño reparador y al siguiente día, al levantarme, exclamé en voz alta y fuerte: «Estoy perfectamente bien, así que, como papá, viviré 120 años». A lo que mi esposo, aún medio dormido, levantó el ojo, guiñándolo, así como diciendo: ¡«Lo que me espera»!.




Al final del día no supimos si fue un sueño o si realmente sucedió. Mejor lo dejamos así y guardamos la misma esperanza de papá.




Ahí viene el señor que me mató


Zuraya Ramírez Dala




Esta historia sucedió hace muchísimos años, yo todavía no me había casado. Resulta que mi suegro atropelló a un niño, como de ocho años, en la avenida Los Abogados de Barquisimeto, por los lados del liceo Mario Briceño Iragorry.



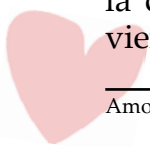
Mi suegro, muy responsable, se paró, recogió el niño y lo llevó a la clínica Acosta Ortiz para que lo viera un médico amigo, el doctor Pedro Santeliz, quien lo revisó todo y le dijo: «Mira Francisco, este niño no tiene nada, solo se le rompió la ropa. Este muchacho lo que está es desnutrido. Te voy a recomendar una cosa, llévatelo para tu casa, aliméntalo, recupera su peso y luego lo mandas para su casa».





Mi suegro ubicó a la mamá, la llevó a hablar con el médico, le explicaron todo, y ella aceptó. Luego alojó al niño en una habitación del segundo piso, donde había una enorme cama, pues mi suegro tenía buenos ingresos económicos. Le dio alimentación y todas las atenciones requeridas.




Le dijo al muchacho: «Usted no se va a parar ni a salir del cuarto. No vaya a estar bajando, aquí está la campanilla, si quiere algo, usted la toca y aquí vienen a atenderlo».

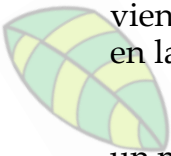






Era el período vacacional y sus hijos -incluido mi futuro esposo-, lo entretenían. En el cuarto había una hamaca, lo mecían y, durante buena parte del día, jugaban juntos.



De hecho, al muchacho lo que más le gustaba era la hamaca. «¡Más duro, más duro!», recuerda mi esposo que decía. Eso era todos los días, pero cuando se sentían los pasos de Ramos, mi suegro, el niño decía: «¡Ahí viene el señor que me mató, ahí viene el señor que me mató!» y se metía corriendo en la cama.



Mi suegro acordó con la madre, incluso, darle un mercado semanal mientras se recuperaba el hijo. Cuentan que cuando tocó devolver al muchacho, después de revisarlo el doctor Santeliz y ver que había recuperado el peso, este no se quería ir para su casa porque estaba gozando un puyero en la del suegro. Lo peor es que la mamá tampoco se lo quería llevar.





Recopilados









Nélida


Danisbel Gómez Morillo



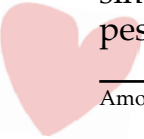

Justo este 17 de abril cumplía 11 años limpiando y salando pescados. “¡Eso es lo que mejor sé hacer!”, dice Nélida del Carmen, margariteña oriunda de Altagracia, cuando le pregunto cómo llegó al mercado de Juangriego, en donde la conocí en agosto del año pasado.





Fue como un flechazo. Yo andaba desesperada buscando comprar pescado fresco, mientras llegaba un gentío a pelearse las pocas cestas que salían del mar, cuando ella me miró como si me conociera de antes, como si la sonrisa nos conectara desde un viejo pasado. Le hablé con soltura y tras una hora de conversa ya tenía un tajalí salado de regalo en mi bolsa, mientras ella había conseguido dulzura en la suya: un kilo de azúcar, tras aquel trueque.





Hoy volví a verla y las miradas nos conectaron. Recordé su nombre porque es el mismo de mi mamá; ese que yo desconocía de niña, pues siempre la llamaban Isabelita, aunque el primero era Nélida, el que le había puesto —quién sabe por cuál razón— mi abuelo guajiro Leonardo Morillo.




“Estoy desde oscuro aquí, pero los botes llegan sin nada. Es una Semana Santa extraña, poquito pescado en la mar. Es la luna, hoy no abren la pesa.





Ya son las 10 y nada. Ellos son los que deciden cuándo se vende pescado aquí”, dijo, sin molestia ni rabia, a sabiendas de que no conseguiría cómo hacer dinero hoy.



Ella, que tiene tres hijas ya grandes, trabaja duro con el sol encima, llenándose de esas arrugas que resquebrajan la piel, como las salinas cuando el viento las cuartea. Aun así, vio con alegría que un bote se acercaba a la orilla. “Ése si trae pescado. Ése es el que le maneja el bote a la señora Lydia. Ayer le trajeron 40 kilos de carite y hoy van igual. Acérquese para que le vendan de una vez porque eso vuela”.



Unos minutos después pude hacer mi transacción gracias a Nélide, quien hasta nos alertó que debíamos estar pilas mientras nos limpiaban el carite, pues a veces en los tobos había trampas que se quedan con una parte de la presa.




Mientras nos ayudaba con la bolsa le di el poco efectivo que cargaba. Me dijo que ella no me estaba pidiendo, y yo sé que el gesto era sincero. Volveré al mercado y le traeré un kilito de azúcar, para que al menos se le endulce el guarapo. Y si puedo vuelvo a llevarme su sonrisa amable y la amistad que nos une temporada tras temporada.

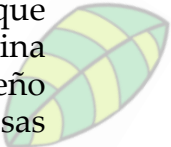


Labores

Orlando Villalobos Finol



Un obrero salía muy temprano para su trabajo y cuando pasaba por la casa de un escritor lo veía a través de la ventana, sentado en su computadora. Esta escena debió repetirse muchas veces, hasta que un domingo el escritor decidió cambiar de rutina y desde temprano se dedicó a limpiar su pequeño jardín. El obrero pasó por su casa, lo vio en esas labores y se detuvo para decirle: “Usted sí es raro, hoy que es domingo se pone a trabajar, y los otros días lo veo allí sentado sin hacer nada”.

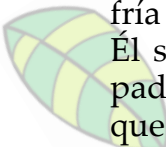







Humo



Verónica Pérez Traviezo




“¿Por qué todos fuman tan temprano?”, se preguntó Carlitos, el pequeño migrante venezolano de seis años, mientras iba al colegio en esa ciudad fría y nueva en la que apenas comenzaba a transitar. Él solo había visto “salir” humo de la boca de su padre cuando fumaba. De inmediato, se percató de que también salía el “humo” de su pequeña boca. Se sorprendió, pero no se atrevió a decirle nada a su mamá, quien lo llevaba de la mano. “¿Me moriré ahogado y apestoso algún día, como le dice mi mamá a mi papá?”, se preguntó Carlitos, convencido de que, aunque no supiera cómo, también estaba fumando, en medio del frío bogotano de abril.







El día que me iban a robar

Carmen Alicia González Sánchez




Aquella tarde iba para la casa de una amiga. Tomo una unidad del transporte colectivo, que me llevaría a su vivienda. En la calle 42 ingresan dos muchachos, uno se queda en la parte de adelante y otro se va para la parte de atrás.

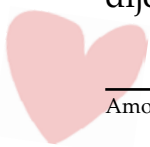
Para todos los que andamos en transporte público sabemos que esa es la modalidad utilizada por los atracadores de estas unidades colectivas. Cuando me doy cuenta pienso inmediatamente en el lugar que pudiese esconder mi teléfono, en qué parte guardo el dinero; el teléfono me lo meto en un bolsillo del pantalón, el dinero en otro bolsillo secreto, también tenía mi maquillaje.



En estos momentos es muy frecuente robar estuches de maquillaje por lo costoso, por lo menos los que son de buena calidad; también lo guardo, todo muy disimuladamente...



Distribuí los enseres en toda la cartera. Cargaba unos plátanos verdes que había comprado, también un paquete de azúcar. Bueno, ni modo, si abren la cartera, seguro que lo primero que se van a llevar son los plátanos verdes, también el azúcar..., me dije






En ese momento se me acerca el muchacho que está en la parte delantera y me asusté un poco. Ya, llegó el momento... y el muchacho me dice... “Tranquila, señora, nosotros no somos atracadores...”.




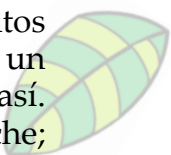


Todo ha cambiado


Esteban Castillo Vitorac



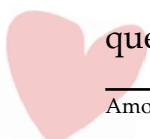
Todo ha cambiado. Pareciese que no soy yo, a veces casi no me reconozco. Todo lo tengo modificado; transformaciones en mis hábitos. He sido metódico en la vida. Aun en momentos pasados de mi vida, mantenía una disciplina y un orden: comer a la misma hora... Ahora no es así. Antes cenaba entre las 7:00 y las 8:00 de la noche; actualmente ceno a las 5:00 de la tarde, ya que no tengo gas y cocino en una pequeña cocina eléctrica.





La electricidad, la mayor parte del tiempo, se va entre las 6:00 y las 7:00 de la noche. Anteriormente, me acostaba a las 11:00 de la noche; ahora, entre 8:00 y 9:00 de la noche. Hace tiempo, y por años, me despertaba a las 6:00 de la mañana. Ahora me despierto a las 2:00 de la madrugada. Es por eso que a esta hora del sueño paradójico, estoy despierto.








Anteriormente me bañaba a las 5:00 de la tarde o a cualquier otra hora. Actualmente, me baño cuando llega el agua; si no, tengo que medio bañarme y hacer la “petite toilette”. Todo es tan diferente y tan extraño, que me parece un sueño de esos en que tú pierdes relación con el mundo circundante.



Dicen los que saben de neuronas y de sinapsis que, a veces, muchos se vuelven locos para escapar




de la realidad. A veces siento que mis locuras se canalizan en el arte. ¿Y qué irá a pasar cuando se me terminen los materiales?, ¿me volveré loco de atar? Que esté escribiendo estas pendejadas no formará parte de mis delirios; no lo sé... alucinaciones de media madrugada...







Jacobo


Isabel Caroto Correia



Elvira, todas las noches, y como parte de su rutina antes de acostarse, va al cuarto de su pequeño Jacobo, lo abriga y le desea buenas noches para que no sienta miedo en medio de la oscuridad forzada de los apagones. Nota que está profundamente dormido; lo vuelve a abrigar, apaga la vela y sale sigilosamente.



Gonzalo, su pareja, la espera agitado, está escondido detrás de la puerta del cuarto principal. Ella entra, la agarra desprevenida, la empuja contra la cama, se abalanza sobre ella, le arranca la bata y la besa como si no lo hubiera hecho nunca. Ambos se funden entre jadeo y jadeo. La pasión va in crescendo hasta que... llega la luz. Jacobo, a su lado, les pregunta si les duele algo.

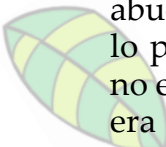







Adolorida por su amor



Jasmín Olivares Santander




Habían pasado 16 horas y nada que llegaba. Cuánto amor le tenía y ni cuenta me había dado. Allí cabe recordar lo que decía mi abuela y, seguro, la abuela de todos: “Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde...”. La sala, el comedor, la salita de estar no eran los mismos espacios, pero, definitivamente, era en mi cuarto donde más le extrañaba. Decidí tratar de que no me hiciera tanta falta, y me fui al porche, para sentir el efímero fresco nocturno. Logré conciliar el sueño hasta que de repente... ¡zuaas..! ¡¡¡Me caí del chinchorro!!!






Mi apagón

Nilsa Gulfo Peñaranda






A Guillermo Gulfo



Las despedidas son tristes, sobre todo cuando hay tierra de por medio...

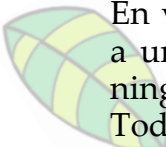

Mi hermano Guillermo decidió despedirse en medio del apagón. No queríamos que fuese así, pero con los designios de Dios no podemos discutir. Quizás no era justo vernos las lágrimas y los rostros de tristeza. Lo que sí pudimos, como familia, fue observar y acompañar su lucha por la vida durante seis años. Hoy me atrevo a recordarlo con amor, con sus toques de picardía, con su inteligencia y con su peculiar risa. Mientras lo sembrábamos en tierras marabinas, llegó la luz. Sin embargo, yo sigo aquí, mientras tanto, con mi apagón...






Mis amigos el agua, la cisterna y la luz

Mariela Alcántara Hernández



Hace casi cuatro años que mi amiga el agua no me visita. Ella siempre tiene una excusa para no llegar: que si el transporte es malo, que si esto es muy lejos, que si está ocupada en otra cosa... En vista de esta situación me vi obligada a llamar a un amigo en común: al camión cisterna. Él, sin ninguna demora, se acercó hasta mi vivienda. Todos festejamos la llegada del fiel amigo: perros, gatos y plantas del patio se unieron a la fiesta. Pero como a veces la alegría dura poco, sorpresivamente un día... ¡zuaas..! se fue la luz durante varios días, y con la luz se esfumó la felicidad, porque la bomba que llenaría los tanques aéreos no podría utilizarse sin la luz eléctrica. Terminamos haciendo el trabajo balde a balde. Ya no era el agua, tampoco el camión cisterna, ahora era la luz que nos abandonaba, y por varios días...





El Quijote y la luz, las parrillas y el hambre

Homo Ludens Nano




En una conversación de WhatsApp





Gustavo Rosendo (Poeta)

Les cuento algo que pasó en un conjunto residencial que visité durante el gran apagón. La primera noche los niños salieron al parquecito y parafraseando a sus padres gritaban: “¡Maduro... come tomate!”.



A la segunda noche los vecinos se vieron obligados a sacar la carne que guardaban en la nevera porque se iba a dañar y armaron una gran parrilla comunitaria, a hora mandaban a los niños a los apartamentos a decirle a los vecinos que si gustaban azar más carne, eran bienvenidos...



Aquella noche la frase insultante no se escuchó más, los niños sólo exclamaban ahora: “¡Carne...! ¡carne...! ¡carne...!”. “Cosas veredes...”, dije yo, cual Quijote...



Digna Luna (Escritora)

Aquí donde vivo paso algo igualito. Yo no participé en esas parrillas, pero sé que las hicieron con las carnes que tenían congeladas. Las parrillas fueron como al tercer o cuarto día. Una amiga de la otra torre, me regaló como tres kilos de carne y cociné y comimos como cuatro días en mi casa.



Diego Rivero (Cantor)

Por cierto, en la obra monumental de Miguel de Cervantes, muy a propósito de las parrillas, las carnes, la luz y los personajes de la literatura, que ustedes mencionan, dice sabiamente El Quijote en uno de sus pasajes del libro, que la mejor salsa es el hambre, por eso los pobres comen con gusto.




Diálogo recopilado en el grupo de WhataApp Homo Lundens Nano, creado por poetas, historiadores y personas de otras profesiones y oficios, sensibilizadas con la escritura literaria.







La vida secreta de las mariposas

María Alejandra Gutiérrez Sánchez




De pequeña me emocionaba ver las especies diurnas revolotear en el jardín de mi mamá. Inevitable en aquellos días, tararear la canción: “Vuelan las mariposas de tafetán” ...

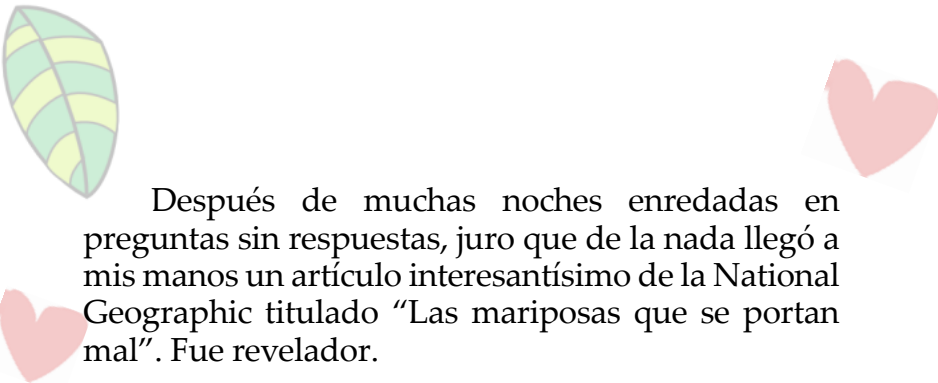
De universitaria (con el tema “Mariposa tecnicolor” de Fito Páez como banda sonora), conocí a mi primer amor y aquella peculiar inquietud estomacal achacada a estos insectos, consecuencia de la atracción entre dos personas: sentir maripositas en el estómago era francamente DELICIOSO.



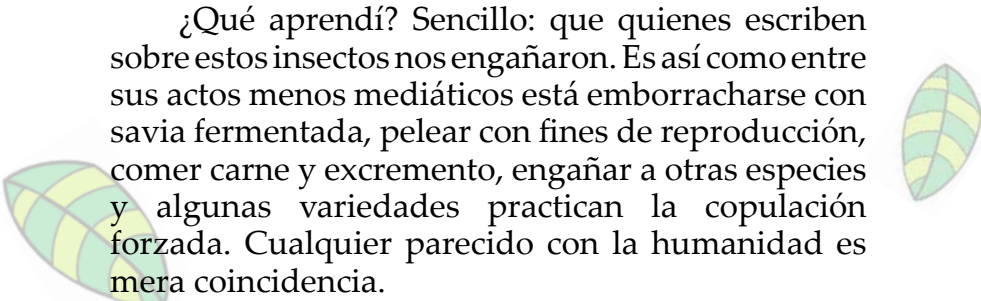
Las mariposas se convirtieron para mí en una simbología propia. Recuerdo que luego de leer sobre el proceso de su metamorfosis, decidí pegar su calcomanía al vidrio trasero del carro de mi papá, en señal de mi admiración y reverencia. Y es que no podía quedar indiferente, porque el milagro de la metamorfosis es universal, aun cuando pensemos que ya no se tiene esperanza.



Sin embargo, conforme fui madurando y luego de varias decepciones, comprendí que la vida es impredecible. Empecé a dudar. Y en ese mismo saco de la desconfianza mis mariposas fueron a parar.

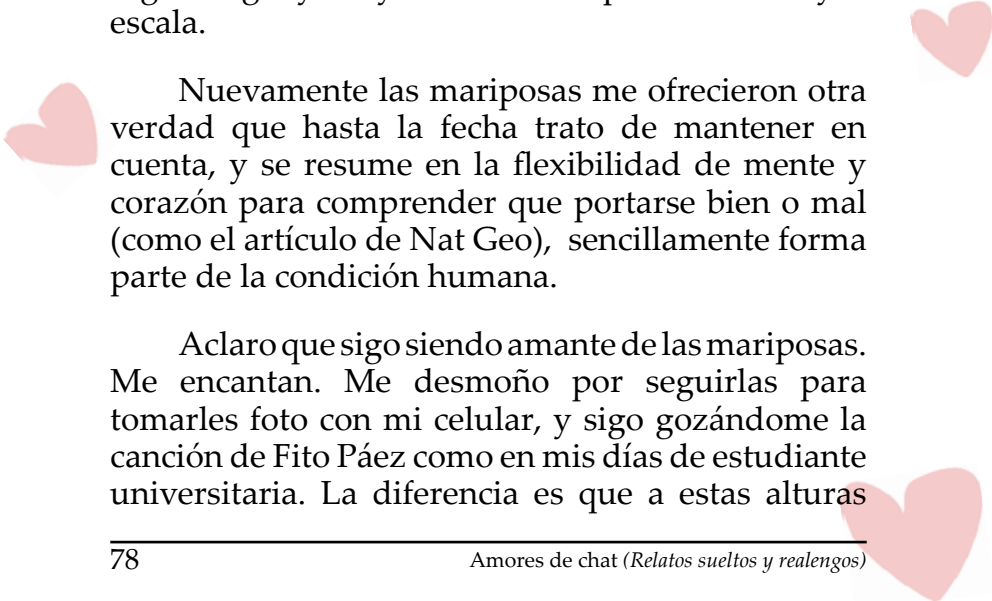


Después de muchas noches enredadas en preguntas sin respuestas, juro que de la nada llegó a mis manos un artículo interesantísimo de la National Geographic titulado “Las mariposas que se portan mal”. Fue revelador.





¿Qué aprendí? Sencillo: que quienes escriben sobre estos insectos nos engañaron. Es así como entre sus actos menos mediáticos está emborracharse con savia fermentada, pelear con fines de reproducción, comer carne y excremento, engañar a otras especies y algunas variedades practican la copulación forzada. Cualquier parecido con la humanidad es mera coincidencia.

Confieso que este artículo me dejó paralizada, con los pelos de punta. Mis dulces mariposas ya no eran tan virtuosas. Rodaron las caretas. Luego del shock y evaluando con más cuidado la posverdad, digerí el guayabo y entendí todo pero a una mayor escala.

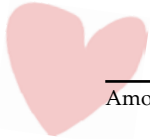







Nuevamente las mariposas me ofrecieron otra verdad que hasta la fecha trato de mantener en cuenta, y se resume en la flexibilidad de mente y corazón para comprender que portarse bien o mal (como el artículo de Nat Geo), sencillamente forma parte de la condición humana.

Aclaro que sigo siendo amante de las mariposas. Me encantan. Me desmoño por seguir las para tomarles foto con mi celular, y sigo gozándome la canción de Fito Páez como en mis días de estudiante universitaria. La diferencia es que a estas alturas




las respeto aún más, sabiendo que tienen un lado perturbador, nada que ver con las tiernas mariposas de tafetán de mi preescolar.





Diálogo existencial entre dos moscas

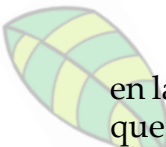


Francisco Camacho Rodríguez

A Milán Kundera





I




Se habían conocido en el cadáver de un perro en las afueras de Barrio Limpio. Mosca 1 sabía desde que le vio salir de la larva o cresa, como se le dice, que Mosca 2 sería su amiga. Sabía que sería un ser “especial”.



Lo ratificó al poco tiempo, por su manera de mirar lo que tenía alrededor. Mosca 2 pasaba largos segundos observando lo que hacían las otras moscas, pero no las imitaba salvo por razones de mera subsistencia.



A su vez, cuando maduró, Mosca 2 se sintió atraída por la “personalidad” de Mosca 1. La mosca mayor tenía una manera de frotarse las patas delanteras que le distinguía del resto, hacía unos movimientos antes de comer que parecían un ritual.


Algo dentro de sí, una reminiscencia diría Platón, le decía a Mosca 2 que era con Mosca 1 con quien debía compartir el resto de sus semanas de existencia. Que esas cosas que su mosca admirada hacía, eran justamente lo que ella debía hacer. En el



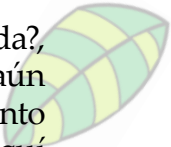


fondo, ya tenía un cierto dominio innato de ellas, era algo que no dependía de la experiencia para aprenderlo.


II




Ambas moscas estaban en la mesa del comedor de una casa cualquiera de Barrio Limpio, alrededor de una migaja de pan, lugar en el que sostuvieron el siguiente diálogo:





-Mosca 2: ¿Qué haré en lo que me queda de vida?, ¿cómo aprenderé lo que me falta de este mundo aún desconocido? Si al menos tuviésemos un conocimiento previo de cómo vive una mosca antes de venir aquí (una vida completa, quiero decir, no aquella que acaba repentinamente en un matamoscas), sabríamos cómo evadir las amenazas que se presentan en nuestro ciclo vital: depredadores, insecticidas, científicos que usan su talento para eliminarnos, empresas fumigadoras, gente obsesionada con la limpieza, en fin. Estamos arrojadas a un mundo para el que no estamos preparadas y cuando aprendemos sus códigos ya es demasiado tarde. Morimos, si llegamos, de viejas.





-Mosca 1: Procura no hacer preguntas cuyas respuestas no están a mi alcance, a mí también me rondan esas cosas por mi cabeza de mosca, es inevitable dejar de hacerlo, tú y yo tenemos que lidiar con eso. Quisiera ser como las demás, ocupadas en sobrevivir los días que les quedan. La nuestra, es una existencia distinta a la de otros insectos, incluso a la de los humanos, no sólo por su levedad, como diría Kundera.







Las dimensiones de los espacios temporales de ellos, los hombres, no son las nuestras; no nos hemos apropiado de territorios, ni hacemos guerras, no estamos atadas a horarios, no planificamos nuestra vejez, no pretendemos retrasar la muerte. No nos ocupamos de esas tonterías.





En cierta forma, somos libres; no buscamos dominar a otras especies. Cuando atrapamos a una araña, lo hacemos para alimentarnos, no porque la odiamos. Cada quien está en lo suyo, aunque es verdad, somos presas de depredadores, pero no es porque somos diferentes la razón por la que nos comen.

También somos distintas a las abejas y a las hormigas, no hay en nosotras un sentido de comunidad, que implique el sacrificio por el grupo, como ellas...En fin, ¡a lo que vinimos, a las sobras!





La tertulia existencial entre ambas moscas, escenificada en torno a la migaja de pan, quedó entrecortada cuando Ama de Casa entró a la cocina. Temían pronunciar palabra alguna ante la mujer, no vaya a ser que su secreto fuese descubierto: ambas eran de los escasísimos dípteros expertos en el lenguaje complejo de los humanos. Conocían sustantivos, pronombres, verbos, adjetivos e incluso, tenían cierto dominio de metonimias.



Ambas eran seres capaces de razonar. Esas rarezas de la naturaleza. No vinieron al mundo a difundir ensayos sobre la vida, al menos no para el ámbito humano, que es donde se hacen esas cosas.




Tampoco podían aspirar a una audiencia de moscas que entendiera sus inquietudes existenciales, así que el suyo era, si se lo llegasen a proponer, un ámbito muy limitado, como el de un ser humano de nuestros días experto en lengua elamita o en el griego antiguo.




Conscientes de la inutilidad de su capacidad intelectual para ganarse el pan, o, mejor, el desperdicio, no tenían más remedio que seguir con su aburrida y despreciable existencia de moscas, aunque compartiendo disquisiciones que, a fin de cuentas, es mejor si son sobrellevadas en común, así sea entre dos, a modo de diálogos.

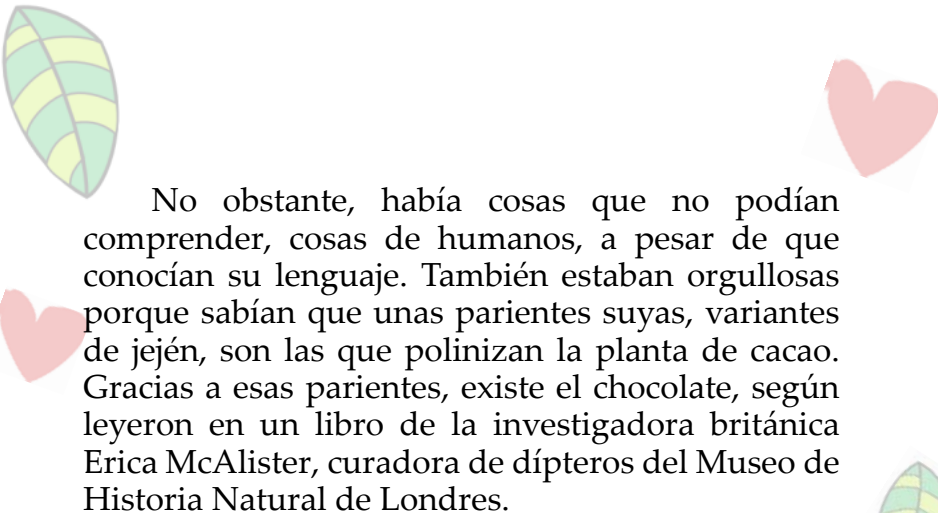


Como su dimensión temporal era distinta a la de los humanos, eran capaces de comprender en días lo que a los hombres les toma años de estudio. Mosca 1, seis días mayor que Mosca 2, era una especie de maestra de la más joven. Entre ambas surgió una sólida amistad; se hicieron dependientes una de la otra, como de la basura que comían.

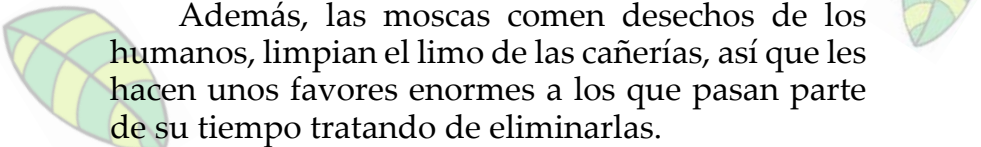


Al estar dotadas de razón, ambas sabían lo repulsivas que son las moscas para los humanos porque se les asocia con la suciedad. Claro, ¡comen heces y cadáveres! No era infundada la aversión humana hacia ellas. En el Antiguo Testamento se les describe como una de las diez plagas que azotó Egipto, junto con los piojos, las ranas y las langostas. Eso sí lo tenían claro desde temprana edad, y lo ratificaron en su andar por la vida.



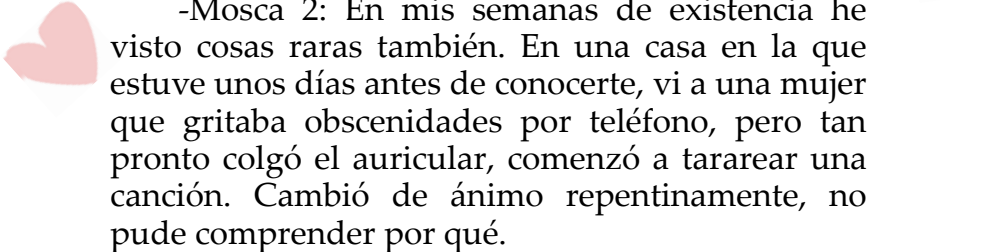


No obstante, había cosas que no podían comprender, cosas de humanos, a pesar de que conocían su lenguaje. También estaban orgullosas porque sabían que unas parientes suyas, variantes de jején, son las que polinizan la planta de cacao. Gracias a esas parientes, existe el chocolate, según leyeron en un libro de la investigadora británica Erica McAlister, curadora de dípteros del Museo de Historia Natural de Londres.





Además, las moscas comen desechos de los humanos, limpian el limo de las cañerías, así que les hacen unos favores enormes a los que pasan parte de su tiempo tratando de eliminarlas.

-Mosca 1: Fíjate, Ama de Casa esconde unos billetes detrás del frasco donde dormimos anoche. Por la manera en que observa en torno suyo, pareciera que se acercase un depredador. No tengo una explicación lógica de su conducta, no he visto gente comiendo billetes, si es que teme a eso.





-Mosca 2: En mis semanas de existencia he visto cosas raras también. En una casa en la que estuve unos días antes de conocerte, vi a una mujer que gritaba obscenidades por teléfono, pero tan pronto colgó el auricular, comenzó a tararear una canción. Cambió de ánimo repentinamente, no pude comprender por qué.


La conversase vio interrumpida repentinamente. La mujer entró decidida a la cocina a espantar moscas con un trapo humedecido. Para ambas era como un juego, un reto de rapidez que suelen




hacerse los humanos y en el que casi siempre las moscas terminan ganando. Un cerebro del tamaño de un grano de sal es capaz de emitir órdenes de rápidos movimientos al cuerpo de la mosca, que bate sus alas unas 200 veces por segundo.




Unos minutos en el lateral de la campana de la cocina de Ama de Casa serían suficientes para esperar el momento de volver a la migaja o de lanzarse al succulento tomate que se anunciaba picado en dos. Dieron el salto al manjar.



III




¡Splash! ...Como los hombres, ambas moscas no pudieron predecir el segundo exacto de su muerte. Esa fue una de las pocas batallas ganadas por la especie humana contra el multitudinario ejército de dípteros que habita el planeta. Nadie supo del don del lenguaje que tenían Mosca 1 y Mosca 2. La entomología se hubiese diversificado si algún científico las hubiese oído conversar.


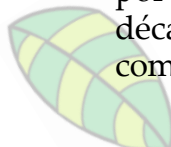




Los años del virus





Mariana Guanipa Rondón




El 2020 pintaba ser muy bueno. Comenzó como un año lleno de expectativas, con muchos planes por realizar y metas por cumplir. Era el inicio de una década y, por consiguiente, la marca de un nuevo comienzo para todos.



La esperanza de buscar una renovación personal se podía percibir. No sabíamos que todas estas grandes expectativas se verían afectadas por un hecho histórico con el que no contábamos: el inicio de una pandemia global.




Al comienzo de esta década, mis planes personales incluían la búsqueda de un nuevo empleo y un largo itinerario de viajes a lugares desconocidos que anhelaba descubrir. Había adquirido la costumbre de planificar estas aventuras por adelantado, pero nunca, mientras las ideaba, fui capaz de percibir el gran cambio que tendríamos que afrontar.

Recibí el nuevo año en un pequeño pueblo al sur de Italia, que quizás no es el destino más conocido, pero sí uno de los lugares donde me han recibido como a una más de la familia. Mi celebración para despedir el 2019, incluía una larga noche degustando un incontable número de platos típicos en compañía del grupo que me acogió.

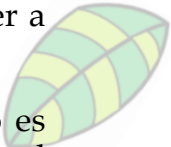






Por si se lo están preguntando, los italianos, en las fechas decembrinas, comen pescado, pues es un simbolismo de abundancia. Puedo asegurarles que la cena contó con más de diez platos.




Justo cuando las doce campanadas se comenzaron a escuchar y, en medio de fuegos artificiales, presencié una propuesta de matrimonio. A pesar de no conocer a la pareja, este hecho trajo lágrimas a mis ojos debido a este gran gesto, que incluyó un plan muy elaborado para sorprender a la futura novia.





Ahora se preguntarán: ¿por qué todo esto es relevante? Porque luego de iniciar el año en aquel entorno familiar, con la suerte de observar el amor en todas sus expresiones, ¿cómo esperar algo malo? Por eso decía una y otra vez: «El 2020 es mi año, nada va a detenerme».



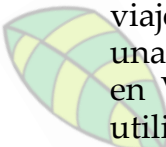


Tras volver a casa, se materializó otro logro, aunque quizás pueda referirme a ello como una aventura que venía acompañada de una enorme carga emocional que me llenaba de felicidad: volví a Venezuela, específicamente a Maracaibo, mi tierra amada. Pude reunirme ahora con mi propia familia después de tres años de ausencia. Durante sus dos primeros meses, el 2020 seguía siendo, hasta ahora, mi mejor año.





No voy a extenderme en el viaje de regreso a mi ciudad natal, necesitaría más páginas para eso y sería un relato completamente distinto a mis experiencias durante la COVID-19. Lo que sí



puedo decir es que, para inicios de febrero, cuando emprendí aquel viaje de quince maravillosos días, se comentaba en las redes sociales y en «rumores de pasillo», que un virus se expandía en el continente asiático.






Entre mi ignorancia y negación, pensaba que eso estaba ocurriendo en tierras lejanas, además, el 2020 era mi gran año. ¿Por qué eso sería relevante cuando ya tenía tantos planes por realizar? En ese viaje comencé a ver pequeños cambios a los que, una vez más, no di importancia. Durante mis escalas en Viena, París y Caracas, vi a muchas personas utilizando mascarillas y, en los aeropuertos, varios carteles con las normas de distanciamiento traducidas en distintos idiomas. ¿Acaso la gente comenzaba a temerle a aquel virus lejano al que yo seguía restando importancia?




Durante mi estadía, sí escuché un par de comentarios sobre el virus, pero dada la jocosidad de los venezolanos, no se tomaba muy en serio lo que se decía. Además, en ese momento, decían que el virus no sobrevivía en el calor. «¿¡Qué va a estar llegando ese virus aquí en Maracaibo!?!», recuerdo haber escuchado. Hoy en día, ¡cómo me habría gustado que aquello fuese cierto!

Cuando llegó el momento de partir, mi mamá, como siempre tan precavida, guardó en mi maleta al menos cincuenta mascarillas para utilizarlas durante mis escalas en los aeropuertos y luego en Budapest, ciudad donde vivo desde hace unos años. En ese momento, me seguía pareciendo algo







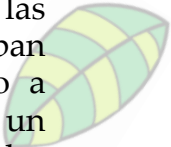
exagerado, pero accedí, pues quería mantener la armonía en mi viaje. No sabía que esas mascarillas no solo me ayudarían a mí, sino también a mis amigos cercanos.




Al regresar a Hungría, las cosas no parecían haber cambiado mucho, volví a la oficina, a la cotidianidad y buscaba con ansias cumplir con mis metas para el 2020, pues este era MI AÑO, ¿no?





Un par de compañeros de trabajo revisaban las noticias cada vez con más frecuencia, y anunciaban cómo aquel virus lejano se había comenzado a expandir por más países. Recuerdo que tenían un mapa donde mostraban, en vivo y directo, cómo las infecciones crecían en cada lugar.




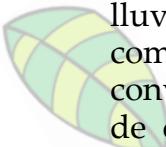
Así pasamos al menos dos semanas posteriores a mi llegada. Los números de contagiados seguían aumentando, ya no solo en el continente asiático, también había casos en países cercanos. Europa era ahora zona de riesgo, Italia (donde recibí el año) y España (país que sería mi próximo destino), comenzaban a resonar como los más afectados y, entre tanta información, finalmente llegó la noticia que más temíamos: el virus había llegado a Hungría.





Solo dos estudiantes eran los afectados, pero la COVID-19 comenzó a propagarse desmesuradamente y fue en ese momento cuando la ciudad que siempre me maravilló por tener vida a cualquier hora del día, comenzó a apagarse.



Budapest me cautivó desde que la conocí, aunque no fue amor a primera vista, porque mis primeros días aquí se vieron empañados por la gran nostalgia que sentía al dejar mi hogar por una nueva vida. Pero, poco a poco, la capital del río Danubio me conquistó. Vengo de una ciudad en donde, al anochecer, las calles quedan vacías, oscuras, silenciosas y, cada vez que llueve, colapsa.







Todos debemos quedarnos en casa hasta que la lluvia cesa. En Maracaibo no tengo tantas libertades como las que Budapest me ha brindado. Para mí, se convirtió en la ciudad que no duerme y, sin ánimos de contradecir la maravillosa letra de la canción New York, New York, de Frank Sinatra, pienso que esa descripción también le queda a la capital húngara, pues ni un diluvio podría detenerla.





A cualquier hora, siempre hay personas comiendo en las terrazas, caminando hacia un bar o simplemente maravillándose ante las atracciones turísticas. En todo momento se puede escuchar una gran diversidad de idiomas o personas de cualquier raza caminando entre sus calles, riendo, posando con enormes sonrisas para sus fotos, preguntando por direcciones para llegar a


lugares como el Parlamento o el Castillo de Buda. Esto ocurría durante las cuatro estaciones del año, día tras día. En mis años viviendo en la ciudad, nunca pensé que esa rutina se vería interrumpida o que estas mismas calles quedarían desiertas.



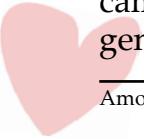
Todo comenzó cuando, en la oficina, nos informaron que debíamos trabajar desde casa por un tiempo indefinido. Fue cuando la realidad me golpeó y me di cuenta de que quizás el 2020 y, probablemente el 2021, serían muy distintos a como los había imaginado. A mis compañeros de piso también les dijeron que, de ahora en adelante, abrirían paso al home office. Afortunadamente, comparto el apartamento con tres personas más y ellos han sido mis acompañantes durante estos años.



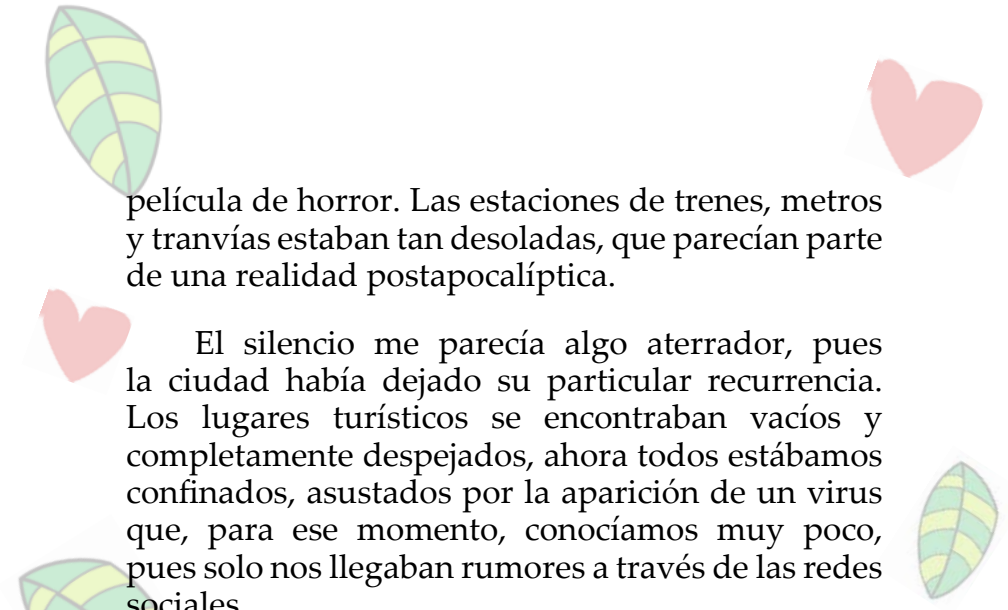
En el 2020, las salidas comenzaron a ser más restringidas. Se decidió que solo los adultos mayores podían salir a hacer compras en la mañana, los demás podíamos hacerlo cuando este horario restringido llegara a su fin. De esta forma, ir al supermercado se convirtió en mi única salida semanal e incluso allí comenzaba a presenciarse el pánico de las personas, muchos ponían ahora una gran distancia entre ellos y los demás.



Recuerdo la primera vez que una mujer de mediana edad nos exigió, entre señas, que guardáramos más distancia. También cuando escuché a una persona toser en la calle y mi mirada reflejó un temor tan grande, que la mujer se molestó al ver mi reacción.

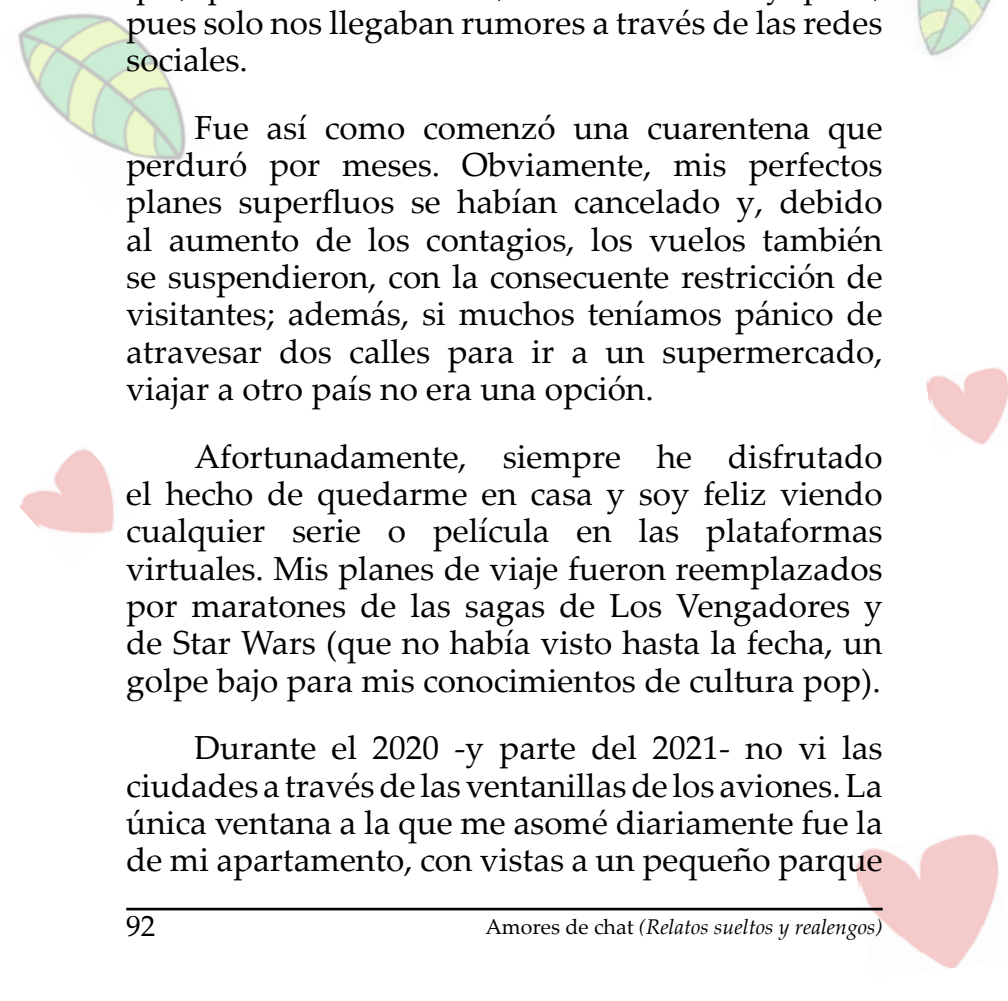


En esas cortas salidas, pude presenciar lo inevitable: las calles siempre vibrantes, ahora se veían desiertas. Sentía pánico si cualquier persona caminaba cerca de mí o incluso peor, ver grupos de gente en la calle se sentía tan temible como cualquier



película de horror. Las estaciones de trenes, metros y tranvías estaban tan desoladas, que parecían parte de una realidad postapocalíptica.



El silencio me parecía algo aterrador, pues la ciudad había dejado su particular recurrencia. Los lugares turísticos se encontraban vacíos y completamente despejados, ahora todos estábamos confinados, asustados por la aparición de un virus que, para ese momento, conocíamos muy poco, pues solo nos llegaban rumores a través de las redes sociales.





Fue así como comenzó una cuarentena que perduró por meses. Obviamente, mis perfectos planes superfluos se habían cancelado y, debido al aumento de los contagios, los vuelos también se suspendieron, con la consecuente restricción de visitantes; además, si muchos teníamos pánico de atravesar dos calles para ir a un supermercado, viajar a otro país no era una opción.

Afortunadamente, siempre he disfrutado el hecho de quedarme en casa y soy feliz viendo cualquier serie o película en las plataformas virtuales. Mis planes de viaje fueron reemplazados por maratones de las sagas de Los Vengadores y de Star Wars (que no había visto hasta la fecha, un golpe bajo para mis conocimientos de cultura pop).


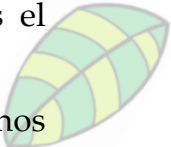
Durante el 2020 -y parte del 2021- no vi las ciudades a través de las ventanillas de los aviones. La única ventana a la que me asomé diariamente fue la de mi apartamento, con vistas a un pequeño parque



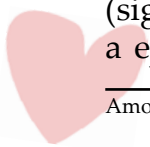

ubicado en la planta baja de mi edificio, donde los padres llevaban a sus hijos para distraerlos durante el confinamiento.





En esos dos años, las palabras «Zoom», «videollamada» y la frase «home office», se volvieron parte de nuestra cotidianidad, ¿o acaso las siguientes frases habrían tenido sentido en otro contexto?: «¿Respondiste a la invitación para celebrar el cumpleaños de Omar a través de Zoom?», «Haremos una videollamada cuando termines el “home office”», me decían los amigos.




Y fue así como comenzamos a adaptarnos a la nueva normalidad que el 2020 y el 2021 nos presentaron. Sí, mis planes para los dos siguientes años ya no tenían sentido, pero ¿qué hacemos cuando nuestros propósitos se transforman en algo que no deseamos? En mi caso, primero me molesté porque, ¿cómo se atrevía una pandemia global a arrebatarme mi año?, pero luego me di cuenta de que no tenía sentido ir contra esta nueva realidad sino al contrario, debía adaptarme y seguir adelante. Después de todo, la situación nos afectaba a todos y había personas con problemas serios, afectadas por este virus. Mis planes, ciertamente, podían esperar, la prioridad ahora era cuidarse y mantenerse saludable.



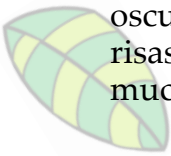

La decisión más adulta era aceptar la nueva normalidad y fue lo que incorporé a mi vida. De repente, cosas simples como tomar largas caminatas (siguiendo las reglas de distanciamiento), comenzar a ejercitarme y crear el hábito de montar bicicleta




para evitar el uso del transporte público, fueron reemplazando los planes iniciales.



El 2020 y el 2021 han sido años de cambios, en los que muchas personas pudieron entender lo que sentimos los inmigrantes cuando solo podemos hablar con nuestros seres queridos a través de videollamadas. También comprobé que tengo una familia lejos de casa, pues sin el apoyo de mis amigos, esos días habrían sido más largos e, incluso, más oscuros. Con ellos he tenido la dicha de compartir risas, recetas de comida, largas conversaciones y muchos juegos de mesa.





Agradezco que tuve la dicha de mantener mi trabajo y realizarlo desde la comodidad de mi hogar, y sobre todas las cosas, doy gracias porque mis familiares, mis amigos y yo, nos mantenemos saludables. No han sido años como los imaginé, pero si hay algo que debo admitir, es que me permitieron conocerme a mí misma a profundidad, tomar decisiones que durante un período «normal» no habría tomado y apreciar mejor a las personas de mi entorno. Puedo asegurar que estas cosas son mucho más significativas que cualquier otra que habría hecho de no existir esta terrible pandemia global.





Días de COVID



Este texto es un relato colectivo construido a partir del intercambio de mensajes de los integrantes del grupo microRELATOS que batallaron contra la COVID-19, publicado originalmente en el libro "Vidas confinadas (Historias breves de una larga cuarentena) Relatos" (Venezuela, 2021)



Alfa:

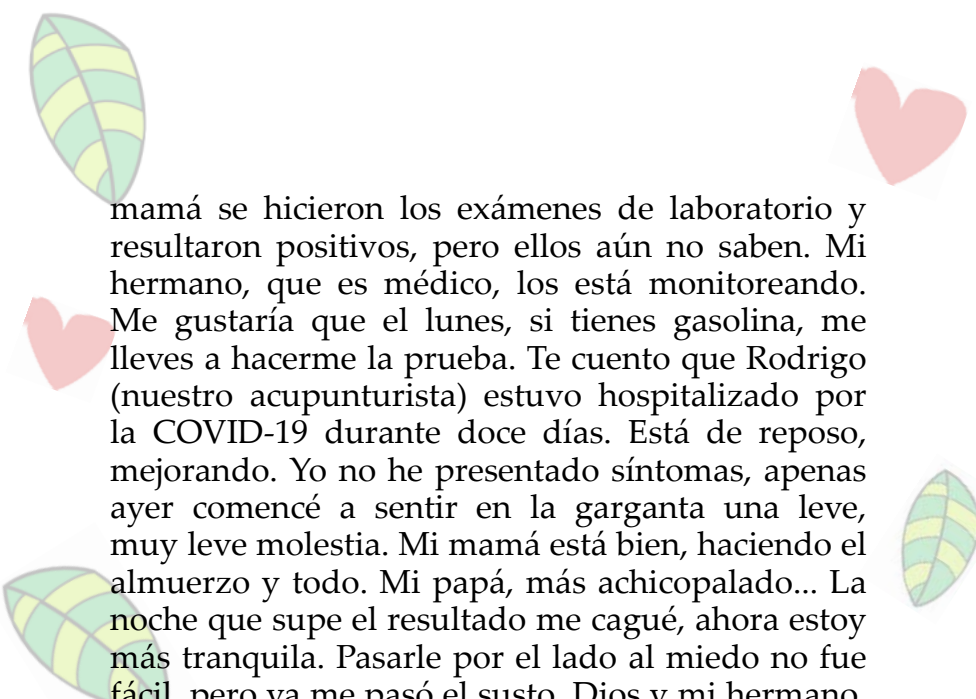


Gracias a Dios estamos superando esta terrible enfermedad. Todos estuvimos con ese bicho en la casa, pero gracias a Dios, vamos bien. Mañana nos hacen pruebas de laboratorio y el viernes nos repiten placas. Estamos sanos, en nombre de Dios y la Virgen. Hemos tenido dolor de cabeza, en los huesos y la garganta, además de cansancio y fiebre. Las plantas de los pies parece que se te quemaran, también se sienten escalofríos y sudoraciones nocturnas, pero te cuento que la tristeza y la depresión son horribles. Me dio mucho insomnio, que aún persiste. Hay que ser fuerte y es importante la fe y el amor. Esas medicinas son imprescindibles.

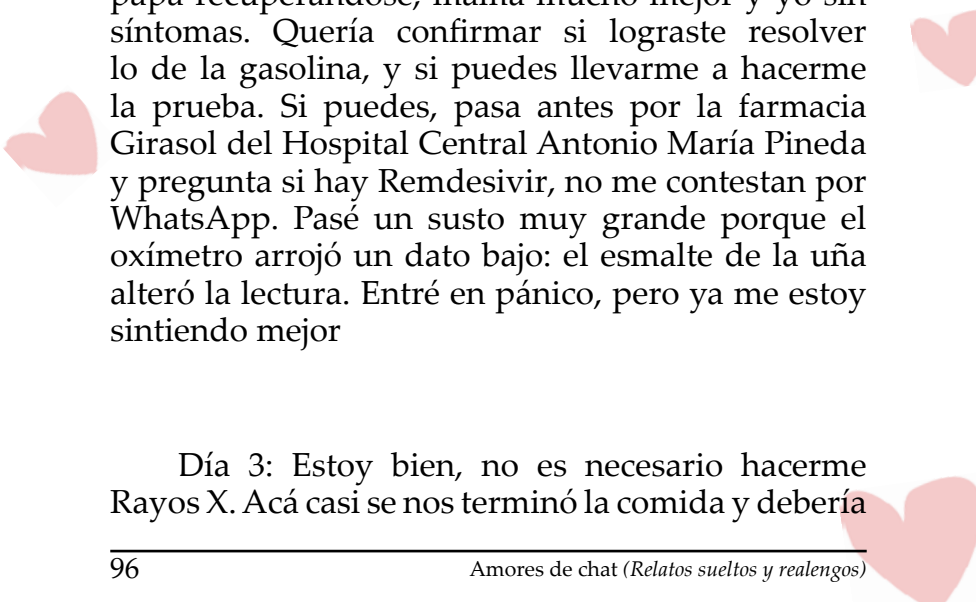


Beta:

Día 1: No vengas. Hay COVID-19 en el edificio. Te explico ahora. Mi mamá se sintió mal y se encendieron las alarmas. Mi papá y mi





mamá se hicieron los exámenes de laboratorio y resultaron positivos, pero ellos aún no saben. Mi hermano, que es médico, los está monitoreando. Me gustaría que el lunes, si tienes gasolina, me lleves a hacerme la prueba. Te cuento que Rodrigo (nuestro acupunturista) estuvo hospitalizado por la COVID-19 durante doce días. Está de reposo, mejorando. Yo no he presentado síntomas, apenas ayer comencé a sentir en la garganta una leve, muy leve molestia. Mi mamá está bien, haciendo el almuerzo y todo. Mi papá, más achicopalado... La noche que supe el resultado me cagué, ahora estoy más tranquila. Pasarle por el lado al miedo no fue fácil, pero ya me pasó el susto. Dios y mi hermano, que es médico, han sido claves.



Día 2: ¿Cómo estás? Por acá estamos mejor, papá recuperándose, mamá mucho mejor y yo sin síntomas. Quería confirmar si lograste resolver lo de la gasolina, y si puedes llevarme a hacerme la prueba. Si puedes, pasa antes por la farmacia Girasol del Hospital Central Antonio María Pineda y pregunta si hay Remdesivir, no me contestan por WhatsApp. Pasé un susto muy grande porque el oxímetro arrojó un dato bajo: el esmalte de la uña alteró la lectura. Entré en pánico, pero ya me estoy sintiendo mejor



Día 3: Estoy bien, no es necesario hacerme Rayos X. Acá casi se nos terminó la comida y debería




ir al mercado, ¿tú podrías llevarme? Aquí entre nos, yo noto a mi papá deprimido, ya no quiere ver ni Quién tiene la razón ni a la malasangre de Laura Bozzo, pero ahí vamos. Más difícil fue bañarlo o ayudarlo a caminar, a sacarle el pipí para orinar o ponerle un bendito pañal en el que nunca quiso orinar. Yo le escribí eso a mis hermanos y se cagaron de la risa. Mamá, excelente, y yo también.

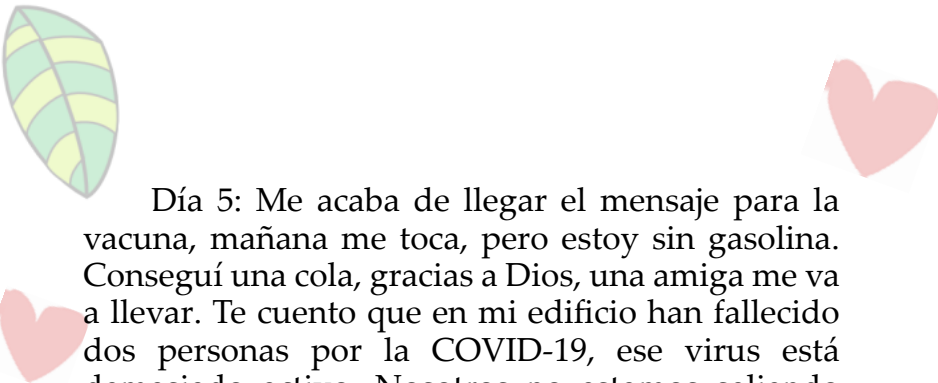


Gamma:

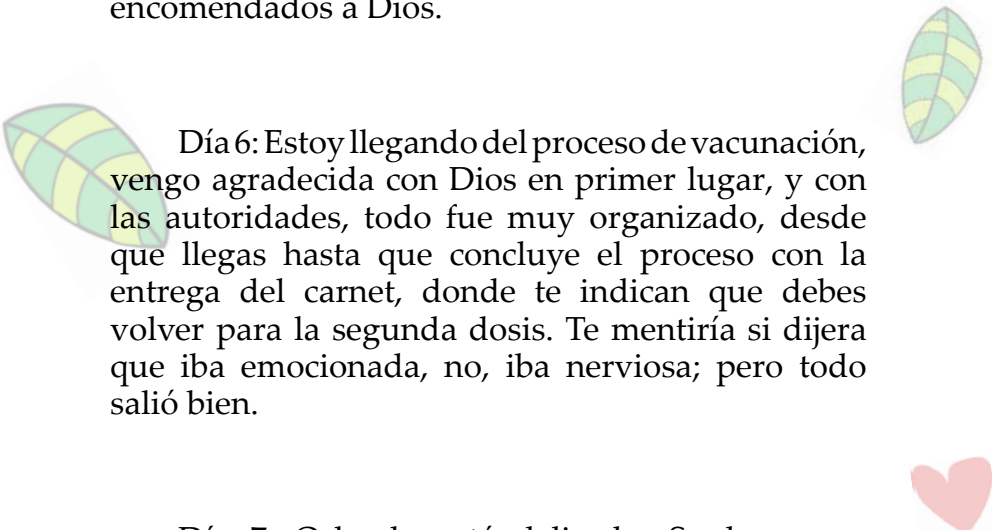


Día 4: Buen día amigo, pongamos en nuestras oraciones a Orlando Padilla, está delicado por la COVID-19, allá en Chile. Estoy muy preocupada, él está muy delicado, en la UCI, estoy muy nerviosa. Su esposa Cristina y él son como mis hermanos. Uno de sus hijos mandó el siguiente mensaje: «Hoy se hizo comunicación con la doctora encargada de mi padre, ha estado en regulares condiciones generales, está sedado, se mantiene aún en las mismas condiciones que el día de ayer. Es poca la información que se nos hace llegar. Mi madre se encuentra en condiciones estables, está confinada en su apartamento, no ha presentado fiebre, tampoco dificultad respiratoria. En consulta con su médico tratante, se le dijo que no realizara llamadas telefónicas, porque en estos últimos días ha hablado mucho y se ha agotado bastante a nivel respiratorio, eso fue lo indicado por el médico. Seguiremos en oraciones. Nuestro padre está luchando por ganar esta batalla».

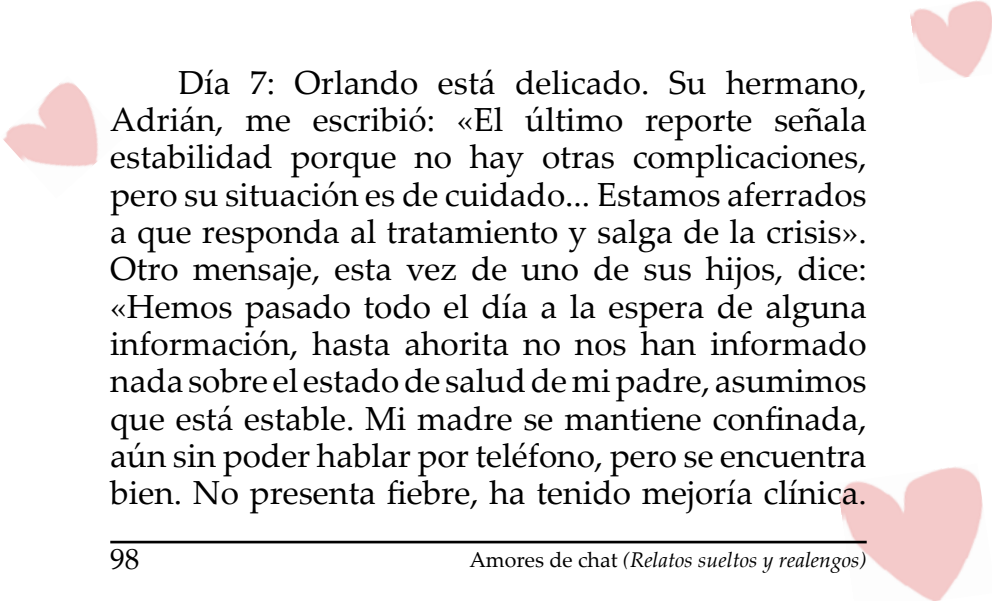






Día 5: Me acaba de llegar el mensaje para la vacuna, mañana me toca, pero estoy sin gasolina. Conseguí una cola, gracias a Dios, una amiga me va a llevar. Te cuento que en mi edificio han fallecido dos personas por la COVID-19, ese virus está demasiado activo. Nosotros no estamos saliendo para ninguna parte ni recibiendo visitas. Estamos encomendados a Dios.





Día 6: Estoy llegando del proceso de vacunación, vengo agradecida con Dios en primer lugar, y con las autoridades, todo fue muy organizado, desde que llegas hasta que concluye el proceso con la entrega del carnet, donde te indican que debes volver para la segunda dosis. Te mentiría si dijera que iba emocionada, no, iba nerviosa; pero todo salió bien.



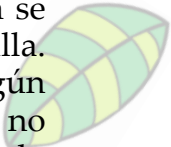
Día 7: Orlando está delicado. Su hermano, Adrián, me escribió: «El último reporte señala estabilidad porque no hay otras complicaciones, pero su situación es de cuidado... Estamos aferrados a que responda al tratamiento y salga de la crisis». Otro mensaje, esta vez de uno de sus hijos, dice: «Hemos pasado todo el día a la espera de alguna información, hasta ahorita no nos han informado nada sobre el estado de salud de mi padre, asumimos que está estable. Mi madre se mantiene confinada, aún sin poder hablar por teléfono, pero se encuentra bien. No presenta fiebre, ha tenido mejoría clínica.



Gracias a todos por estar pendientes, gracias por sus mensajes, gracias por estar y querer a nuestro padre. Si llegan a comunicarse del hospital para informarnos, inmediatamente les avisaremos».




Día 8: Hoy, después de muchos días, pude escuchar la voz de mi hijo. No te había dicho, pero también le dio la COVID-19. Él está en Chile. Han sido días muy difíciles, su esposa también se contagió, ya están saliendo los dos de esta pesadilla. La niña está totalmente sana, no tuvo ningún síntoma. Mi hijo está recuperándose todavía, no puede hablar mucho. Nosotros estamos orando por mi hijo, por Orlando, por Cristina y por todas las personas enfermas. Cuídense mucho por favor, es un virus muy terrible. Cuando superemos la enfermedad, toda la gloria será para Dios.

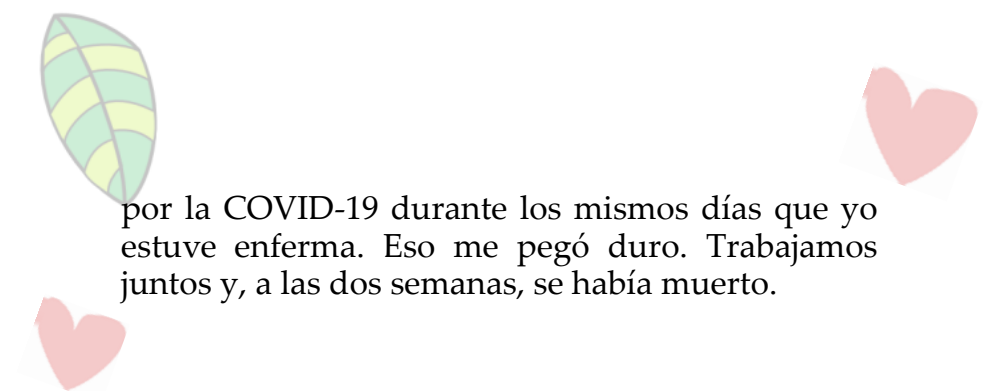


Delta:



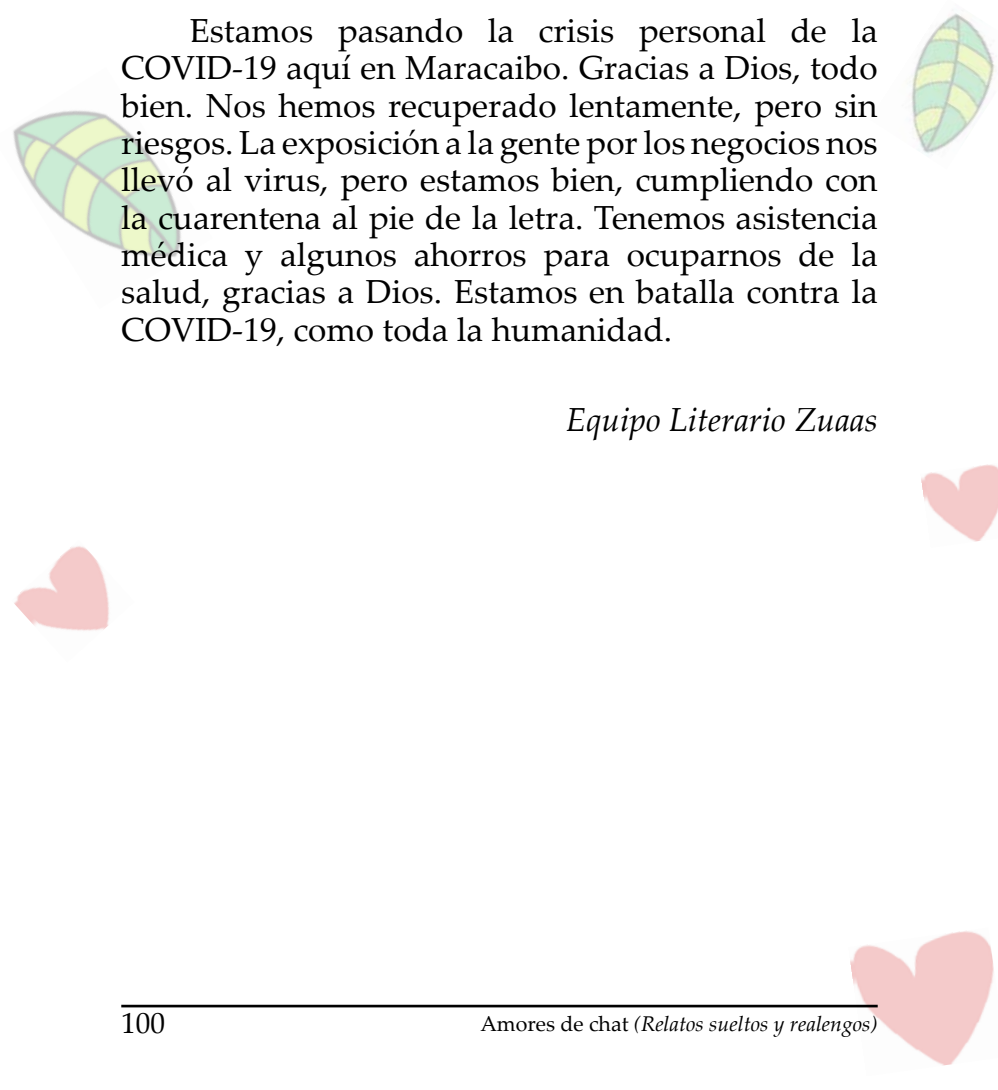
Gracias a Dios, ahorita estamos bien. Por fortuna, superamos la COVID-19. Mi hija y yo estuvimos unos días enfermitas, pero ya estamos muy bien. Comencé a trabajar en un periódico horrible, que no me deja tiempo ni para respirar. Estuve fuera de servicio por la COVID-19 unos días y ya volví, pero aquí en Bogotá no me queda tiempo de hacer otra cosa más que trabajar. Salgo de madrugada y llego de noche todos los días. Un compañero de trabajo, más joven que yo, falleció





por la COVID-19 durante los mismos días que yo estuve enferma. Eso me pegó duro. Trabajamos juntos y, a las dos semanas, se había muerto.

Epsilon:




Estamos pasando la crisis personal de la COVID-19 aquí en Maracaibo. Gracias a Dios, todo bien. Nos hemos recuperado lentamente, pero sin riesgos. La exposición a la gente por los negocios nos llevó al virus, pero estamos bien, cumpliendo con la cuarentena al pie de la letra. Tenemos asistencia médica y algunos ahorros para ocuparnos de la salud, gracias a Dios. Estamos en batalla contra la COVID-19, como toda la humanidad.

Equipo Literario Zuaas




La caminata


Freddy Uquillas Granados




Me sorprendió mucho ver lágrimas en sus ojos. Giovanna recordaba la historia que quiero relatarles. Franklin e Iris, dos jóvenes peruanos de 23 y 20 años de edad, sin dinero para pagar la renta y la comida, decidieron emprender desde Lima y en medio de la pandemia, el viaje de regreso a su tierra de origen, Cajamarca.



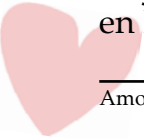
Junto a un centenar de personas, Franklin e Iris, con sus mascarillas puestas, asumieron el riesgo. Hicieron una larga y kilométrica caminata. El primer día tuvieron la oportunidad de presentarse.



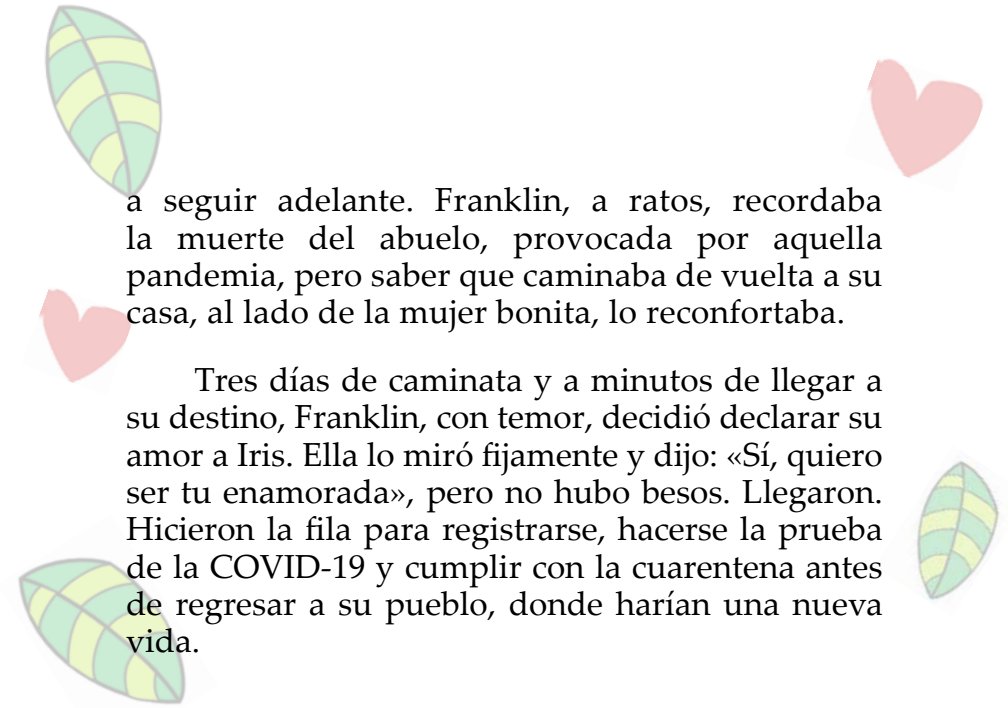
Aquellos pies dieron miles de pasos, pero a Franklin no le importaba, desde un principio, iba deslumbrado por la belleza de la mujer. Quién sabe si ella también.



Lo cierto es que hablaban, reían y hacían bromas mientras caminaban. Todo fluía entre ellos. Tanto sentimiento hubo que, al segundo día, Franklin e Iris amanecieron uno al lado del otro, en la misma orilla de la carretera.



Algunos de los caminantes se quedaban en el trayecto. No era fácil, pero la ayuda de la gente en la carretera, con alimentos y agua, los motivaba




a seguir adelante. Franklin, a ratos, recordaba la muerte del abuelo, provocada por aquella pandemia, pero saber que caminaba de vuelta a su casa, al lado de la mujer bonita, lo reconfortaba.

Tres días de caminata y a minutos de llegar a su destino, Franklin, con temor, decidió declarar su amor a Iris. Ella lo miró fijamente y dijo: «Sí, quiero ser tu enamorada», pero no hubo besos. Llegaron. Hicieron la fila para registrarse, hacerse la prueba de la COVID-19 y cumplir con la cuarentena antes de regresar a su pueblo, donde harían una nueva vida.





Un diálogo con el cerebro

Ana Bárcenas Bustos




Abby escucha, en plena madrugada, un diálogo en su cerebro, mientras saborea su deliciosa crema de chocolate Cocoa Butter Fórmula (with vitamin E) y oye una de sus canciones favoritas, Nothing that a beer can't fix, de Thomas Rhett.

Su serio y calculador hemisferio izquierdo discute con su más íntimo oponente: su alegre y despreocupado hemisferio derecho. Ella escucha las dos voces opuestas: «¿Cómo podemos concretar los planes en medio de esta pandemia...?», se pregunta preocupado el hemisferio izquierdo.





Su vecino, el hemisferio derecho, que está inmerso en el inexorable mundo de placer que le produce el chocolate y la música country, se concentra en calmar a Abby porque lo único que le interesa es perpetuar su felicidad. «Ahora quiero más chocolate...», dice.




—¿Chocolate?— pregunta su oponente.

—Sí, estoy muy feliz, el chocolate abre las puertas de la imaginación, nos motiva y nos lleva a otros mundos. En tiempos del coronavirus, veo la vida de otra forma. Miro el lado hermoso de la

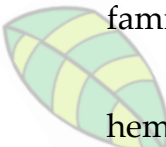



situación. No tengo que levantarme temprano y ahora, ¡puedo dormir más!



—¿Dormir más? ¡Eso es de irresponsables!—, responde en tono molesto el hemisferio izquierdo.

—No me importa lo que digas. Por primera vez en mucho tiempo podemos preparar los platos que nunca habíamos elaborado, hacer lecturas de autores que hemos postergado, dedicar tiempo a familiares y amigos. ¡Estoy feliz!



Abby, mientras escucha la discusión de sus hemisferios, sigue saboreando el chocolate y devora con sus ojos lo que queda de su manjar favorito, pero sus ojos también se entrecierran, son las 3:00 de la madrugada y ella, sin remedio, presta atención a una de las partes de su cerebro, el izquierdo:

—Estoy preocupado...— recalca.

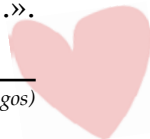




—Pero ¿por qué siempre estás tan amargado?— le responde con una pregunta el vecino.



—Aquí estamos atrapados entre estar encerrados y no poder producir dinero— agrega el hemisferio izquierdo. Continúa reflexionando: «La economía está en peligro, la caída del petróleo está en su máxima expresión, eso es noticia. ¿No te das cuenta de lo que pasa?».



Sin embargo, cavila, «...pero cierto, ahora lo que importa es la salud, lo que importa es la vida...».







—¡Eso es correcto! Hay que disfrutar de la vida y del tiempo libre— agrega su vecino con una sonrisa.

Pero esa opinión desespera al intranquilo hemisferio izquierdo y, parecido a la furia que trajo el huracán Harvey, grita:




—¿¡Cómo que disfrutar...!? ¿¡No te das cuenta de que se debe trabajar para cubrir los gastos...!?

El hemisferio derecho no responde. Está muy concentrado en el placer que le proporciona a Abby el chocolate y los últimos acordes de la canción de Thomas Rhett: «No hay nada que la cerveza no pueda arreglar...». Abby termina su manjar mientras finaliza la canción y de nuevo llega el silencio. Se escucha el «cri cri» de un grillo en el fondo de su casa. Ella ya no puede mantener sus ojos abiertos, se le cierran solitos...




— Zzzz... duerme de placer su hemisferio derecho.

— Zzzz... duerme preocupado su hemisferio izquierdo.



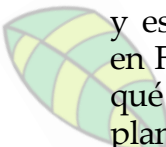


Mirar la tristeza




José Pulido

A José Gotopo






Siempre me despierto a las cinco de la mañana y es entonces cuando decido lo que voy a mostrar en Facebook. En el silencio de esa hora me pregunto qué voy a repetir, qué voy a escribir. Nunca es algo planificado. A veces olvido que, hace poco, he puesto un poema y lo vuelvo a mostrar.

Hace unos días me comuniqué con el maestro José Gregorio Gotopo, quien me había enviado una carpeta con veintidós obras. «Yo me la paso poniendo cabras en mis poemas y tú te la pasas poniendo cabras en tus cuadros», le comenté cuando publiqué la primera de las piezas que me prestó. Con su generosidad y nobleza me recordó que me había enviado esas obras para que las acompañara con mis poemas. Me honró con su confianza y su lectura.









Le dije que me interesaban bastante sus composiciones y sus personajes. Y el asunto es que hoy, de madrugada, escogí el poema y la obra. Y pensé: «A José Gregorio le va a gustar este poema para su cuadro». ¡Y mira qué tristeza! Al rato de haber puesto el poema y la obra, me enteré de que había fallecido nuestro amigo. Otro rostro conocido que se ausenta. Otro artista. Otro valor que se nos va. Siempre me





despierto a las cinco de la mañana con un susto. Creo que todos nos despertamos con un susto. Como si estuviéramos jugando un bingo oscuro cuyo premio es una acumulación de dolor. Y no queremos escuchar la siguiente letra.

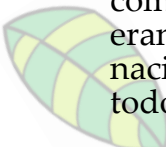





El árbol de papá




Sandra Dudamel Aranguren




Hubo una época en la que, en varias comunidades, hicieron una jornada de arborización y todos nos dedicamos a sembrar árboles en las áreas comunes de nuestra urbanización. No sé cuáles eran las motivaciones o si realmente era un plan nacional, lo cierto es que, un buen día, estábamos todos sembrando árboles cerca de nuestras casas.





Mi papá sembró una especie en particular, el único de la cuadra donde vivimos. Es un árbol bonito, fuerte y es viejo, ya tiene más de veinticinco años. Hace poco me enteré de que se llama flamboyán, pero nosotros siempre le dijimos «el árbol de Paíto», así llamamos a papá.





Hace varios días, durante la cuarentena, llena de nostalgia al ver el hermoso árbol con sus flores rojo encendido, publiqué una foto del recién nombrado flamboyán en las redes sociales y a mucha gente le gustó, pues es muy bonito, colorido y, en esta época, florece.



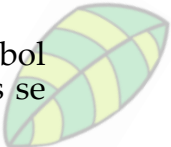
De verdad se ve muy galante con ese traje rojo que le queda muy bien, sus abundantes flores lo adornan por doquier, es un regalo a la vista de cualquiera que pase cerca o tenga la dicha de ver esa estampa, esta vez compartida gracias a la tecnología.




Pero para nosotros, los seis hijos del señor Matías, es algo más que un flamboyán, ese es el árbol de mi papá. Mi padre fue un hombre honesto, trabajador, responsable y de un carácter fuerte, recio. Tuvo muchas virtudes, también defectos... Pero, en general, era un hombre bueno. Su corazón noble y generoso lo llevó a cuidar a sus hijos y a su familia, incluyendo a ese árbol, al que también atendió como a otro hijo, porque lo regó, lo protegió de las plagas y de los traviesos niños que llegaban a trepar en sus ramas.




Y el flamboyán creció, creció y creció. El árbol de mi papá era especial para él, bajo sus ramas se cobijó del sol, allí también se sentaba a pensar,





sacar cuentas y fumar sus cigarrillos. Paíto cultivó muchos afectos y buenos amigos, bajo ese árbol hubo muchas conversaciones y seguramente confesiones, consejos entre buenos amigos que se reunían allí, bajo el amparo del querido flamboyán.





El árbol fue creciendo y mi papá lo cuidaba, lo regaba, era su fiel compañero, su protector. Bajo su sombra, muchas veces, esperó el transporte público en el que se movilizaba, era también su sitio favorito para descansar al llegar de la calle y siempre el lugar ideal para fumar.





El flamboyán era como un imán, lo atraía, lo retenía, él verdaderamente disfrutaba de su compañía. Pero, ¿qué es lo que hace tan especial a ese árbol?, rapidito les quiero contar una parte triste de mi vida: mi papá falleció hace ocho años debido a una terrible enfermedad, pero en nuestra familia esta fue recibida como una maestra, porque nos enseñó varias lecciones valiosas, entre ellas, estar




más unidos, querernos más, perdonarnos y también nos dio la oportunidad de despedirnos de un padre que fue muy duro y recio en la crianza, pero que en esa época abrió su corazón, tal como el árbol abre sus ramas para recibirnos siempre.



Cuando mi papá partió al cielo aquel 26 de febrero, el flamboyán se convirtió en el símbolo que nos conecta con su recuerdo. El árbol es fuerte, hermoso y alegre, cuando lo miramos, es inevitable recordar a Paíto, pero cuando está en flor, es casi posible verlo bajo sus ramas. Todos sus hijos se conectan con esa energía y con ese bonito recuerdo. Ver al flamboyán es verlo a él bajo su sombra, fumando, conversando con alguien o simplemente esperando. Para mi mamá, el árbol representa el hogar.






El flamboyán se parece un poco a lo que fue la vida de mi papá: era un hombre muy solitario, fuerte, capaz de reunir a varios bajo su sombra, pero misterioso, callado, generoso y capaz de florecer pocas veces al año.





Otro aspecto importante de similitud, fue que dio frutos abundantes: sus seis hijos, su mejor legado, de los que se sentía muy orgulloso y de quienes siempre habló bien con quien estuviera dispuesto a escuchar.

Siempre se peleó con los niños y con los más jóvenes que osaban treparse al árbol o cortar sus ramas o flores, era su defensor a ultranza, más de uno se enemistó con él por el bendito ejemplar. Pero








solo se enojaba por un rato, luego se le alegraba el corazón y regresaba bajo la sombra que tanto amaba para estar otra vez en comunión con ese entorno. Yo creo que allí pensaba, meditaba y sacaba cuentas. Si el flamboyán fue testigo de sus finanzas, supo de sus tantas ganancias y muchas de sus pérdidas en los negocios que realizaba.



A veces, creo que mi amado padre no fue consciente de lo que ese ejemplar maravilloso representaba en su vida, mucho menos de lo que significaría después de su partida. Para nosotros, sus hijos, el árbol representa una forma tangible de evocar su recuerdo, su presencia casi se manifiesta cuando el flamboyán florece y se pone tan hermoso como solo él sabe hacerlo.



Si es cierto lo que dicen por allí, que las almas buenas que parten nos cuidan y están cerca, les puedo casi asegurar que el alma de mi padre preserva ese árbol y eso le permite estar siempre junto a nosotros. He llegado a creer que mi papá partió con la convicción de que el flamboyán siempre estaría allí cual guardián, protegiendo a la familia, su gente, sus hijos, los nietos. Y que cada vez que florece y se pone así de hermoso, es una forma de hacerse sentir y expresar esa cercanía que ya no es posible por otra vía.



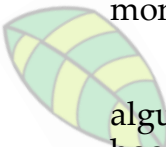



Un paseo por Santiago




Ilva Calderón Ángel


A finales de enero de 2020 me mudé del centro de Santiago a Providencia, un sector que está unos kilómetros más al oriente, más cerca de las montañas.




Es un barrio con edificios de pocos pisos, con algunas casas grandes y muchos árboles. Cambié de hogar, pero también de paisaje urbano. Providencia tiene una linda zona residencial llena de árboles, con aceras cómodas para caminar y unos bancos de metal de estilo español en los que puedes descansar plácidamente, por lo que podríamos decir que Providencia es un barrio jardín.





En marzo empecé a disfrutar de mi nuevo barrio, pues en febrero atravesé la cordillera para encontrarme con mi familia al otro lado. Un domingo paseé en bici por toda la avenida Pocuro, otro día fui hasta el Barrio Italia caminando. En cada salida iba explorando las calles paralelas a la avenida Los Leones y, en cada recorrido, hallaba variados y atractivos recovecos.





De repente, la vida cambió, el ya sonado virus que había mutado en China de los animales a los humanos, se había expandido por el mundo y en Chile, como en la mayoría de los países, se tomó








como medida preventiva la cuarentena, término que solo asociaba a los cuarenta días que debe guardar de reposo una mujer después de dar a luz, pero estaba completamente equivocada, en este caso, se trataba de encerrarnos en nuestras casas y de no relacionarnos con nadie, ni siquiera con los vecinos.



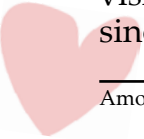
Como la medida fue considerada por muchos como extrema y algunos atrevidos la desacataron, las autoridades decretaron toque de queda todas las noches, por lo que solo unos pocos con salvoconducto podían disfrutar de la ciudad sin vehículos, de la calma nocturna, del frescor del otoño y del cielo iluminado.





A los pocos días del confinamiento empecé a ver la naturaleza más bonita. Veía el cielo de la ciudad de Santiago más despejado, más azul y brillante, sin esa opacidad característica que la cubre y que la hace lucir pálida y difusa. También empecé a ver más pájaros, pero muchos extraños para mí. No podía distinguirlos porque volaban muy rápido, pero no eran palomas ni periquitos.





Pensé que eran cosas mías y que mi visión estaba fallando, aunque también pensé que a lo mejor fantaseaba, ya que la existencia de la pandemia mundial daba para pensarlo.




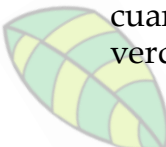
Una noche vi otro animal extraño frente a mi edificio, entre la calle Suecia y avenida Los Leones. A primera vista era un gato inmenso. Al enfocar la visión corroboré que era un felino, pero no un gato, sino un puma: un hermoso puma. Me emocioné al



verlo, tan real. No estaba viendo una película ni un documental ambientalista, era verdadero, él estaba aquí, en Santiago, en mi barrio y frente a mi edificio.





Caminó hacia el oriente con pasos firmes, pero temerosos. A ratos corría y volteaba hacia atrás porque sabía que había sido sorprendido por humanos que impedían su plácido paseo ciudadano. Cruzó la avenida y dudó sobre el camino a tomar, reflejaba asombro, miedo y confusión, más aún cuando notó la presencia de unos seres vestidos de verde que trataban de acercarse a él.









En ese momento fue cuando decidió saltar un portón. Lo hizo con un salto seguro y ágil que rápidamente lo dejó del otro lado, en una casa. Yo estaba extasiada por su belleza, y expectante por lo que podía pasar con el hermoso puma. No sé si la casa estaba habitada, pero al puma no le agradó el encierro, por lo que dio otro acertado salto y regresó a la calle. Después adoptó una cierta lentitud, pero con pasos firmes. Pude ver su caminar sereno y sobrio porque un vehículo de carabineros lo iba escoltando y alumbrando.

Él, cual monarca, avanzaba con seguridad exhibiendo su dominio, como si el temor hubiese desaparecido. Con las luces del vehículo, sus ojos brillaban como diamantes y revelaban la definición de sus facciones: perfectas y bellas.

De Providencia se fue a Ñuñoa. A su paso, se iban sumando espectadores, maravillados por su visita: vecinos, personal del servicio de sanidad



animal y carabineros. Tanta gente y tantas luces lo agobiaron, por lo que decidió culminar su paseo exploratorio, regresar a la montaña a pasar la cuarentena en su hogar y abandonar su sueño de conocer Santiago de noche.


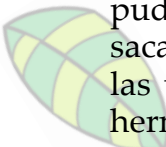






El umbral de los difuntos



Orlando Padilla Fernández




Ya lo más grave pasó. Ahora queda la parte de rehabilitación, no solamente por las cuerdas vocales, sino también por la parte motora. Hoy pude sentarme en un sillón, salir de la cama. Me sacaron anoche de la UCI. Estuve en la UTI, otra de las unidades de aquí del hospital, creyendo en la hermosa terquedad de seguir viviendo, creyendo en eso. Solo el amor hace posible que pueda estar de vuelta. Estuve en el umbral de los difuntos y hoy estoy de regreso. Me siento feliz, me siento contento de haber vencido otra de las tantas batallas que me ha tocado dar en la vida. Me siento tranquilo, con muchos proyectos, con ganas de seguir haciendo cosas. Estoy bien, luego de la extubación, estuve algunos días con taquicardia, muy emocionado. Los médicos y paramédicos me atendieron muy bien. Un abrazo y, ¡claro que vamos a cantar!






Un sol para todos

Henry Lara Castellano





«Por muy larga que sea la noche, el amanecer llegará».

Refrán africano

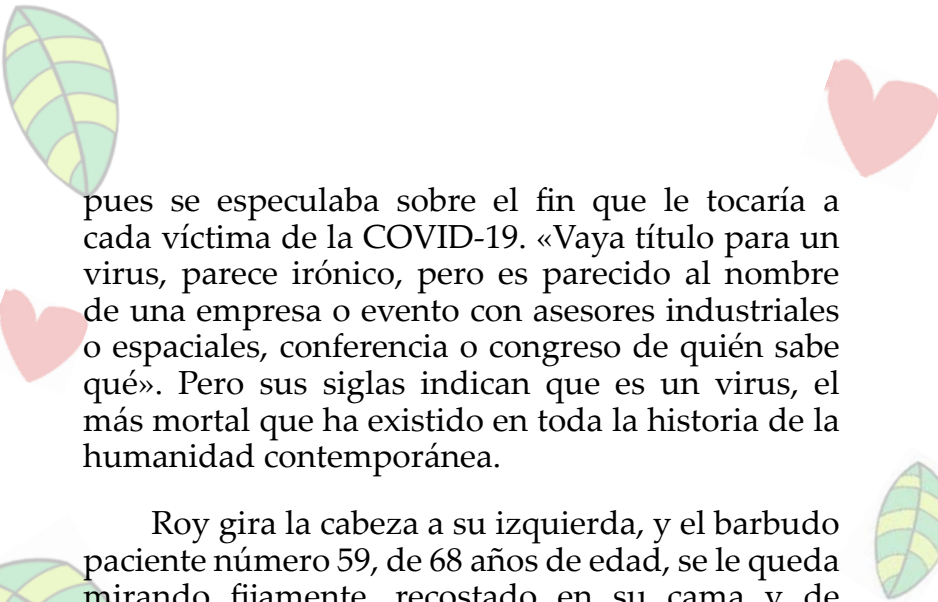


Como un velo oscuro que se devela ante una encandilada aurora, asimismo se abrieron los ojos de Roy tras dormir una noche más durante su convalecencia. El primer impulso de su despertar lagañoso, fue ver el techo moverse al ritmo de carruseles, cuando en verdad eran las aspas del ventilador del techo que giraban en ese pabellón donde había seis hombres –todos en cuarentena– en un ambulatorio adaptado para ello.

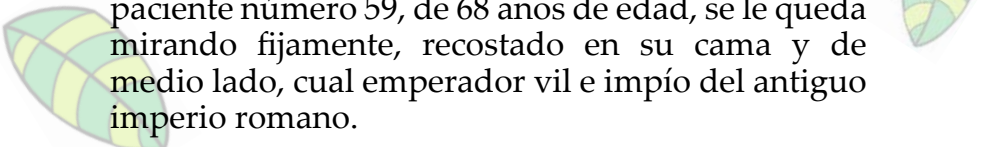
«¡Perrooo! Todavía estoy en este infiernito detestable... ya ni recuerdo cuántos días van». Así lo sentía Roy internamente, en sus irónicos comentarios solitarios. Al levantar un poco su cabeza, vislumbró que la cama situada frente a la de él, estaba vacía. Los comentarios viajan como ecos y dicen que el paciente que reposaba allí, había fallecido unas horas antes, yendo al cielo o al infierno, según la creencia religiosa de cada quien.



Ese comentario, junto a otros temerosos, producía una pesadez en contra de la esperanza,




pues se especulaba sobre el fin que le tocaría a cada víctima de la COVID-19. «Vaya título para un virus, parece irónico, pero es parecido al nombre de una empresa o evento con asesores industriales o espaciales, conferencia o congreso de quién sabe qué». Pero sus siglas indican que es un virus, el más mortal que ha existido en toda la historia de la humanidad contemporánea.



Roy gira la cabeza a su izquierda, y el barbudo paciente número 59, de 68 años de edad, se le queda mirando fijamente, recostado en su cama y de medio lado, cual emperador vil e impío del antiguo imperio romano.

Entonces Roy dice para sí mismo: «¿Y este? ¿Qué le pasa? ¿Por qué me mira así? ¿Será que es gay?». Para romper ese enigma visual, Roy le saluda preguntándole:

— ¿Qué tal, mano? ¿Cómo se siente hoy? Disculpe, pero ¿por qué me mira con esa mirada como oscura que usted tiene?






El paciente número 59 responde:

— Es que se parece a un hijo mío que tiene 30 años; la última vez que le vi estaba robusto, como era usted cuando llego aquí...


«¡Vaya!, qué alivio...», pensó Roy.

— ¡Ah, ya! ¿Y dónde está ese hijo?, y si tiene otros, ¿le han visitado? Preguntó Roy.



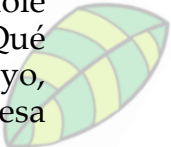


— No lo sé... no lo he visto desde hace un año y los otros dos tampoco me han visitado, pero me lo merezco, por haber sido egoísta y mal padre, lo reconozco, incluso en esta grave situación en la que me encuentro...




Los ojos del paciente número 59 estaban húmedos, por ellos se deslizaban lágrimas llenas de sentimientos que ahorcaban el alma y su conciencia.


Entonces dio un giro a su izquierda, dándole la espalda a Roy. Este se conmovió y pensó: «Qué aterrador es ser egoísta, tanto como lo he sido yo, me doy cuenta de la gran maldad que hay en esa actitud».





A su lado derecho está el paciente número 61, imbuido en una mirada lánguida y lúgubre dirigida hacia el ventanal superior del recinto. Todos los que allí estaban, presentaban similares características depresivas.




En días anteriores se había formado en la mente de Roy, la imagen de una gran bola de fuego que quemaba las certezas de que podían sanarse del malévolos virus.





Todo ese mundo se fragmentaba como una pintura cubista, desperdigando migajas de miserias vivenciales, recogidas y extendidas por los dueños de sus propias historias. Sin embargo, Roy recordó que en el bolsillo de su pantalón tenía un tratado cristiano entregado por un joven que hacía sus escapaditas, desde el pabellón de al lado, para predicar el evangelio. Ese tratado narraba la historia




de una mujer que había padecido flujo de sangre durante doce años, y ningún médico le curaba.





Ella, al ver a Jesucristo caminando por la calle, en medio de una multitud que le apretaba -lo que le impedía acercarse para hablarle-, pensó con fe que, si tan solo tocaba su manto, sanaría. Así lo hizo y así sucedió. Jesús al final le dijo: «Tu fe te ha sanado. Vete en paz».



El rostro y la mente de Roy, que días antes eran magros, se volvieron cristales de sol al releer varias veces ese texto bíblico; sintió que cada día que pasaba allí, caían en sus hombros nuevos esplendores y una libertad de sentimiento inesperado.



Aun con lo que se convivía en ese ambiente, porque hasta las pocas alegrías eran umbrales oscuros, Roy empezó a llevar palabras alentadoras a todos, principalmente a sus vecinos 59 y 61. Al analizar todo esto, Roy percibió que era posible no tener migajas de miserias vivenciales, sino mapas de nuevas vías penetrables ante las condenas mentales a las que muchas veces nos atamos los humanos.



Roy salió siete días después muy recuperado. Antes de su nuevo proceder, su cuadro clínico era deplorable. Durante esos siete días, se vistió continuamente de magnificencias y milagros ya que, según su diagnóstico, había que esperar dos semanas más para saber cuál iba a ser su destino, que nada alentador parecía, pues se proyectaba una posible muerte. Pero siempre, para todos, hay un sol.



Más amores









Y esa sonrisa suya

A una mujer bonita



Había un piano de fondo,
dos cafés como pretexto.


Mis nervios.

Sus encantos.




Unos poemas recitados con este corazón mío
que me saltaba entre los dedos.

Su sonrisa complacida al final de cada verso,
quebrantando mi compostura.



Usted tan linda,
oyente, devota.


Yo, no sé cómo,
sobreviviendo a la tentación de sus labios.



Y esa sonrisa suya minando mi resistencia,
mis nervios.


¿Ya lo dije?

Dos cafés
y esa sonrisa suya.







Miedo primordial




Él la contemplaba en silencio con la tristeza de sus ojos salvajes, mientras el índice derecho de ella delineaba una suerte de tatuaje tribal en su peludo pecho. Llegaba la hora temida -lo sabían-, pues un anticipo del amanecer había ultrajado la persiana. Acechado por el miedo primordial de todo hombre lobo, la pregunta aquella oprimía su corazón: ¿y si no vuelve a salir la luna llena?




Logomántica





Lustró la más antigua de su formidable colección de lupas. De un armario repleto de rarezas extrajo la cucharita de plata mexicana, una tabla de madera de gofer barnizada, la taza de porcelana china, un tarro de cristal marroquí bellamente decorado. Alimentó con aceite de sésamo la luz del candil, apagó la bombilla del comedor y sorbió la sopa tibia con meditado descuido, procurando que, con cada cucharada, un delgado hilo de la pastina de letras se precipitara en el tarro.






Una, dos, veinte veces, repitió el gesto. Al acabar su plato, el hombre acercó las manos al candil, tal y como un planeta de órbita irregular haría con su esquivo sol, calentándolas despacio, invocando







deidades innumbrables. Tomó un colador metálico para eliminar los excedentes de líquido, lo allegó a la lamparilla un par de minutos y, una vez secas, vació las letras sobre la tabla de madera.



Pinza en mano, con devoción de miniaturista, fue haciendo delicadas cribas: primero, separó consonantes de vocales y las alineó en dos columnas que dividían la tablilla a la mitad (los números fueron descartados de inmediato y fueron a parar en un cesto de mimbre); después, agrupó los caracteres siguiendo el orden del alfabeto, pero a la inversa, dejando el espacio vacío de las letras faltantes. Por último, desechó aquellos caracteres que el azar quiso defectuosos porque rompían la obligada paridad de la serie a la que pertenecían. Volvió a acercar las manos a la luz y, en un movimiento acompasado, agitó la tablilla repetidas veces, como si de un sonajero de huesos se tratase hasta que -esta vez con inusitada fuerza- vertió su contenido en el cesto.



Cuando hubo completado tan singular liturgia, posó la tabla sobre la mesa. Lo demás fue seguir el trazado de las únicas letras que no se desprendieron en la sacudida, cotejar los datos con la lista que le habían proporcionado y marcar un número en su celular: «Jefe, dijo con risa demencial, ya sé quién lo hizo”.

Orlando Yedra Almas

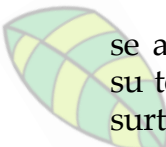


Alergias cotidianas




Las alergias le comenzaron poco después de salir de la adolescencia.

Sus últimos cuarenta años los recuerda yendo de médico en médico, tratando de descubrir la causa de sus molestias.




Eliminó comidas, suprimió tejidos de su armario, se alejó del humo y de olores fuertes, ahuyentó de su territorio a las mascotas más queridas, pero nada surtió efecto.



El cuadro alérgico se imponía a la ciencia y a los consejos populares.

Al morir su mujer, prefirió vivir solo. Desde hace unos meses tiene dos gatitos.

Su hijo lo visita los sábados en la tarde e insiste en quedarse para ver juntos en la tele la misa del domingo.



Él prefiere que se vaya después de almuerzo, pero no siempre logra convencerlo.

A estas alturas no sabe cómo explicarle que los dos años de soledad le han bastado para entender el origen de sus males: es alérgico a la gente.


No lo puede evitar, y aunque le guste conversar con sus amigos e intente convivir con los demás, su cuerpo reacciona y le obliga a volver a la soledad que tanta calma le proporciona.

Marlenis Castellanos Querales






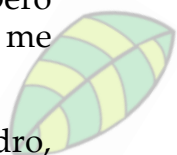
Señales




Alguien va a morir hoy, lo sé. Mi pierna izquierda está temblando y esa es la señal. De seguro va a ser alguien muy cercano, pues me ha repetido el calambre en la planta del pie y del mismo lado.




No quiero tener nada que ver con eso, pero siempre es a mí al que le llegan las señales, eso me pasa por estar contándolo.



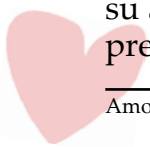
Fue aquella vez, cuando pasó lo de don Isidro, y toda su familia me quitó el habla. Ahora todo el pueblo toca a mi puerta cada vez que alguien se enferma, solo para saber cuándo se va a morir.





Desde entonces he acertado con cada fallecimiento, y en algunos casos he tenido que ir a prevenir a algún familiar cercano, para que el golpe no les tome tan desprevenidos.




Al principio nadie me atendía, les bastaba con llamarme loco. La excepción fue con don Isidro, toda la familia se lo creyó y solo faltó que se lo dijeran a él. Aquella tarde él cayó del caballo y yo caí en la desgracia.



De la pena no quise ni ir a despedirlo. La familia me culpa por no haberle avisado, el resto del pueblo opina que no dije nada para quedarme con su adinerada viuda. Nadie sabe que ella siempre lo prefirió a él, aun cuando fui yo quien los presentó.





Sé, por los que se han ido, que se me acusa de brujo y hechicero.





Ahora el pueblo está desolado, sus pocos habitantes cierran las casas al verme pasar y, por la ventana del fogón, puedo ver ojos brillantes que me maldicen.

Hoy alguien va a morir, ojalá y sea yo el elegido, así todos regresarán y ya no seré culpado por el mal morir de mis paisanos.




Dejaré la puerta entreabierta y el perro amarrado por si ya no me levanto, ahora será él quien dé el aviso, de seguro lo matarán después de mi entierro, habrá fiesta y sobraré quien diga que no puede creer que yo mismo me haya convencido de que estoy muerto...

Gustavo Rosendo Orozco







Mi primera vez



Estaba muy asustado. Preferí cerrar los ojos y dejarme llevar por las circunstancias y ese trozo de tiempo confabulado para lanzarme al abismo de la primera vez.



Solo intuí que un nuevo mundo florecería y que nuevos néctares endulzarían mi alma. Por tanto, procedí. Me dejé fundir en el abrazo del destino.




Ya mis pasos estaban en nuevo territorio... Había nacido y nunca más me desprendí de mi primera vez. Así también fue para aquel beso, para aquella fusión de cuerpos primerizos; así fue para aquel discurso libertario, para mi primer poema. Así será la primera vez que muera.




Las palabras no, su perfume




No la culpe nadie. Yo, víctima de sus hechizos, la absuelvo. Allá viene otra vez, como todas las mañanas. Me quito el tapaboca para percibir a plenitud su perfume.



Las palabras han saltado de todos los diccionarios, son como abejas excitadas sobre mi

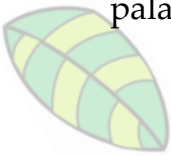



cabeza, me tienen de panal para fabricar dulzuras que le quiero decir. Brotan por mis ojos.



Ahí viene su figura menuda, pero bien proporcionada, su pelo liso, suelto, negro. Su vestido de una blancura purísima... todos sus atributos apartan el aire. Avanza, va a pasar a mi lado.

Es verdad lo que me dijo Arturo, su perfume es alucinante. Ya lo siento. ¡Le voy a hablar! Las palabras van a explotar...




—¡Hola! —le digo (creo que voy a desfallecer).


Ella me ve... ahora me mira y contesta:

—Hola.

Sigue... volteo para ver si ella hace lo mismo, y no, sigue. Alguien la espera, alguien que no la ama como yo. Nadie le habla como yo.




—Hola Rebeca, estás muy linda hoy. Tu perfume, cada vez más, endulza mi amor por ti. ¿Te acompaño?





—¡Sí claro, ven conmigo. Estaba esperando que me dijeras algo. Tú siempre así, tan callado.


—Es que no se había dado el momento y ahora, pues, ya no aguanto más estas palabras que revolotean en mi cabeza.

Me toma de la mano y nos internamos en el bosque. Yo la llevo a un recodo del río, adonde solía








ir cuando era niño. Tenía mucho tiempo que no venía a este paraje. Ella sonríe y me dice que quiere bañarse. Se desnuda. Yo también lo hago y saltamos al agua.



Las palabras ahora no son necesarias, ella sabe lo que quiero. Se sumerge en el río y perfuma el agua. Su cuerpo sale blanco y húmedo. Hacemos el amor. El perfume es de raíz, de hierba y miel.




Salimos del agua y yo me tiendo en una tibia piedra por donde los rayos del sol parecen espejismo. Ella reposa su cabeza en mi pecho y nos quedamos dormidos.



Despierto, pero ella no está ni estoy en el bosque. Es un amplio salón y otras personas extrañas lucen distraídas. Solo conozco a Arturo, él tenía razón sobre el perfume de mi princesa. Siento ese aroma de nuevo y es porque ella vuelve. Pero esta vez no viene sola, sino con otras dos mujeres, también vestidas de blanco.

Llegan hasta donde yo estoy, me toman por el brazo. Ella me dice: «Vamos, es la hora de tus gotitas de miel». Sí, sí... Soy un panal. Ella es mi abeja reina.



Nelson Ures Villegas



El dragón

El dragón, en vista de que no podía con la frialdad de su presa, le escupió fuego para romper el hielo...



El monstruo

Ella se escondió bajo su propia cama porque era su propio monstruo.



El dibujante

Todas las noches la desnudaba con el lápiz y hacían el amor sobre el papel.



Elías González Mendoza



El tuqueque y yo

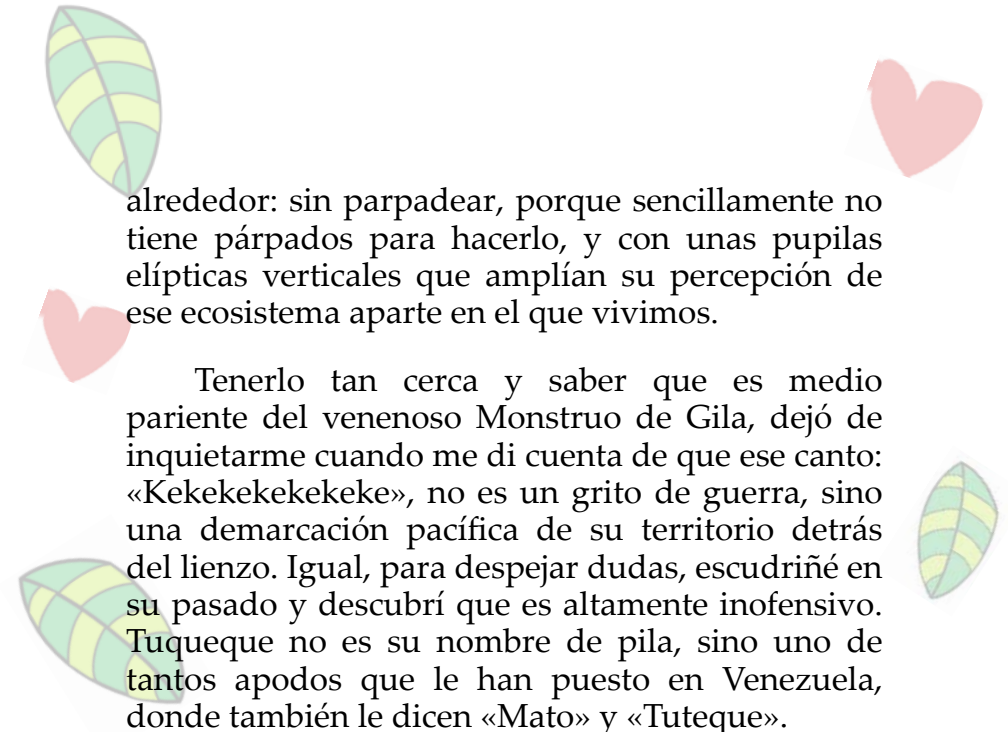
Quiero aprender el lenguaje tuqueque para traducir el canto que, según los relatos del pueblo Wayuu, seduce a las mujeres que viven solas.

Comencé a prestarle oídos al animalito hace justo dos años, en marzo de 2019, cuando el apagón nacional silenció durante varios días el ruido de los aparatos eléctricos del piso quince donde vivo: el gorjeo del tuqueque se sintió más fuerte y más cerca. Suena como cuando se toca la madera con el lápiz repetidamente.

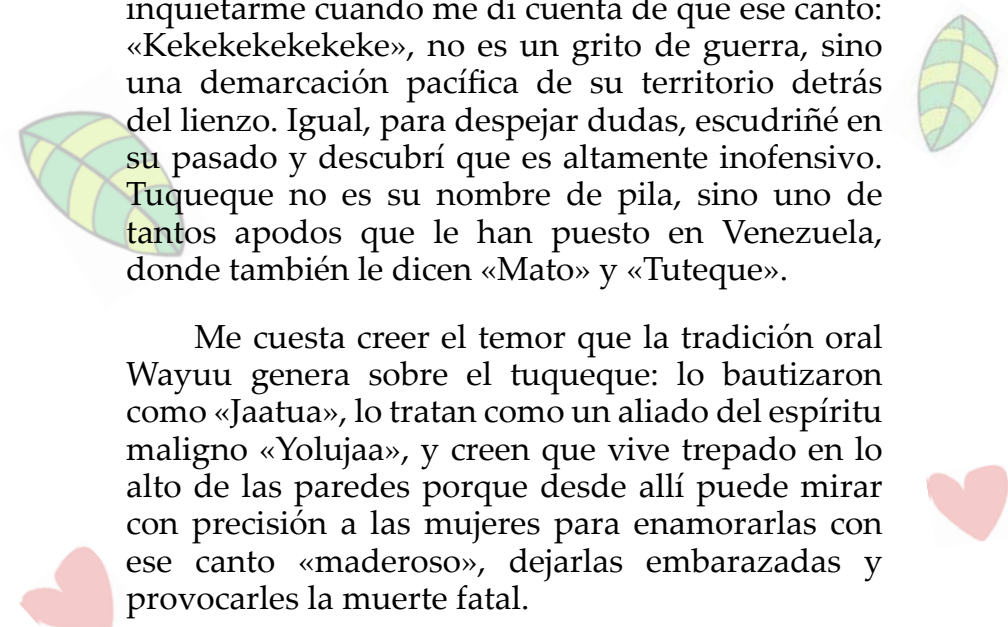
Él se mudó de la biblioteca y ahora vive en la sala, entre la consola del aire acondicionado y el cuadro del unicornio azul, donde desalojó a las arañas que se creían dueñas de las esquinas.

Ambos somos de hábitos nocturnos, pero nunca nos vemos de frente, sabernos tan distintos nos hace prudentes: yo, flaca, de 1,71 metros; él más bien aplanado, de apenas doce centímetros. Nos esquivamos entre el nerviosismo que produce ser de especies tan raras y la confianza que da la armoniosa convivencia.

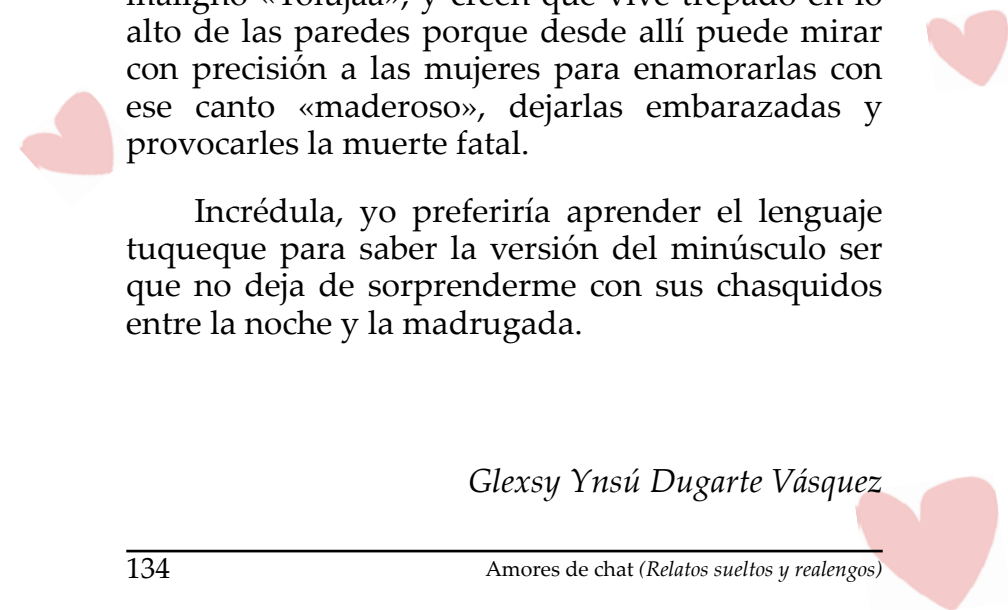
Sería incapaz de ponerle un dedo encima. Lo veo medio feíto, es verdad, por su color grisáceo, medio viscoso. Noto que me observa de esa manera tan especial de los tuqueques cuando miran a su



alrededor: sin parpadear, porque sencillamente no tiene párpados para hacerlo, y con unas pupilas elípticas verticales que amplían su percepción de ese ecosistema aparte en el que vivimos.



Tenerlo tan cerca y saber que es medio pariente del venenoso Monstruo de Gila, dejó de inquietarme cuando me di cuenta de que ese canto: «Kekekekekeke», no es un grito de guerra, sino una demarcación pacífica de su territorio detrás del lienzo. Igual, para despejar dudas, escudriñé en su pasado y descubrí que es altamente inofensivo. Tuqueque no es su nombre de pila, sino uno de tantos apodosos que le han puesto en Venezuela, donde también le dicen «Mato» y «Tuteque».




Me cuesta creer el temor que la tradición oral Wayuu genera sobre el tuqueque: lo bautizaron como «Jaatua», lo tratan como un aliado del espíritu maligno «Yolujaa», y creen que vive trepado en lo alto de las paredes porque desde allí puede mirar con precisión a las mujeres para enamorarlas con ese canto «maderoso», dejarlas embarazadas y provocarles la muerte fatal.

Incrédula, yo preferiría aprender el lenguaje tuqueque para saber la versión del minúsculo ser que no deja de sorprenderme con sus chasquidos entre la noche y la madrugada.


Glexsy Ynsú Dugarte Vásquez





Menjurjes de una bruja




Receta para tomar, a diario y en ayunas, durante tres semanas: un licuado hecho con dos cabezas de ajo, unas rebanadas de jengibre y otras de sábila, todo esto acompañado de una taza de vinagre de manzana. Advertencia: necesitas que el nivel de estoicismo que tienes, sea mayor que el nivel de colesterol malo que traes.




—Te lo tomas porque te lo tomas —me dijo la bruja que me recomendó una persona, como si yo fuera un enemigo de batalla y no un amigo por quien estuviera preocupada.





La bruja, en tanto pelaba una ristra de ajos y machacaba unas hojas secas que olían a algo parecido al queso de cabra que venden en un pasillo del mercado viejo, se quedó mirándome con un solo ojo porque con el otro miraba la pared. Lo tenía chueco. Eso le daba el aspecto que necesitaba su apodo.



Cuando me contestó: «¿¡Qué te importa!?!», al preguntarle si tan mal estaba, entendí que me lo tenía que tomar y el olor a pasillo del mercado ya no me pareció tan desagradable.


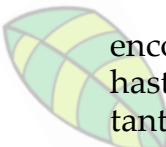


—Quiero que vayas al centro y busques a mi hermana que vende hierbas, le compras lo que te digo y pregúntale por el cuachalalate y la tronadora. Le compras un mazo de cada una. Cuando lles tres



semanas tomando el licuado, descansas y te haces un té con esas plantas durante la siguiente semana: de cuachalalate por las mañanas y de tronadora por las noches antes de dormir —me dijo, queriéndose acomodar el ojo con un tic nervioso y la punta del dedo medio.



La bruja me escribió la receta en un pedazo de papel que uso como separador de libros.



A su hermana, que se llama Aurelia, la encontré sentada en un taburete con unas enaguas hasta los tobillos y con las piernas abiertas. Había tantas hierbas en el costal que tenía acomodado entre las piernas, que podría darle de comer a una vaca hambreada con un becerro de mes y medio prendido de sus tetas.



—Es cola de caballo y boldo —me dijo cuando le pregunté si era alfalfa.

A mí me pareció pastura revuelta con pelos de elote.





La tienda era como una troje. En un ambiente de mil olores, Aurelia reconocía las hojas de las hierbas por su aroma. Aseguraba vender zapote blanco, aquello que, para mí, podría ser orégano o cilantro fosilizado.

Le compré el jengibre y la sábila para el licuado, el cuachalalate y la tronadora para el té. Yo ya tenía ajo en casa, en una canastita con forma de pato sin alas.




—Cuando te tomes el licuado, no respires, tómatelo como agua —me recomendó.

Cada vez que me lo tomo hasta el fondo, contengo la respiración. Y si respiro, me acuerdo de Aurelia y de su hermana la bruja.



Para no vomitar, mastico unos arándanos y una raja de canela antes de desayunarme unos huevos revueltos con jamón y tocino.

Artidoro Gracia Vilches





Los bachacos llegaron ya



Como familia, compartimos recetas y experiencias culinarias con los ingredientes de esta y todas las épocas.

En *Florenxia*, la granja que mi madre construyó en Barinitas con tanto amor para nosotros, sus hijos y nietos, disfrutamos de su siembra. Allí cosechamos hierbas de todo tipo y para todo uso. También frutos como cocos, parcha badea, tamarindo chino, chirimoya, hicacos, limones, naranjas, cacao, guayaba morada, caimito, guanábanas, pomarrosa y pomagás.

Además de huevos y aguacates, todos llevábamos a casa un mercado, lo cual hizo que nos acostumbráramos a intercambiar nuestras experiencias individuales por chats y correos, lo que nos mantiene conectados permanentemente.

De esa larga temporada de consumo nacional de lentejas y luego frijolitos chinos, comparto esta experiencia enviada al *chat* familiar de los Ovalles Villegas:

«Con calma, musiquita y anteojos limpios, me dediqué a separar los frijolitos chinos de piedras, palos, hojas y gorgojos... Recordé un escrito sobre las plagas de mi amigo Luis Laya Mimó que quisiera volver a leer, ¿Cuál, qué o quién será la plaga? He



podido terminar hace dos días, pero estoy viendo un proceso interesante que me tiene maravillada. Primero daré antecedentes:


»1. Nunca limpié frijolitos o granos con tanta dedicación.





2. De todas las alarmas y terrores, una es la contaminación de los alimentos.

3. Vivimos en un cuarto piso.

4. Desde siempre se habla y se teme a las plagas, virus, bacterias, bichos y a todo lo ajeno a nuestra humanidad. ¿Ajeno? Comencemos:




»1 y 2. Los granos que consumimos en nuestro país, la mayoría de las veces, venían bastante limpios, con algunas piedritas o algún gorgojo. Actualmente, hay que dedicar tiempo para su limpieza, además de ponerle bicarbonato y vinagre al agua de remojo para eliminar los probables agrotóxicos que puedan tener (me dieron un dato: si hay gorgojos no hay químico, no tengo idea de lo cierto que esto pueda ser, pero me da como alivio).





»3. El vivir en un cuarto piso te hace creer que estás lejos de la tierra y sus habitantes, pues, ¡no es así! Hay otra clase de interacción con loros, pájaros, insectos, iguanas, y ahora descubrí bachacos que comparten lo que llamo “mi casa”.



»4. ¡¡¡Los bachacos llegaron ya!!!




»Les cuento que, en estos dos días, al separar los frijoles enteros de los perforados, cocosos, piedritas, palitos y cáscaras de las semillas; dejé en la noche el plato con el “desecho” destapado y pude ver a unos cincuenta bachacotes cargando los frijolitos perforados y ayudarse unos a otros montándoselos en el lomo “bachaqueril”.




»Así que destapé los frijolitos ya limpios para ver si llevaban granos enteros, y me llevé tremenda sorpresa: los bachacos transportaban la proteína animal, los granitos con huevitos o gorgojos, ¡y me dejaron los enteros!

»Imagino a la familia bachaca guardando y organizando su despensa, sin hablar ni teorizar sobre principios de la naturaleza ni de compartir ni de equidad ni de la justa distribución de los alimentos en la comunidad.




»Los bachacos se alimentan con lo que no uso y, con los frijolitos que quedaron en el plato, me hice un montón de germinados, pero ese es otro cuento».




Flora Ovalles Villegas



Vida a medias



Bajen la voz, es aquí. Sí, allí mismo, tercera gaveta del closet. Las he escuchado contar sus penas, las terribles consecuencias de su soledad. Suelen hablar entre murmullos de la inexplicable cadena de eventos que las ha llevado a estar sin pareja. Dicen que aún nadie sabe, a ciencia cierta, cómo se pierden en la lavadora o en el fregadero. Pero el caso es que cada vez son más las que deben seguir, o al menos intentar llevar su vida como una sola entidad, triste y sin propósito. Les dije que bajen la voz, ahora escuchen con atención para que entiendan, de una buena vez, lo que deben enfrentar: el calcetín que queda es, literalmente, media muerte.




Adelfo Solarte Bullones

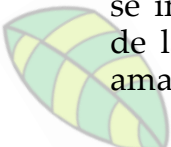






La sabiduría de Mamá



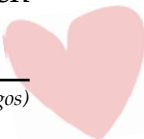

Ana Rita Trompetero de Herrera es su nombre, sus enseñanzas están presentes en los hogares de sus hijos cada día. Esta mañana sentí los olores de sus yerbas en la cocina. Cuando nacieron mis hijos, Raymond David y Ann Merlyn, mi cuarto se impregnaba de ese olor penetrante y delicioso de la yerbabuena, la preparaba para que pudiera amamantar a los recién nacidos.



Hoy me preparé un té de yerbabuena de la cosecha de Wolfgang, mi esposo. Por un momento cerré los ojos y allí estaba mamá dándome la taza grande, llena con su maravilloso y delicioso té. Al abrirlos, el olor de mi cocina era el mismo que el de la cocina de mamá.





Conocía las propiedades de cada planta que ella y papá sembraban en su patio o en cualquier potecito que encontraba en el camino. Ella lo heredó de Mamá Zoila, nuestra hermosa abuela materna. Igual ocurre cuando preparo su pócima de oreganón para los dolores estomacales. Sus enseñanzas están presentes siempre. Preparaba suelda consuela para los riñones, altamisa para los cólicos menstruales y también para el estómago. Es una transferencia de conocimientos, mis hermanas y yo también lo hacemos, nos toca pasar las recetas a nuestros hijos y nietos para que mamá esté siempre presente en los olores de la cocina y en nuestra familia.







Nuevo emprendimiento

Decía mi querida madre que todo pasa, que la moda regresa y que así como llegamos, así nos vamos. Eso me recuerda aquel oficio que consistía en escribir cartas de toda índole: de amor de un novio despechado, también de condolencias o de cumpleaños, lo que sea útil para comunicarnos.

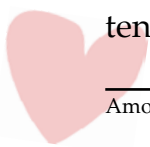



Estuve pensando en la posibilidad de ofrecer un servicio así como era antes, cuando no existía la Internet ni la inteligencia artificial, pero sí con inteligencia humana y espiritual. No será tan costoso, la extensión dependerá de lo que el cliente necesite. Se parecerá a cuando, en nuestra juventud, escribíamos una carta a los novios del momento.





A mí me gusta escribir. Wolfgang, mi esposo, guarda en un lugar que solo él conoce, las cartas que yo le dediqué en mi adolescencia. Hace poco salí y, cuando llegué a casa, lo encontré disfrutando una vez más de su lectura.

«Los tiempos han cambiado», le comenté, a lo cual respondió: «Me puedes enviar una nueva carta para volver a sentir la expectativa que me generaba antes cuando las recibía, ¿te acuerdas?, cuando éramos novios».




Así que me dio la idea para un nuevo emprendimiento (por cierto, ahora está muy de moda el tema de los emprendedores). Parece que no tendré mucha competencia, bueno, eso creo. Debo



analizar el mercado y los gustos de los potenciales clientes. Mientras tanto, sigo releendo las viejas cartas que aún conservan el olor del perfume que le ponía al papel ministro o bond, dependiendo del poder adquisitivo que tenía en ese momento.

Algún día se las leo.

Eglée Herrera Trompetero






Estoy enamorada

Estoy enamorada y nunca me había sentido tan orgullosa.




Estoy enamorada y me gusta.




Estoy enamorada y qué sabroso es este amor que experimento.

Estoy enamorada de alguien con quien he compartido toda mi vida y me maravillo por ello porque es un ser extraordinario.




Mi amor da para todo. Por eso, entrego mi vida y mis sueños a este cariño que dispone de mi tiempo a su antojo, también de mi interminable afecto, y hasta juega con ellos, pues me enseña sobre la salud, la paz, la tranquilidad y la paciencia.

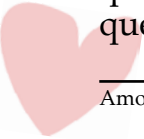


Estoy enamorada del amor más grande de mi vida.



Estoy enamorada del ser que me hace enojar, pero también me provoca la más grande de las ternuras y las más estruendosas y sonoras carcajadas.




Estoy enamorada de mi madre. A quien le entrego cada día mi vida, mi tiempo, mis tristezas ocultas y mis alegrías presentes.



Estoy enamorada de ella. La que me desvela cuando me despierta varias veces en la noche. La que me castiga y me somete, cual esclava, para que le prepare comidas y meriendas cada día.



Estoy enamorada de la bella Inés, la de los ojos azules y la mirada pícara.





Estoy enamorada de mi madre. Por ella, doy mi vida.

Fanny Salom Arcila



Ausencia


Ausencia no es lo mismo que sentir soledad. Ausencia de almas, despedidas eternas. Clausura, ausencia, mudanza, esperanza, presencia onírica, espacio sin habitar habitado sin ti. Encuentro, presencia, simbiosis, comunión, un solo latido, cuerpos y almas.






Zaida Pinto Ruiz



Una calidez especial





Un viento helado cortó mis mejillas y por todo mi cuerpo corrió libremente un estremecimiento. A mí, que siempre me había gustado el clima fresco del norte, ahora sentía dentro de mis ojos la gélida existencia de toda Escandinavia. Mi acompañante me miraba y se reía, seguro que pensaba que no era lo suficientemente fuerte como para soportar «un día normal y corriente» en este país de hadas, duendes y copos de estrellas.



Los caminos de bosques fantásticos y frondosos se transformaron, de pronto, en un pequeño y hermoso pueblo de casas blancas, rojas y amarillas, todas de madera. Una vez dentro, me sorprendió encontrar luces tenues y decoración blanca envueltas en un suave perfume otoñal: leña ardiendo, chocolate caliente y pastelitos de canela recién salidos del horno.

Nos sentamos en el sofá y arropé mis piernas con una confortable manta de color gris claro. El frío había quedado fuera, aquí me sentía a salvo. Las sonrisas, las confianzas, la sencillez del lugar y esa especial timidez de los finlandeses me hizo darme cuenta de que estas personas, tan lejanas para nosotros, disfrutaban de una calidez especial, un microcosmos de plácido recogimiento.



Myriam Collantes de Terán Martínez




Ruinas del silencio

Cómo decirte que es el viento el que proclama mis silencios pasmados en tu piel. Cómo decirte que mi voz se vuelca en tu sonrisa. ¿Dónde consigo la alegría sino en tu pecho de cristal? Viajo como embaucada a tus silencios y me conforta la luz de mis tinieblas. Es tu noble cabellera, suave como el viento, que sopla mis silencios que van a dar a tus oídos. El silencio tiene el sonido de las hojas y de los árboles.


Teresa Ovalles Márquez




El encanto de El Ávila




Motivados por la fiebre de los extraterrestres, armamos el viaje a El Ávila. El día anterior tuvimos lo que se conoce como un «encuentro cercano del tercer tipo». Estábamos en casa de Sally Barboza, una investigadora de los contactos extraterrestres que decía tener comunicación con seres de otros planetas y, desde su apartamento en Chacao, vimos unas extrañas luces que entraban a El Ávila por el Pico Naiguatá.





Decidimos entonces no dar más largas a nuestro viaje hasta el monumental cerro que atraviesa Caracas, inspiración del pintor Cabré y que describe acertadamente el cantante Ilan Chester en su pieza musical que lleva el mismo nombre.





Salimos de madrugada del apartamento y comenzamos a caminar hasta la entrada del parque. Los rayos de sol del amanecer presentaban pedazos de cielo en cada recodo, un paisaje digno del Edén. En una de las esquinas del camino, nos sorprendió un diminuto hombre calvo vestido de blanco, tocando una flauta. Íbamos tan entusiasmados, que no nos percatamos de lo anormal que era que un ser con esas características estuviera iniciando el día en una de las vueltas del boscoso y polvoriento camino.







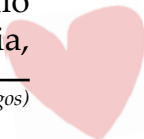
Seguimos avanzando en extrañas circunstancias. El ambiente era brumoso y frío, con movimientos y ruidos extraños en árboles y arbustos, como si alguien nos siguiera y nos observara a hurtadillas. Lo más extraño fue que no nos topamos con ningún caminante, deportista o excursionista, pese a que muchas personas visitan el parque a diario. Era como si El Ávila nos mostrara un camino exclusivo, una senda para llegar directo a algún lugar.





Luego de sortear varios árboles que parecían gigantes caídos, finalmente llegamos a un pequeño río con un puente de madera y un hermoso pozo que ofrecía una exótica vegetación, flores de distintos tonos y una iluminación que resbalaba por las piedras y que, con el agua, formaba cientos de arcoíris. Pensé que, seguramente, así sería el Paraíso.



Disfrutamos un rato del paisaje y cuando quisimos darnos un chapuzón, no pudimos ingresar al agua. Una fuerza extraña nos paralizó y se nos comenzaron a torcer las manos y los pies. Alguien del grupo, que era psíquico, dijo que los elementales del lugar, duendes y ninfas, no permitían que siguiéramos avanzando, que estábamos profanando uno de sus templos y sus rituales, y que debíamos retirarnos de espaldas para poder salir del lugar, sino, seríamos encantados.





Asustados, pasamos el puente de madera de espaldas y salimos nuevamente al camino. Fue ahí donde nos encontramos con mucha gente que iba bajando. Pensamos en todo lo ocurrido y, en medio del escepticismo de aquella increíble experiencia,

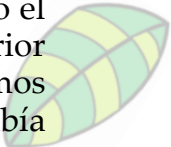


no nos atrevíamos a hablar. Con incredulidad, iniciamos el descenso.


No fue sino hasta preguntar la hora, que supimos que realmente estábamos encantados por duendes y ninfas: iban a ser las cinco de la tarde. Pasamos todo el día en el parque y nosotros sentíamos que habíamos llegado hacía solo media hora.




Después de un largo silencio que duró todo el retorno al apartamento, y de la búsqueda posterior de muchas explicaciones racionales, no tuvimos ninguna para justificar todo el tiempo que había transcurrido.



Tras varios días de mutismo, nos aventuramos a reconocer, con cierto temor, que habíamos ingresado a un espacio sin tiempo donde los duendes y ninfas nos mostraron el encanto de El Ávila.




José Matheus Briceño

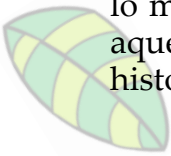







Escribir historias



Ernesto fue al otorrino. Él sentía voces que lo llamaban. El otorrino lo mandó al psicólogo. A este también le dijo que escuchaba voces. Entonces el psicólogo lo remitió al psiquiatra. Para allá fue y le repitió que escuchaba voces, sin embargo, este lo mandó a escribir cuentos sobre lo que le decían aquellas voces, y así fue como se curó: contando historias.



Félix Gutiérrez Canelón






Epílogo




Esto no es un microrrelato, es una carta de despedida


Apreciado amigo Félix:



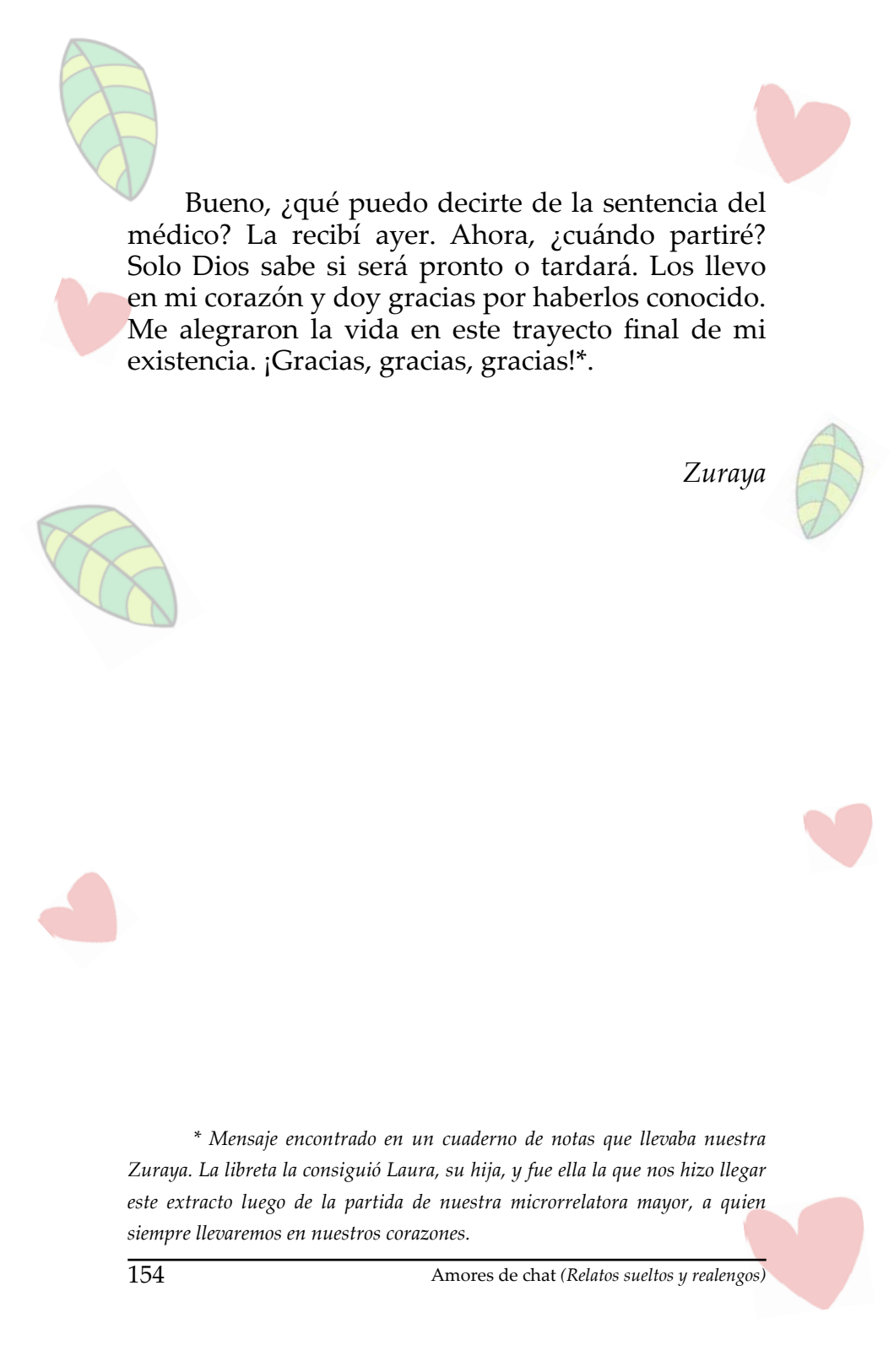
Te escribo para decirte que mi tiempo está llegando a su fin. Tengo sobre mí una sentencia médica que no me extrañó porque ya venía sintiéndola, pero estoy tranquila, mis hijos me atienden exageradamente bien, quizás queriendo extender el tiempo.



Yo estoy clara y sé que me iré pronto, por eso quiero manifestarte mi aprecio. A pesar de que nos conocemos desde hace poco, considero que eres un gran amigo y una excelente persona, aunque hace un tiempo no tengo noticias de ustedes, solo te sigo por el teléfono móvil.



Agradezco inmensamente el haberte conocido: eres amplio, franco, sencillo, creativo. Fue por ti que conocí a Flora, bella persona; a tu esposa Andreína, un ángel; y a Rosendo, con quien he tenido bastante comunicación y considero una excelente persona también.




Bueno, ¿qué puedo decirte de la sentencia del médico? La recibí ayer. Ahora, ¿cuándo partiré? Solo Dios sabe si será pronto o tardará. Los llevo en mi corazón y doy gracias por haberlos conocido. Me alegraron la vida en este trayecto final de mi existencia. ¡Gracias, gracias, gracias!*

Zuraya

** Mensaje encontrado en un cuaderno de notas que llevaba nuestra Zuraya. La libreta la consiguió Laura, su hija, y fue ella la que nos hizo llegar este extracto luego de la partida de nuestra microrrelatora mayor, a quien siempre llevaremos en nuestros corazones.*




microBIOGRAFÍAS




Marlenis Castellanos Querales: Periodista, especialista en Gestión de Información y doctora en Gerencia Avanzada. Ferviente admiradora de la buena literatura.


Yamilet Herrera Dudamel: Comunicadora con larga experiencia en el reportero, es una escritora prestada al periodismo.



Mariangélica Delgado Vilera: Escritora creativa. Correctora editorial, guionista y narradora literaria. Madre soñadora, amante de la palabra.





Gustavo Rosendo Orozco: Poeta, escritor de crónicas y cuentos. Es un apasionado de la escritura, la poesía, la rima y el verso.




Andreína Alcántara Hernández: Periodista y docente, cultivadora del cuento breve y de la prosa humorística.


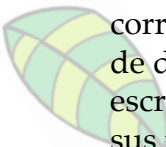
Anahil Hernández Abreu: Docente, promotora de lectura y contadora de cuentos e hilandera, puntada a puntada, de trajes e historias.



Glexsy Dugarte Vásquez: Periodista, abogada dedicada a la planeación académica universitaria y amante de la conversación cercana.





Miguel Pepe Rodríguez: Horticultor, las plantas ornamentales y la crianza de animales son su pasión, junto con la lectura y la escritura.



Orlando Yedra Almas: Escritor de minificción y corrector, licenciado en educación integral. Ganador de diversos concursos nacionales e internacionales de escritura breve de ficción. La música y la escritura son sus pasiones



Flora Ovalles Villegas: Pedagoga, actriz, narradora oral, enamorada de la escritura, la lectura y escucha de cuentos.




Ángela Ameruoso Vulpis: Periodista especializada en el área cultural, con maestría en Cultura Popular. Una íkala-venezolana enamorada de la vida.

Nelson Ures Villegas: Docente y poeta, cultivador de amistades y sembrador de tradiciones.


Adelfo Solarte Bullones: Periodista y docente universitario, con la mirada puesta en la comunicación como herramienta para mejorar la gestión integral de riesgo ante desastres naturales.




José Matheus Briceño: Periodista, conductor de programas de televisión. Amante de la salsa brava y de la palabra viva.




Elías González Mendoza: Psicólogo, doctor en Neurociencia. Narrador oral, contar historias es su pasión.




Fanny Salom Arcila: Periodista, locutora y ferviente enamorada de la palabra fecunda.



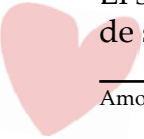
Myriam Collantes de Terán Martínez: Filóloga hispánica, profesora de español y correctora. Hacer nuevas amistades a través de la cultura es una de sus pasiones.



Félix Gutiérrez Canelón: Periodista, aprendiz de editor y escritor de cuentos. Amante de la palabra y los libros.




Adriana Ciccaglione Escalona: Periodista y docente venezolana radicada en Europa, feminista por convicción y defensora de los derechos humanos, amante de la poesía y de la verdad.



Artidoro Gracia Vilches: Arquitecto mexicano egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado tres libros de poemas y relatos. El sentido del humor es uno de los principales aliados de su escritura.



Teresa Ovalles Márquez: Periodista de larga experiencia, aprendiz de escritora de cuentos en prosa.



Zaida Pinto Ruiz: Socióloga, titiritera y descubridora de los secretos de la chocolatería artesanal. Cree en la escritura como un extraordinario vehículo para la comunicación humana.





Benigno Villegas Méndez: Periodista, cronista y amante de la historia cotidiana.





Eglée Herrera Trompetero: Periodista, locutora y docente universitaria. Amante del verbo y la palabra.

Zuraya Ramírez Dala: Docente con maestría en Educación. Autora de libros de semblanzas de sus ancestros familiares. Fue una enamorada de la buena escritura hasta sus últimos días de vida.





Danisbel Gómez Morillo: Periodista, gerente de medios y profesora de la comunicación que defiende las libertades civiles.


Orlando Villalobos Finol: Periodista, investigador y docente universitario. Es un apasionado del discurso comunicacional y político.




Verónica Pérez Traviezo: Periodista, docente, correctora y editora con maestría en Lingüística. Lectora apasionada de microficción y entusiasta de la escritura respetuosa de la gramática y de la lengua.




Carmen Alicia González Sánchez: Periodista corporativa y activista cultural, es una lectora voraz y una apasionada de la cultura y de las artes plásticas, audiovisuales y de la escritura creativa.



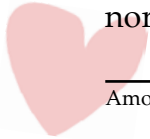
Esteban Castillo Vitorac: Artista plástico venezolano de dilatada trayectoria. El arte abstracto, figurativo y geométrico forma parte constante de su obra. Es un pintor con buen verbo.





Isabel Caroto Correia: Estudió Letras, Cine y Televisión. Tiene una maestría en Guion de Cine y Televisión. También estudió filosofía. La imagen y la palabra la seducen.




Jasmín Olivares Santander: Periodista, corresponsal de noticias y jefa de prensa de periódicos, revistas y corporaciones públicas y privadas. La palabra es su más fiel compañera.





Nilsa Gulfo Peñaranda: Periodista y docente universitaria, está dedicada al trabajo de la comunicación en gestión de desastres socionaturales. Escribir de manera sencilla, directa y afectuosa es su norte.



María Alejandra Gutiérrez Sánchez: Periodista, guionista y bloguera, es amante de las mariposas, la música y la buena escritura.





Francisco Camacho Rodríguez: Periodista, fotógrafo, docente, historiador e investigador. Es un enamorado de la palabra, la imagen y la historia.





Mariana Guanipa Rondón: Abogada de profesión. La lectura, la escritura, los idiomas, la música y las artes son sus grandes pasiones, así como viajar y conocer nuevas culturas y geografías.

Freddy Uquillas Granados: Periodista, locutor y docente universitario, contar historias es una de sus pasiones de vida.





Ana Bárcenas Bustos: Periodista egresada en el área audiovisual. Fue reportera de televisoras locales y medios digitales. Actualmente está residenciada en Estados Unidos. Es una apasionada de la comunicación.


Ilva Calderón Ángel: Periodista venezolana, oriunda de la ciudad de San Cristóbal. Tiene una maestría en Lingüística. Cursó un doctorado en Ciencias Sociales. Actualmente reside en Chile.




Sandra Dudamel Aranguren: Docente universitaria. Es una contadora pública de profesión con afición por la escritura cuando se trata de relatar su memoria familiar.




José Pulido: Escritor, periodista, poeta y guionista. Autor de novelas, así como de libros de poemas, ensayos y biografías. Tiene premios literarios y de periodismo, es una referencia insoslayable para periodistas, poetas y escritores venezolanos y latinoamericanos.





Orlando Padilla Fernández: Músico, luthier, docente y maestro del canto coral, integrante de grupos de música latinoamericana. Se ha dedicado a la enseñanza y a impulsar proyectos corales. La música es su pasión y su vida.




Henry Lara Castellano: Artista Plástico, escritor y cineclubista, Sus obras plásticas han participado en exposiciones individuales, bienales y salones de diversas ciudades venezolanas. Es un enamorado de la imagen, la fija y en movimiento.

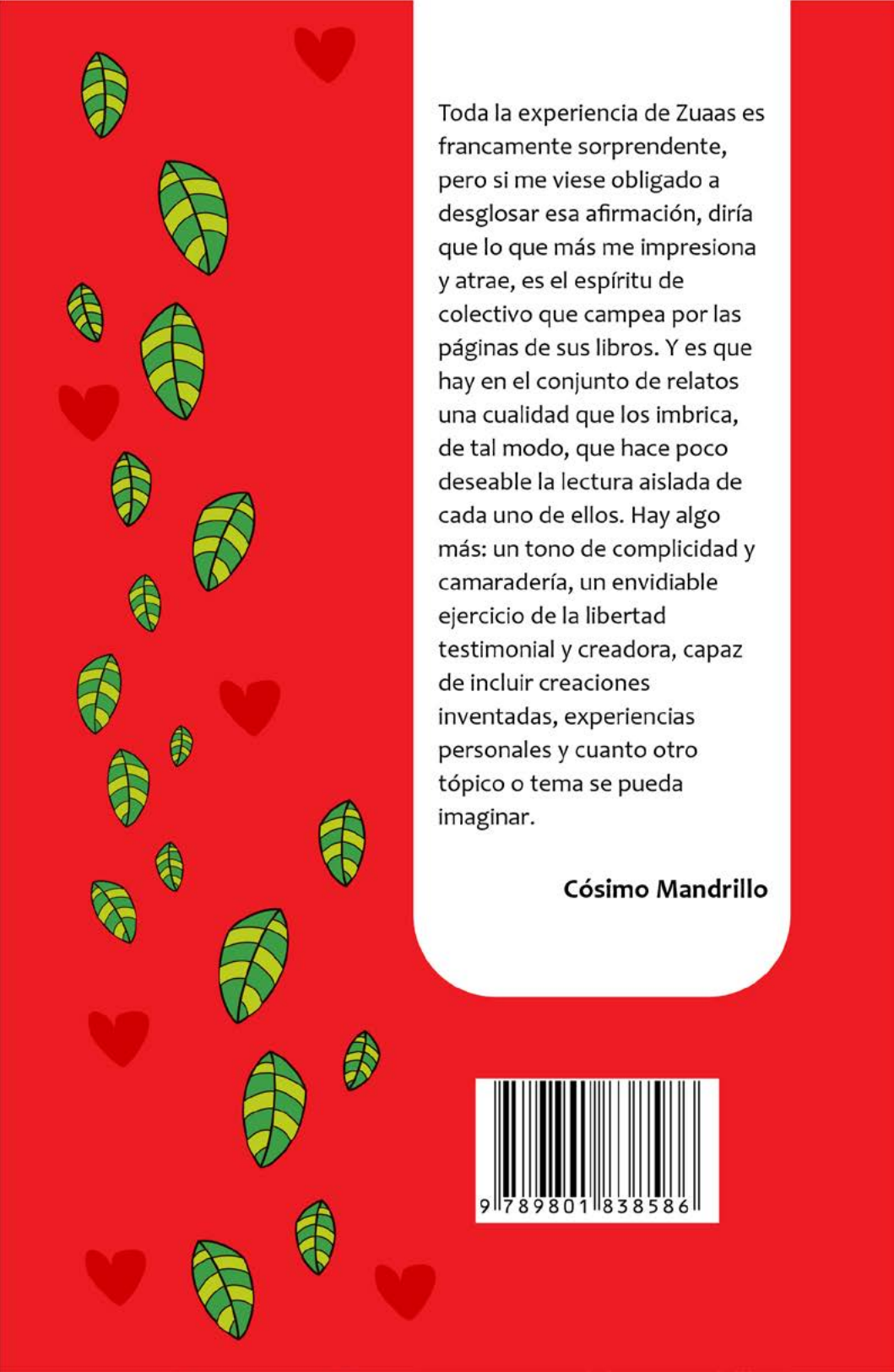


Mariela Alcántara Hernández: Comunicadora, artesana, muñequera y librera. Los libros han sido siempre grandes compañeros de su vida.



Mariana Sellanes Curbelo: Artista plástica uruguaya. Ha expuesto su obra, de forma individual y colectiva, en diversas ciudades venezolanas y de otros países de América Latina y de Europa. Para ella la palabra es la línea y el color.





Toda la experiencia de Zuaas es francamente sorprendente, pero si me viese obligado a desglosar esa afirmación, diría que lo que más me impresiona y atrae, es el espíritu de colectivo que campea por las páginas de sus libros. Y es que hay en el conjunto de relatos una cualidad que los imbrica, de tal modo, que hace poco deseable la lectura aislada de cada uno de ellos. Hay algo más: un tono de complicidad y camaradería, un envidiable ejercicio de la libertad testimonial y creadora, capaz de incluir creaciones inventadas, experiencias personales y cuanto otro tópico o tema se pueda imaginar.

Cósimo Mandrillo



9 789801 838586